UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 9

D.D.

BLACK



LA OSCURIDAD EN DECEPTION PASS

No es la caída lo que te mata.

LA OSCURIDAD EN DECEPTION PASS

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 9

D.D. BLACK

DARKNESS AND LIGHT PUBLISHING

Nota sobre la ambientación

Aunque muchas de las ubicaciones de este libro son reales, se han modificado algunos detalles de la ambientación.

Solo un personaje de estas páginas existe en el mundo real: la corgi de Thomas Austin, *Run*. Su personalidad es un reflejo de la de mi propia corgi, Pearl. Cualquier otro parecido entre los personajes de este libro y personas reales es pura coincidencia. En otras palabras, me los he inventado todos.

Gracias por leer,

D.D. Black

Siempre me ha fascinado el océano, sumergir una extremidad bajo su superficie y saber que estoy tocando la eternidad, que continúa para siempre hasta que vuelve a empezar aquí mismo.
—Lauren DeStefano

Tomar la decisión de tener un hijo es trascendental. Significa decidir para siempre que tu corazón ande de un lado a otro fuera de tu cuerpo.
—Elizabeth Stone

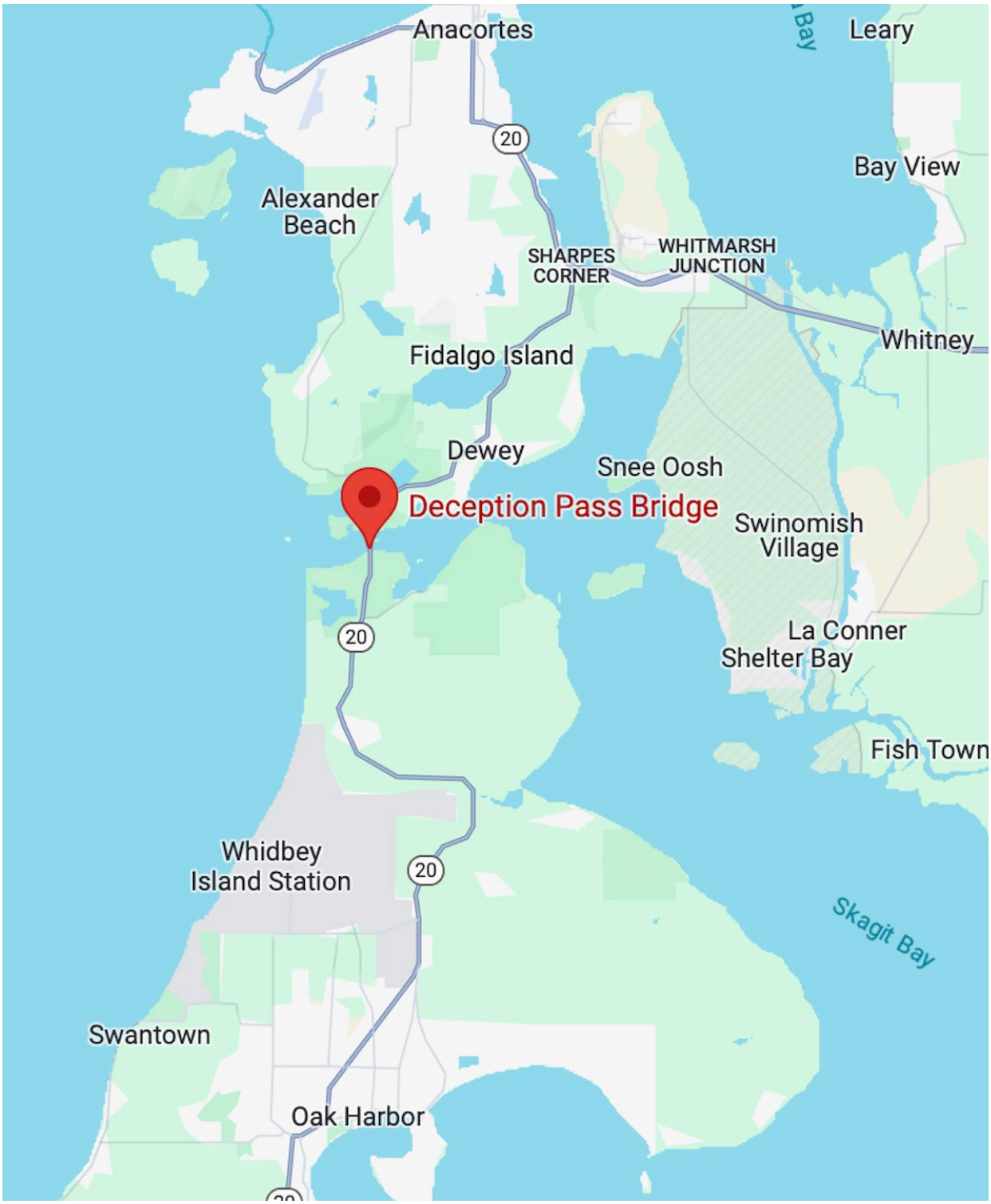
No es la caída lo que te mata; es el frenazo brusco al final.
—Douglas Adams

ÍNDICE

I. Una corriente engañosa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

II. Más claro que el agua
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
III. Cambia la marea
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor


Anacortes
Leary
20
Bay View
Alexander Beach
SHARPES CORNER
WHITMARSH JUNCTION
Whitney
Fidalgo Island
Dewey
Snee Oosh
Deception Pass Bridge
Swinomish Village
20
La Conner
Shelter Bay
Fish Town
Whidbey Island Station
20
Skagit Bay
Swantown
Oak Harbor



PARTE I

UNA CORRIENTE ENGAÑOSA

1

Las aguas bajo el puente de Deception Pass
Entre las islas Whidbey y Fidalgo, Washington
Lunes

¡Qué tipo más rastrero!

Ben era el primer hombre con el que Carla Rivera salía desde su ruptura con David, y ya se estaba arrepintiendo. ¿Qué les pasaba a los hombres, que no podían admitir ni por un momento que eran peores buceadores? Quizá no fueran los hombres en general, decidió mientras nadaba junto a un lecho de algas, sino los perdedores que ella atraía.

Soltó una larga bocanada de aire, centrándose de nuevo en el momento. Unas vibrantes anémonas plumosas se aferraban al lecho marino rocoso a unos pocos pies por debajo de ella; sus colores eran apagados pero llamativos frente a la tenue luz que se filtraba a través del agua. Divisó un curioso bacalao largo acechando entre las sombras, con su piel moteada mimetizándose a la perfección con el entorno, y se maravilló ante la intrincada danza de la vida que se desarrollaba a su alrededor.

Era un día espléndido tanto dentro como fuera del mar, perfecto para una inmersión. El problema era que no podía disfrutar de nada de aquello. Seguía demasiado cabreada con Ben.

Tras llegar tarde, se había quejado del equipo que ella le había traído, a pesar de que era de gama alta: un chaleco hidrostático Scubapro Hydros Pro, que proporcionaba una estabilidad y comodidad excepcionales, y un regulador Apex XTX200 para una respiración suave y fiable. Por no hablar de las aletas Atomic Aquatics Split Fins y los trajes secos de primera categoría. Ella incluso llevaba un ordenador de buceo y una cámara corporal Aqua Lung a estrenar, lo que le aseguraba tener toda la información crítica de la inmersión al alcance de la mano y poder ver la grabación más tarde desde la comodidad de su tienda en Whidbey Island, *Dive or Die.*

Miró a su izquierda y vio a Ben a unos doce pies de distancia, trasteando con su monitor. Nadó unos metros en su dirección para acortar la distancia. Por mucho que no le gustara el tipo, siempre respetaba la distancia de seguridad del sistema de compañeros.

Sonrió para sus adentros, satisfecha al saber que él no podía verla. No iba a renunciar a la oportunidad de disfrutar de la inmersión, aunque tuviera que nadar al lado de ese alfeñique de aletas flácidas. Estiró los brazos y arqueó la espalda, moviéndose de forma tridimensional, algo imposible en tierra firme. Sintiendo el peso del agua salada por todos lados como un abrazo, dejó que sus tensiones se disolvieran mientras observaba a los bancos de peces roca entrar y salir de las formaciones de anémonas, con sus escamas brillando como plata líquida.

Por encima de ella, los bosques de algas se mecían rítmicamente; sus largas frondas creaban un dosel fascinante que filtraba la luz solar en un resplandor hermoso y de otro mundo. Carla sintió que una profunda sensación de tranquilidad la envolvía. A pesar de la actividad de las mareas, impredecible y a veces traicionera, recordó por qué le encantaba bucear allí. Sin importar lo que estuviera pasando en su vida en ese momento, allí podía conectar con una sensación de paz trascendental. El único otro lugar donde se sentía así era en la iglesia los domingos.

Deslizándose por el agua sin esfuerzo, los ojos de Carla se posaron en un grupo de pulpos gigantes del Pacífico alojados en una grieta, con movimientos decididos y pausados. Al ser criaturas

generalmente solitarias, era algo especial verlos reunidos. Probablemente, la actividad de la vida marina de la zona proporcionaba una fuente de alimento abundante, lo que les permitía vivir en una comunidad estrecha. Observó con asombro, absorbiendo cada momento precioso, mientras uno de ellos extendía un tentáculo para explorar un pepino de mar cercano; su tacto delicado era una prueba de la inteligencia y destreza de la criatura.

A pesar de la irritación que sentía hacia su acompañante, se giró emocionada para señalarle la escena a Ben.

¿Dónde estaba?

Le hizo una señal a través del dispositivo electrónico.

Nada.

No aparecía en el receptor, lo que significaba que su equipo había fallado o que él había decidido apagarlo.

Nadó unos metros en la dirección en la que lo había visto por última vez, antes de distraerse con los pulpos. Manteniéndose en calma para no agotar el oxígeno, puso en marcha de inmediato su entrenamiento.

Realizó un rastreo metódico de 360 grados por la zona, con cuidado de mantenerse a una distancia visual del grupo de pulpos, y luego volvió a rastrear.

Ni rastro de Ben.

¿Qué parte del sistema de compañeros no había entendido ese hombre?

En el buceo, la comunicación era fundamental. Siempre debías mantenerte a una distancia de entre seis y diez pies de tu compañero, y *jamás* subir a la superficie sin avisar a nadie.

Seguro que era eso lo que había hecho, se dijo a sí misma. Lo más probable era que siguiera molesto por el equipo y hubiera subido a la superficie hecho un basilisco. Mientras buscaba, intentó dejar a un lado el temor de que Ben estuviera en un aprieto real. Teniendo en cuenta lo imbécil y arrogante que se había puesto con el equipo, una parte de ella deseaba que así fuera.

No de verdad, por supuesto. Su madre solía decirle: *«Esfuérzate por ser más como santa Rita»*. Eso era lo que su madre había hecho siempre con su padre maltratador. Pero la última vez que su padre

pegó a Carla —en lugar de invocar a la santa de las causas perdidas y los matrimonios difíciles como recomendaba su madre—, ella huyó. Habiendo crecido explorando la barrera de arrecife de Belice, no recordaba un solo momento en el que no hubiera anhelado escapar de la ira de su padre refugiándose en el océano. Así que huyó a México, luego se mudó a los EE. UU. con un visado de turista y finalmente se estableció en Whidbey Island, donde su experiencia en el buceo era valorada tanto por los lugareños como por los turistas.

Que Ben fuera o no una causa perdida no era lo único que tenía en mente. El buceo era su medio de vida. Era un pasatiempo peligroso, una pasión peligrosa, y como una de las guías más respetadas de Whidbey Island, se tomaba muy en serio su reputación y su equipo.

Tenía el deber de encontrar a ese tipo.

Continuó la búsqueda, ascendiendo diez pies y volviendo a escanear 360 grados en todas las direcciones.

Ni burbujas.

Ni Ben.

Podía sentir que estaba consumiendo más oxígeno del debido, a pesar de sus esfuerzos por mantener la calma.

Y entonces el agua a su alrededor empezó a agitarse, un sutil cambio en las corrientes que señalaba el fin de la marea muerta. Las aguas tranquilas pronto desaparecerían. Consultó su ordenador de buceo: el nivel de oxígeno de su botella se acercaba a la reserva. Estaba gastando demasiado.

Hora de subir a la superficie.

Carla continuó su ascenso lento, haciendo las paradas de seguridad y observando cómo desaparecía el colorido mundo submarino, sin dejar de buscar signos de vida. El entorno era irreal, con formaciones rocosas que sobresalían como antiguos monolitos y grietas adornadas con vibrantes anémonas. El bosque de algas en la parte superior proyectaba sombras moteadas, creando una danza de luces y sombras casi hipnótica.

Al detenerse a unos quince pies de la superficie, sus ojos captaron un juego de luces que se filtraba a través del agua.

Entonces la vio: una forma vagamente humana, apoyada contra un afloramiento rocoso.

La estudió; el balanceo de las algas permitía que extraños patrones de luz y sombra jugaran con la forma y con su mente.

Por alguna razón, aquello le hizo pensar en su padre. Quizá deseaba que fuera él, abandonado sin vida y a merced de los caprichos de las mareas.

¡Ben!

Nadó con fuerza contra la corriente y, gradualmente, la forma cobró nitidez. Un rostro arrugado y extrañamente distorsionado por el agua. A Carla se le cortó la respiración en el regulador.

Los peces habían mordisqueado sus rasgos, dejándolo con un aspecto esquelético inquietante. Pero por lo que podía ver, no era Ben en absoluto. El hombre era al menos tan mayor como lo sería su padre ahora, posiblemente mucho más.

El miedo se apoderó de ella mientras intentaba procesar aquella visión dantesca. Con el cambio de marea y el bajo nivel de oxígeno, sabía que le costaría llegar a la superficie incluso sin arrastrar aquel cuerpo sin vida.

Tenía que dejarlo allí.

Luchó contra el pánico incipiente, mientras sus instintos profesionales la instaban a mantener la calma. Pero el terror era abrumador. Se giró para alejarse nadando y, sin querer, rozó con una aleta una de las extremidades sueltas del cadáver.

Lanzando una última y aterrada mirada por encima del hombro a la forma inerte, Carla dejó que la marea la alejara del cadáver mientras pateaba frenéticamente hacia la superficie.

2

Silverdale, Washington
Martes

Thomas Austin tamborileó con las yemas de los dedos sobre la mesa mientras revisaba una pila de casos sin resolver que su jefa, Lucy, le había encargado examinar. Su primera semana como detective del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap había sido tan emocionante como ver cómo se seca la pintura.

A pesar de que algunas categorías de delitos contra la propiedad habían aumentado en el condado —robos en portales y hurtos en coches, por ejemplo—, los tipos de delitos violentos que él y los demás detectives del Departamento del Sheriff de Kitsap investigaban habían disminuido.

Aquello era algo bueno, por supuesto, pero había dado lugar a una semana bastante lenta.

No es que le importara. Eran las ocho de la mañana del martes de su segunda semana, y se suponía que debía encontrar un caso frío que pudiera resolver en aquel montón de papeles. Tenía la intención de hacer precisamente eso.

Los cuatro casos que había leído esa mañana habían despertado su interés de diversas maneras, pero ninguno le había dado una dirección clara. En un caso de hacía dos años, el dueño de una

pizzería se había evaporado sin dejar rastro, dejando atrás a una familia en apuros y una pista que se enfrió rápidamente cuando su coche apareció abandonado y sin señales de violencia. En el segundo, una serie de casos de piromanía habían asolado un barrio tranquilo de Poulsbo; el incendio más reciente se había producido hacía seis meses y el caso se había estancado por falta de testigos o pruebas físicas.

El tercer caso era el cadáver de un hombre de ochenta y cinco años hallado en la orilla, cerca del puente Manette, en las proximidades de Bremerton, un caso con pocos hilos de los que tirar y sin sospechosos inmediatos. Los detectives asignados al caso, en estrecha colaboración con el forense, habían dictaminado que la muerte fue un ahogamiento accidental debido al historial del hombre, que solía alejarse desorientado de su apartamento.

El cuarto caso implicaba a una mujer joven que había desaparecido tras una noche de fiesta en Silverdale; su último paradero conocido era un bar de mala muerte cerca del puerto. La investigación llegó a un callejón sin salida cuando las imágenes de las cámaras de vigilancia de la zona resultaron inconcluyentes.

Austin estaba a punto de hincar el diente al siguiente caso cuando oyó la voz de Kendall Shaw desde el pasillo. —Jimmy —estaba diciendo ella—, de verdad que tienes una cara que parece que te haya pasado un camión por encima. Parece que te hayas despertado en el suelo de un bar deportivo después de que tu equipo perdiera la Super Bowl y te hayas soplado veinte cervezas del tirón para olvidar la pena.

Austin oyó la risa de Jimmy desde el pasillo. —No todos podemos estar delgados como modelos y vestirnos tan bien como tú, Kendall. Algunos nunca escapamos a Los Ángeles para aprender sobre moda, batidos y cualquier otra cosa que hicieras por allí abajo.

Kendall se rió entre dientes al entrar por la puerta, seguida de Jimmy y luego de Lucy, que recientemente se había convertido en la detective jefa de la oficina del sheriff de Kitsap cuando su antiguo jefe, Ridley Calvin, fue elegido gobernador.

Kendall tenía razón. Jimmy parecía cansado y un poco desaliñado, y Austin sabía por qué.

Llevaba más de una semana durmiendo en el sofá después de haber hecho lo que él creía que era un gesto maravilloso: ofrecerse a reformar el garaje y convertirlo en un apartamento independiente para que la madre de Lucy pudiera mudarse con ellos. Al parecer, Lucy necesitaba algo más de distancia y le molestaba el hecho de que Jimmy se lo hubiera ofrecido a su madre sin consultárselo antes a ella. Austin tomó nota de la lección: a menos que quieras dormir en el sofá, nunca dejes a tu mujer como la mala de la película ante su propia madre.

Sus reuniones matutinas solían empezar con alguna pulla entre Lucy y Jimmy. Era tan habitual que Austin se dio cuenta de que estaba esperando a que ella se burlara de su aspecto de bruto y sus grandes músculos —que Austin sabía que en realidad le encantaban — y de que él se inventara varias versiones de su apodo: Lucy O-Limonada, Lucy O-Michelines, y así sucesivamente.

Pero esta mañana no hubo bromas. Lucy se situó ante la pizarra y Jimmy se sentó al fondo, ni siquiera cerca de las baratas mesas plegables. Kendall se sentó junto a Austin; el cuero negro de su chaqueta crujió mientras se acomodaba. Él podía oler el abrillantador de cuero que ella le había aplicado, lo que intensificaba su rico brillo de alta calidad.

Kendall y él habían tenido un comienzo un poco accidentado, pero acabaron trabajando bien juntos a pesar de sus diferentes estilos, tanto de personalidad como de aplicación de la ley. Lo único que tenían en común era que ambos tenían corgis; el Pembroke de Austin y el Cardigan Welsh de Kendall se llevaban a las mil maravillas. Ella se había tomado un tiempo libre tras descubrir que, sin querer, habían atrapado al hombre que había matado a su madre. Pero ahora estaba de vuelta y, por mucho que Austin no quisiera admitirlo, tenía ganas de trabajar con ella de nuevo.

Lucy se aclaró la garganta. —Sé que os dije a los dos que estuvierais trabajando en casos sin resolver, y todavía tenemos que hacerlo, pero acabamos de recibir una llamada.

—¿Algo para sacarnos de la oficina? —preguntó Kendall.

—Algo que nos sacará a Jimmy y a mí de la oficina —replicó Lucy —, pero no a vosotros dos. Larsen todavía nos tiene en el punto de

mira.

—¿Quién? —preguntó Kendall.

—Ya sabes, Marty Larsen. Solo es nuestro *Comisario del Condado*… —Al parecer, Jimmy no era el único con quien Lucy pensaba descargar su frustración. El resto del equipo también sufriría su ira.

—Ah, sí, claro —dijo Kendall—. Nosotros le llamamos Marsen, como *marciano*. Porque ese tipo parece que tenga que ser de otro planeta.

—Íbamos a ponerle de mote *Mar-Lar* —añadió Jimmy—, pero era demasiado difícil de pronunciar.

Marty Larsen era miembro de la Junta de Comisarios del Condado de Kitsap por el Distrito 2. Un tipo relamido de tipo napoleónico, era bajo, ruidoso y mezquino. Últimamente, había estado utilizando al departamento del sheriff, y concretamente la contratación del propio Austin, como carnaza política para unas próximas elecciones especiales. Se oponía a la contratación de Austin, citando la disminución de las estadísticas de delitos violentos y diciendo que el dinero se podría gastar mejor en otra parte. Gracias a él, Austin había estado hurgando en casos fríos como un hombre hambriento que rebusca en un cubo de basura buscando algún bocado de sustento. Lucy le había advertido a Austin que necesitaban anotarse una victoria pronto, o las cosas podrían ponerse feas.

—En fin —dijo Lucy—, hemos recibido una llamada del sheriff del condado de Island. Derby. Creo que es Will Derby o tal vez Willie o Bill, bueno, en realidad no sé cómo llamarlo, pero llamémosle simplemente Derby. Nosotros…

—Eso es en el condado de al lado —dijo Jimmy.

Lucy le lanzó una mirada gélida. —Correcto, Jimmy —su voz tenía un tono condescendiente, como si estuviera hablando con un niño de tres años—. Por eso he dicho condado de *Island*. ¿Estamos en el condado de Island, Jimmy?

Jimmy no dijo nada.

—¿En qué quieres que te ayudemos? —preguntó Austin, intentando cortar la tensión.

—Tenemos a los USRV —dijo Lucy.

—¿RV qué? —preguntó Jimmy. Su voz le recordó a Austin a la de un cachorro que espera recibir un premio.

—Voluntarios de Búsqueda y Rescate Subacuático —la voz de Lucy era cortante y evitó el contacto visual con Jimmy—. Son excelentes, y quiere saber si se los podemos prestar. En realidad aún no han sacado el cadáver, pero saben que está ahí.

Austin sacudió la cabeza. —¿Alguien que ha saltado?

—Podría ser —dijo Lucy—. Realmente no lo sabemos.

—Espera un segundo —dijo Austin—. ¿Rescate *subacuático*? ¿Cómo saben que tienen un cadáver ahí abajo si aún no lo han visto?

—No ha querido decir mucho —dijo Lucy, caminando frente a la pizarra—. Se ha mostrado un poco evasivo, de hecho. Probablemente sea solo por lo de la jurisdicción.

—O sea, que quería nuestra ayuda —dijo Jimmy—, pero *¿no* quería contar la historia completa?

Lucy le ignoró. —El plan para hoy es el siguiente: Austin y Kendall, vosotros dos os quedaréis aquí y trabajaréis en esos casos sin resolver. *Jimmy* y yo —pronunció su nombre con un deje de escarnio— contactaremos con el equipo de los USRV e iremos en coche al condado de Island.

—¿Puedo proponer algo para Austin y para mí? —preguntó Kendall, poniéndose de pie.

Austin se sorprendió; se había resignado a estar sentado todo el día leyendo expedientes antiguos.

Lucy ladeó la cabeza, frunciendo el ceño, pero finalmente asintió.

Kendall dijo: —Tengo experiencia en buceo.

Lucy enarcó una ceja.

—Bueno —corrigió Kendall—, he buceado unas cuantas veces. Una vez, en realidad. Pero dejadme hablar con el equipo. Puedo hablar su mismo idioma.

—No es que necesitemos hablar su idioma para pedirles que vayan a bucear en busca de un cadáver. Ya han hecho esto antes. A menos que estés planeando ponerte un tubo…

—Venga, jefa —suplicó Kendall—. Vengo de pasar dos semanas en L.A. y ha salido el sol en Kitsap, por *una* vez. Por favor, por el amor de todo lo que es bueno y sagrado, deja que Austin y yo salgamos ahí fuera a que nos dé un poco el sol. Mirar estos casos viejos me está dejando bizca.

Austin no había planeado insistir, pero Kendall había presentado un argumento sólido, y salir de la oficina sonaba realmente bien. —He oído que el sheriff Derby también es bastante nuevo por allí —dijo—. Quizá él y yo podríamos conectar por lo de ser los nuevos. No nos vendría mal tener una buena relación con él. Además… —Austin estaba listo para apretar las tuercas—, ¿de verdad quieres pasar una hora o dos en el coche con Jimmy?

—Oye —protestó Jimmy, lanzándole una mirada furiosa—. Eso ha sido un golpe bajo.

Austin se encogió de hombros.

—Ahora que lo pienso… —dijo Lucy.

—Una hora o dos *por trayecto* —añadió Austin, esperando que aquel fuera el clavo final.

Lucy miró de Austin a Jimmy, y luego a Kendall. —Está bien, pero llamadnos para informarnos en cuanto habléis con Derby; y Kendall, intenta no ser demasiado condescendiente con el equipo de buceo. Saben lo que hacen.

3

El cálido sol de mayo ya estaba alto en el cielo mientras Austin y Kendall salían de Silverdale. Los pinos flanqueaban la autopista, y Austin bajó un poco la ventanilla para dejar que su aroma fresco inundara el coche junto con el toque salitre del cercano Sound. Mientras conducía, el paisaje pasaba veloz: un borrón verde puntuado por alguna casa o granero ocasional.

—¿Te importa que ponga la radio? —preguntó Kendall, alargando la mano hacia el dial.

—Adelante —dijo Austin.

Sintonizó una emisora de rock y el coche se llenó con una canción de rock duro que Austin no conocía. No le gustó mucho, pero tampoco le molestó. La canción se fue desvaneciendo y un paisaje sonoro etéreo y atmosférico llenó el habitáculo. El sonido de un tenue tictac de reloj fue creciendo en capas, al que se unieron campanas y el repique de un despertador antes de que el caos se organizara bajo unos riffs rítmicos de guitarra y bajo.

—Mi madre solía poner esta canción —dijo Kendall—. Se llama *Time*. ¿Te gusta Pink Floyd?

—Oh, no nos han presentado —bromeó Austin.

Kendall gruñó y luego subió el volumen y escucharon la canción.

Austin puso el control de crucero a setenta, dejando que los acordes inquietantes le envolvieran; cada nota resonaba con el paso

de unos años que a veces había atesorado y otras veces simplemente soportado. Se concentró en la letra.

Descubres que han pasado diez años

Nadie te dijo cuándo correr, perdiste el disparo de salida

La letra despertó recuerdos: Fiona, su tiempo en la policía de Nueva York, su reciente racha de casos y, sobre todo, la marcha implacable del tiempo.

Kendall bajó la radio cuando terminó la canción y la emisora pasó a la publicidad. —Cuando eres pequeña —dijo ella—, tus padres son solo tus padres. No piensas mucho en ello. Y no hay absolutamente ninguna forma de valorar por lo que *ellos* están pasando porque *tú* estás centrada en la ardua tarea de crecer.

Austin tomó el desvío hacia el puente de Hood Canal, que los llevaría hacia Port Townsend y, finalmente, al ferry. No respondió, simplemente apagó la radio por completo. Se notaba que Kendall tenía más que decir.

—El otro día vi un meme en Facebook. Decía algo así como que, cuando somos niños, no somos conscientes de que también estamos viendo a nuestros padres hacerse mayores. No creo que hubiera podido entenderlo hasta hace poco. He cambiado mucho entre los veinticinco y los treinta y cinco años. Quiero decir, soy una mujer en las fuerzas del orden, tengo que imponerme para que me escuchen y me respeten. Pero ni siquiera reconocería a la zorra superficial, egocéntrica y egoísta que era por aquel entonces.

Lanzó una mirada a Austin, que él interpretó como una señal para no decir nada.

—Sí, ya lo *sé* —continuó ella—. A veces *sigo* siendo así. —Se rió —. Si crees que ahora soy mala, tendrías que haberme visto entonces. Después de descubrir que mi madre no se quitó la vida, que luchó contra la depresión y los horrores de este mundo, pero que siguió adelante... no lo sé. Me cambió. ¿Has pensado alguna vez en tener hijos?

—¿Pensarlo? Sí. Pero nunca estuve cerca de hacerlo. Fiona y yo... bueno... Quizá perdí el disparo de salida.

—Por la canción, ¿verdad? —Kendall se rió—. No pensé que estuvieras escuchando.

—Lo estaba. Fiona y yo siempre estábamos demasiado comprometidos con nuestros trabajos y ahora, bueno, probablemente sea demasiado tarde.

—No es demasiado tarde —dijo Kendall—. Nunca es demasiado tarde.

Austin no estaba seguro de si estaba hablando de él o de ella misma. —¿Y tú? ¿Cuánto tiempo piensas seguir dando vueltas por este trozo de tierra en tu ciudad natal?

—Qué agudo —dijo Kendall, sonriendo—. De verdad que estabas escuchando. Hubo un cambio de paradigma enorme para mí cuando supe lo de mi madre. Antes de eso, ni siquiera me habría planteado tener hijos. Ahora, no lo sé. No es que esté saliendo con nadie. Quiero decir, el primer caso en el que trabajamos juntos me espantó de las aplicaciones de citas.

Austin podía entenderlo. Aquel caso había involucrado a un asesino que encontraba a sus víctimas a través de una aplicación de citas para personas mayores. —Tiene sentido. ¿Cómo lo lleva tu padre?

—Está bien —dijo Kendall—. Había estado tan preocupada por él, pero el alivio que sintió y la paz que obtuvo cuando le conté lo de mamá lo cambiaron. Es muy religioso; en su mentalidad, las víctimas de suicidio van al infierno. Ha encontrado la paz al saber que algún día volverá a ver a mi madre, cuando antes le partía el alma pensar que no se reunirían en el Cielo. Cuando lo veo, siempre dice: *«Ahora puedo morir con una sonrisa en la cara»*.

—Me alegro por él —dijo Austin.

—Yo también. —Kendall suspiró profundamente—. Por cierto, ¿cómo está *tu* padre?

—Solo regular, creo. Mis padres se mudaron hace poco de vuelta a la zona. Lo han ingresado en un centro de cuidados de la memoria estupendo en Seattle, al menos por ahora. Se llama Evergreen. Mi madre vive en un hotel cercano mientras deciden qué hacer a continuación. Siento que debería estar haciendo más por ellos, pero mi madre me dice que me centre en mí mismo y que quiere que encuentre la felicidad.

Tragó saliva con dificultad. Su voz sonaba optimista, pero cada vez que hablaba de ello, le invadía la tristeza. Todos hacían lo que podían, pero nada lograba que la situación pareciera algo más que aceptable.

—Supongo que estamos en esa edad —dijo Kendall—. Esa edad en la que pasamos tanto tiempo preocupándonos por nuestros padres como ellos solían pasar preocupándose por nosotros. Ya haces suficiente, Austin.

—Quizá. Mi madre siempre cita esa frase de que nuestros hijos son nuestro corazón caminando por fuera de nuestro cuerpo. Yo no puedo identificarme con eso.

—Claro que puedes —dijo Kendall—. ¿Cómo te sientes cuando Run está feliz?

—Feliz, supongo —admitió Austin.

—¿Y cuando está triste o sufre? —preguntó Kendall—. Quieres consolarla, ¿verdad? Y cuando ella se siente mejor, tú también.

—Tienes razón —tuvo que admitir él.

—Lo mismo ocurre conmigo y con Ralph.

Ella sonrió con tristeza y volvió a encender la radio. El coche se llenó con *American Girl* de Tom Petty and the Heartbreakers. La canción era un tema de rock rápido y cañero; menos introspectivo, quizá, pero mucho más animado.

Exactamente lo que necesitaban para aligerar el ambiente.

En la terminal del ferry de Port Townsend, Austin maniobró el coche para ponerse en la cola, con los ojos recorriendo el ajetreado muelle. El ferry se mecía suavemente en su amarre. Una vez a bordo, salieron del coche y se apostaron junto a la borda; la cubierta vibraba bajo sus pies mientras los motores del ferry rugían al cobrar vida. Se quedaron en silencio mientras el pueblo se empequeñecía a sus espaldas, reemplazado por la larga extensión de agua azul.

La travesía fue tranquila, el mar parecía un espejo bajo el cielo brillante. Al llegar a Coupeville, Austin salió del ferry y se dirigió al

norte. Al cruzar el puente de Deception Pass, con sus tramos de hierro recortados contra el cielo azul, el agua de abajo se agitaba con la marea.

Austin aparcó en una pequeña zona de descanso al borde de la carretera y, al bajar del coche, solo el saber por lo que el equipo de voluntarios estaba buceando en ese momento podía ensombrecer aquel día, que de otro modo habría sido espléndido.

Mirase adonde mirase, parecía una postal diferente: agua y árboles, pequeños barcos blancos, orillas rocosas y arenosas, y nubes tan grandes, esponjosas y blancas como las de un dibujo animado.

Al ver a un miembro del equipo de buceo en la orilla, el ánimo de Austin se ensombreció, asumiendo el hecho de que estaban allí para ver cómo sacaban un cadáver de aquellas aguas pintorescas.

Al cerrar la puerta del coche, oyó una voz detrás de él. —¿Detectives Austin y Shaw?

Se giró para ver la mano tendida del sheriff Derby.

Austin estrechó su mano. —Soy Austin, detective Austin hoy en día, y ella es la detective Kendall Shaw. Era la primera vez en años que se presentaba como «detective Austin».

Derby era un hombre negro de unos cincuenta y pocos años, con el pelo muy corto que empezaba a encanecer en las sienes. Llevaba unas gafas rectangulares finas que le daban un aspecto estudioso, y sus ojos se movían lentamente, pero parecían escudriñar profundamente el objeto de su atención cuando se posaban en algo. —Lucy llamó para decir que estaban de camino —dijo—. Su equipo de buceo llegó antes que ustedes, y les agradezco mucho la ayuda. Hay muchos buceadores excelentes en el condado de Island, por supuesto, pero somos una comunidad pequeña y no tenemos un equipo afiliado a la policía. —Se quitó las gafas y las limpió con la camisa antes de volver a ponérselas con un suspiro—. Llevan ahí abajo unos cinco minutos. —Señaló hacia la pendiente y empezaron a caminar hacia el agua.

—¿Puedo preguntar —dijo Kendall— cómo recibieron el aviso sobre el cadáver?

Derby frunció el ceño. —Llegó como un aviso anónimo. En cierto modo anónimo, al menos.

—¿En cierto modo? —preguntó Kendall.

—Es una larga historia —dijo Derby.

—Y una a la que espero que podamos volver —dijo Austin—. Pero ¿a qué profundidad estaba el cuerpo?

—Quien llamó no lo dijo, pero... —Derby señaló hacia la superficie del agua, donde acababa de emerger un buceador—. Quizá no muy profundo. No llevan mucho tiempo ahí abajo.

Se detuvieron a unos diez metros de la orilla, observando cómo el equipo de voluntarios emergía de las aguas bajo el puente de Deception Pass. Juntos, los tres buceadores se movieron con eficacia, sacando un cuerpo del agua y transportándolo sobre las rocas hasta un tramo de hierba verde brillante.

Derby hizo un gesto hacia el cuerpo y los buceadores se apartaron. —Esta es la parte que odio.

Los guio más cerca y Austin se encontró de pie sobre el cadáver de un hombre que aparentaba al menos noventa años, vestido con un abrigo largo. La imagen era inquietante y Austin tuvo que apartar la mirada un momento para calmar el estómago y los nervios. El hombre tenía la piel pálida, marcada por varios lunares oscuros, y sus rasgos habían sido parcialmente devorados por los peces o los cangrejos, dejando una visión esquelética y estremecedora.

Los buceadores se comunicaban en voz baja, con expresiones sombrías pero profesionales mientras manipulaban el cuerpo con cuidado. El abrigo, ahora empapado y andrajoso, se aferraba a la forma frágil del hombre.

—Esto es horrible —dijo Kendall—. Pero, para mí, avisar a la familia es siempre la peor parte. ¿Se ha encontrado ya a algún pariente?

Derby no respondió. Tras un largo silencio, dijo: —Haremos el examen médico completo, pero voy a realizar una inspección rápida. —Se puso unos guantes de nitrilo y alargó la mano hacia uno de los bolsillos del abrigo, que Austin vio ahora que era un impermeable marrón oscuro hasta la rodilla—. No soy forense, pero ha estado en el agua un tiempo, al menos unos días.

—De acuerdo —dijo Austin—. Quizá una semana.

—No hay signos inmediatos de hematomas u otras lesiones —dijo Derby—, pero no lo sabremos con seguridad hasta que tengamos el informe completo.

Agachándose, Derby sacó un puñado de piedras grises y azules de tamaño medio del interior del bolsillo del abrigo del hombre, del tipo que se usaría en el sendero de un jardín o en una entrada para coches. —Le pusieron peso —dijo Derby—. Eso es un asesinato.

—Posiblemente —dijo Kendall—. O un suicidio.

Ambas cosas eran factibles con la escasa información que tenían, pensó Austin, pero también había otras opciones. —Mi padre tiene demencia y tiene la costumbre de llenarse los bolsillos de cosas. La primera semana en su centro nuevo de Seattle, se metió un pequeño radio-reloj en el bolsillo junto con todo el cambio que pudo encontrar, el audífono de otra persona y tres pares de calcetines. Se salió del centro y lo detuvieron en el aparcamiento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kendall.

Austin se agachó para examinar los pies descalzos del hombre, a los que les faltaban un total de tres dedos. —Supongo que me pregunto si existe alguna posibilidad de que esto fuera un trágico accidente.

—Si este hombre tenía demencia —rebatió Derby—, ¿cómo pudo llegar al puente? No hay residencias a las que se pueda llegar andando. Además, ya lo he comprobado, y no falta nadie en los centros locales.

—¿Alguien más denunciado como desaparecido? —preguntó Kendall—. Quizá la familia puso una denuncia.

Derby negó con la cabeza mientras se inclinaba hacia el rostro del hombre. —Nadie que coincida con la descripción. —Volvió a meter las piedras en el bolsillo del hombre.

—¿Son esas piedras suficientes para hundir un cuerpo? —preguntó Austin.

Kendall dijo: —La flotabilidad del cuerpo humano es muy similar a la del agua. Para hacer que un hombre así se hunda, solo necesitas unos siete u ocho kilos de peso extra.

Derby examinó el otro bolsillo. —Los bolsillos son profundos y están llenos. Calculo que habrá entre siete y nueve kilos. Es imposible que un anciano se metiera eso en los bolsillos y saltara del puente por accidente. Y no hay forma de que llegara hasta aquí sin coche por su cuenta. Alguien estaba ocultando este cadáver o deshaciéndose de él.

Austin asintió. —¿Hay algo más que pueda decirnos sobre el aviso anónimo?

Derby se metió las manos en los bolsillos. —¿*Puedo* decirles o *voy a* decirles?

Austin se dio cuenta de que se había extralimitado. —Sé que este no es nuestro caso. Solo estamos aquí para proporcionar los buceadores. Solo tengo curiosidad, eso es todo.

—Fue un sacerdote —dijo Derby sin andarse con rodeos.

Kendall miró a Austin, probablemente pensando lo mismo que él. —¿Dijo el sacerdote cómo se enteró de lo del cuerpo?

—Dijo que se lo contó alguien de su parroquia.

Austin ladeó la cabeza. —¿Un feligrés se confesó con su cura? Eso indica mucha culpa. ¿Un posible sospechoso?

Derby señaló con la cabeza hacia la parte superior de la pendiente, donde el equipo forense había aparcado y estaba bajando. —Tal vez —dijo—. Pero por ahora, necesitamos una causa de muerte. Y tenemos que averiguar quién es este tipo. Quizá eso nos diga por qué acabó en las rocas al fondo del estrecho, bajo el puente de Deception Pass.

Kendall señaló hacia el coche, en la parte alta de la pendiente. —Y nosotros tenemos que volver a la oficina.

4

Austin agarró el volante con fuerza, sintiendo cómo la ira le subía desde el pecho hasta el rostro mientras observaba el aparcamiento del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap. Nunca era un buen día cuando había cámaras de televisión por medio. Por lo general, significaba que tenían un caso mediático: un asesinato espantoso o algo por el estilo.

Hoy se debía a que el Marciano estaba allí: el comisionado del condado, Marty Larsen.

Al bajar del coche, Austin intercambió una mirada con Kendall y la siguió por el aparcamiento, deteniéndose a unos cinco metros del pomposo político que peroraba ante los medios.

—No solo —estaba diciendo Larsen— este departamento gastó más dinero el último trimestre que en cualquier otro trimestre anterior del que se tenga constancia, sino que además han contratado a un *nuevo* detective. Un antiguo *neoyorquino*, para más señas. ¿Y a qué han dedicado el día de hoy, este equipo de detectives de élite? Lo han pasado en el condado de Island, colaborando en un caso que ni siquiera entra en su jurisdicción. Miren, yo apoyo a las fuerzas del orden tanto como el que más. Al fin y al cabo, mi padre y mis tíos eran todos policías estatales. Pero los delitos violentos han *disminuido* en este condado, nuestra infraestructura necesita reparaciones urgentes y no deberíamos

desviar unos recursos tan necesarios de esos proyectos, por no hablar de otros departamentos importantes, para pagar a esta plantilla sobredimensionada.

Solo había tres o cuatro reporteros y un cámara presenciando la rueda de prensa, y Austin se alegró de que ninguno de ellos fuera la reportera local Anna Downey. Él y Anna habían trabajado estrechamente en algunos casos cuando empezó a colaborar como consultor con el Sheriff de Kitsap. Más tarde, habían salido juntos durante un breve periodo de tiempo.

Una traición masiva por parte de Anna había puesto fin a la relación y, últimamente, solo habían intercambiado algún que otro mensaje de texto cortés y ocasional. Se alegraba de que ella no estuviera allí porque, aunque no guardaba ningún rencor hacia ella, la situación seguía siendo incómoda.

Se sorprendió al oír su voz detrás de él en el momento en que Larsen dejó de hablar. Al parecer, acababa de salir de la oficina.

—Comisionado Larsen —preguntó ella, caminando entre Austin y Kendall—, ¿no es cierto que el año pasado votó a favor de un aumento salarial del treinta por ciento para usted y los demás comisionados del condado, mientras que los agentes de policía solo recibieron un aumento del seis por ciento?

Austin sonrió. Una de las cosas que le gustaban de Anna era que no temía el enfrentamiento con las fuentes.

—Yo, nosotros, quiero decir ellos, quiero decir nosotros... —balbuceó Larsen—. Sí, eso fue lo que se aprobó, pero...

Anna le interrumpió. —¿Y no es cierto que, desde que el gobernador Ridley dejó el cargo de detective principal y el puesto de Sheriff está vacante temporalmente, se prevé que los gastos de este trimestre sean en realidad *inferiores* a los del segundo trimestre del año pasado, incluso con la incorporación del detective Austin?

—Bueno, ehm, tal vez —acertó a decir Larsen antes de que Anna continuara.

—¿Y no es *también* cierto que el Departamento del Sheriff del condado de Kitsap funciona con un presupuesto menor que la mayoría de los departamentos de tamaño similar en Washington?

Austin no necesitó esperar a la respuesta. Todo ese politiqueo y tonterías servían para alimentar blogs, informativos de televisión, podcasts y cualquier otro medio en el que Anna tuviera metida la mano en estos días, pero a él no le afectaba. Supuso que, si finalmente eliminaban su puesto del presupuesto, no habría nada que pudiera hacer al respecto.

Por ahora, tenía trabajo que hacer.

En el interior, Kendall y Austin se reunieron con Lucy y Jimmy en la pequeña sala de juntas, que olía a café pasado y a la capa de pintura blanca recién aplicada que él y Jimmy habían dado el fin de semana.

—Sigue sin haber identificación del cadáver —dijo Lucy nada más entrar—, y tendremos que pasar a otra cosa pronto ya que no es nuestro caso, pero Derby *sí* que ha enviado el informe preliminar del forense. Por si teníamos curiosidad.

Samantha, la analista técnica del departamento, entró con paso despreocupado llevando un portátil bajo cada brazo. Austin no la había visto en un tiempo y, al parecer, había aprovechado sus días libres para hacerse un tatuaje nuevo. Parecía ser un escudo rojo, blanco y azul con una estrella en el dorso de la mano derecha.

Austin no acababa de entender qué les pasaba a los jóvenes con los tatuajes. No estaba ni a favor ni en contra; lo único que sabía era que le hacían sentir viejo.

Samantha levantó la mano, luciendo el nuevo tatuaje.

Nadie dijo nada.

—¿Holaaaaa? —dijo ella—. ¿Es que no lo reconocéis?

Silencio.

—Es el escudo del Capitán América.

Austin asintió, aunque aquello seguía sin decirle gran cosa.

—¿Qué tal la luna de miel? —le preguntó Jimmy.

—Genial —dijo Samantha—. Vimos todas las películas del universo cinematográfico de Marvel en orden y luego nos hicimos

tatuajes a juego.

Jimmy esbozó una sonrisa extraña, como si estuviera a punto de soltar un comentario sarcástico, pero se mordió el labio. Él y Samantha eran polos opuestos, pero eso no parecía impedir que trabajaran bien juntos. Samantha conectó uno de los portátiles a un largo cable negro y la pantalla de la pared se iluminó.

—Esto acaba de llegar —dijo ella.

Informe Preliminar del Médico Forense

Fecha: *22 de mayo de 2024*

Número de caso: *C2887*

Nombre: *Juan Nadie*

Ubicación: *Puente de Deception Pass, condado de Island*

Descripción del fallecido:

- *Edad: 95-100 años*
- *Altura: 1,73 m*
- *Peso: 72 kg*
- *Señales particulares: Un tatuaje pequeño y desvaído de las letras «CB» con un ancla entrelazada en el tobillo derecho.*
- *Registros dentales: Sin coincidencias.*
- *Vestimenta: Pantalón marrón, camiseta blanca, impermeable marrón oscuro hasta la rodilla.*

Examen externo: *El cuerpo presenta signos de inmersión prolongada en el agua. El rostro y las extremidades muestran daños postmórtem significativos, probablemente causados por carroñeros acuáticos. En el examen no se observaron signos visibles de traumatismo, como laceraciones o hematomas.*

Escáner cerebral inicial: *El escáner cerebral revela varios indicadores clave de demencia. Existe una atrofia cortical notable, particularmente en el hipocampo y el lóbulo frontal, regiones críticas para la memoria y la función ejecutiva. Los ventrículos aparecen agrandados, signo de encogimiento cerebral. Además, existen hiperintensidades en la sustancia blanca, lo que podría sugerir una enfermedad crónica de pequeños vasos, comúnmente asociada con el envejecimiento y la demencia.*

Examen interno: *Los hallazgos preliminares de la autopsia no son concluyentes respecto a la causa de la muerte. El examen pulmonar reveló la presencia de fluido, compatible con el ahogamiento. Sin embargo, debido al avanzado estado de descomposición y a la ausencia de signos definitivos de lucha o lesiones, no es posible determinar de forma concluyente si el individuo se ahogó o si la acumulación de fluido se produjo postmórtem.*

Toxicología: *Pendiente*

Conclusión: *En esta etapa, las pruebas son insuficientes para clasificar de forma definitiva la naturaleza de la muerte. Se requiere una mayor investigación y análisis, incluyendo toxicología y una posible identificación mediante ADN familiar, para determinar si el fallecido murió por ahogamiento o si ya estaba muerto antes de la inmersión.*

Cuando todos terminaron de leer, Lucy dijo: —Seguimos sin saber mucho sobre este hombre y Derby me aseguró que él se encargaría a partir de aquí, pero...

—Su tatuaje —dijo Austin—. Samantha, ¿puedes buscar algo sobre los «CB» de la Marina? Podría estar escrito *C-B* o podría ser *Seabee*, como la fonética de las letras.

Samantha soltó una risita pero, al ver la expresión seria de Austin, empezó a teclear.

—¿Qué pasa? —preguntó Kendall.

—Es un veterano —dijo Austin—. De la Marina. De la Segunda Guerra Mundial. CB significa *Construction Battalion* y su apodo era los Seabees. Eso significa que tiene *al menos* 95 años, probablemente 100. Es posible que mintiera sobre su edad para entrar en la guerra.

Samantha leyó un informe que había encontrado rápidamente en internet: —«Formados durante la Segunda Guerra Mundial, los *Seabees* (una ortografía fonética de "CB" por Batallón de Construcción) se crearon para satisfacer la necesidad de trabajadores de la construcción cualificados que también pudieran

defenderse. Se encargaban de construir pistas de aterrizaje, carreteras, puentes y otras infraestructuras cruciales en zonas de combate».

—La mayoría de los Seabees eran mayores —dijo Austin—. Ya tenían experiencia en un oficio. Él habría sido uno de los más jóvenes.

Soltó un largo suspiro. La imagen de aquel hombre siendo un adolescente, quizá de no más de dieciséis o diecisiete años, trabajando en la construcción para la Marina en la Segunda Guerra Mundial, se le había quedado clavada dolorosamente en el pecho. Austin sintió un sabor a pan mohoso, y se le revolvieron las entrañas de asco ante aquel crimen, asumiendo que se trataba de un asesinato, como ahora estaba convencido de que era. Pensó también en su propio padre, más joven que este «Juan Nadie» y a solo treinta kilómetros en línea recta, pero que, debido a su estado, se sentía mucho más lejos que eso.

—Así que tenemos a un hombre de unos noventa y cinco o cien años —dijo Kendall—. Un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Y tenemos tres opciones. Primero, que lo mataron y alguien arrojó su cuerpo desde el puente, o lo tiró al agua desde la orilla, lastrado con piedras para asegurarse de que se hundiera. Segundo, que se alejó de algún sitio y se cayó accidentalmente, aunque sigo sin ver cómo pudo ocurrir eso. Y por último...

Se calló. No quería decirlo, y Austin tampoco.

—Odio tener que decirlo —dijo Jimmy con voz baja y menos animada de lo que Austin solía escuchar del sociable Jimmy—. Suicidio. No se puede descartar. Las muertes por desesperación están aumentando.

Austin miró a la mesa, sintiendo que algo se le retorcía por dentro.

Tras un largo silencio, Lucy se aclaró la garganta. —El tema de ser veterano podría ayudarnos a encontrar registros —dijo, caminando hacia la puerta de la sala de juntas—. Tengo que reunirme con el cabrón de Larsen por el presupuesto, luego llamaré al Sheriff Derby para informarle de lo que hemos averiguado sobre nuestro Juan Nadie.

5

Lucy regresó a la sala de juntas unos veinte minutos después. —Han reducido la búsqueda a tres iglesias —dijo—. En las que trabaja el sacerdote que dio el soplo. En ese momento, el teléfono le vibró en el bolsillo y se disculpó para atender la llamada, prometiendo volver en un minuto para explicarlo todo.

Mientras ella hablaba por teléfono con Derby y se reunía con Larsen, Austin había sentido que su estado de ánimo se agriaba aún más.

Había pasado por múltiples fases en su vida en las que se había obsesionado con la historia de la Segunda Guerra Mundial. Había leído libros, visto documentales y también largometrajes. La idea de cualquier hombre de noventa y cinco o cien años quitándose la vida al saltar desde un puente pintoresco que conectaba comunidades ricas y hermosas resultaba increíblemente trágica. A eso se le sumaba el hecho de que había sido un veterano de la Segunda Guerra Mundial y, de alguna manera, aquello hacía que todo fuera todavía más triste.

Y esa era solo una posibilidad. El asesinato, pensó Austin, seguía siendo lo más probable. Pero ¿por qué matar a un hombre con demencia que ya estaba tan cerca del final?

Austin intentó no regodearse en su malestar, pero había algo en este caso que proyectaba sobre él una oscuridad que no podía

disipar fácilmente.

Cuando Lucy regresó, dijo: —Hay docenas de iglesias en el condado de Island, pero solo tres iglesias católicas. Derby ha dicho que parte del ruido de fondo —una canción en particular— le indicó que se trataba de una de las iglesias católicas.

—Suponiendo que acaben localizando al cura que hizo la llamada, ¿el propio sacerdote es sospechoso? —preguntó Jimmy—. Quiero decir, él es quien conocía la ubicación del cadáver.

Lucy negó con la cabeza. —Derby ha dicho que no, pero ¿quién sabe? Se ha mostrado evasivo. Obviamente, quiere este caso para él solo.

—¿Y han identificado ya el cuerpo? —preguntó Kendall.

—No —dijo Lucy—. Le he hablado del tatuaje y ya estaban comprobando los registros navales. Hasta ahora, nada. Tampoco hay huellas dactilares. Está demasiado descompuesto. Han revisado los informes de personas desaparecidas de todo el estado. Nada que coincida con nuestro desconocido. Tampoco han aparecido aún registros dentales que coincidan.

Austin puso las palmas de las manos sobre la mesa. Por supuesto, quería profundizar más en esto, pero sabía que no iba a ser posible.

—El tipo es un completo misterio —dijo Lucy—, y tenemos que volver al trabajo con nuestros propios casos. El Marciano está que echa chispas.

Hola. Ha llamado al buzón de voz de Simone Aoki. Por favor, deje un mensaje después de la señal.

Austin terminó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Agachándose, cogió un pequeño frisbi de goma y lo lanzó por la playa. Una racha de viento lo golpeó y lo desplazó unos dos metros hacia las aguas poco profundas. Run, su corgi, corrió tras él, pero se detuvo al borde del agua y miró a Austin.

—Tú puedes —dijo Austin—. Sabes nadar, ¿recuerdas?

Sacudió la cabeza, sonriendo. Run era inteligente y atlética. Sabía nadar, y Austin la había visto zambullirse con entusiasmo en estas aguas muchas veces. *Sabía* que podía coger el frisbi, pero prefería no hacerlo y lo miraba para ver si lo convencía.

Señaló el frisbi con la mano. —Cógelo —dijo—. Ve por tu frisbi.

Run le lanzó una última mirada y se adentró en el agua como si estuviera comprobando la temperatura. Luego se sumergió por completo y nadó hasta el frisbi, agarrándolo entre sus dientes antes de darse la vuelta y regresar a nado. Cuando llegó a la playa, se sacudió violentamente, luego corrió hacia Austin, deteniéndose frente a él con un derrape de arena y soltando el frisbi.

—Buen trabajo —dijo él—. Pero de verdad que te estás convirtiendo en una diva.

Lanzó el frisbi de nuevo, esta vez no tan fuerte ni tan lejos, asegurándose de que aterrizara en la arena, que era lo que Run prefería.

Austin y Sy llevaban días jugando al gato y al ratón con el teléfono. Habían intercambiado algunos mensajes de texto, intentando sobre todo, sin éxito, fijar una hora para hablar, algo que Austin seguía prefiriendo cuando era posible.

Lanzó el frisbi de nuevo, viendo pasar un pequeño velero a unos cuatrocientos metros mar adentro en el estrecho.

Había algo en el sonido de la voz de Simone que lo calmaba. Una serenidad, pensó, una madurez ganada a base de superar momentos difíciles. Al igual que él, ella había pasado por mucho. Una carrera en las fuerzas del orden. La muerte de un cónyuge. No estaba seguro de hacia dónde se dirigían las cosas, pero sabía que se estaban volviendo bastante serias. No estaba seguro de cuál sería el próximo paso de ella, pero esperaba que empezara con un traslado al estado de Washington.

En ese momento, quería hablar con ella sobre el hombre fallecido que habían encontrado bajo el puente de Deception Pass. Aunque no fuera su caso, se le había quedado grabado como si lo fuera.

El teléfono le vibró en el bolsillo y lo sacó. Un mensaje de Simone.

Acabo de terminar la reunión con la junta. Parece que van a aprobar mi jubilación anticipada. No puedo hablar ahora, tengo cita con el médico. ¿Hablamos esta noche o quizá mañana?

Austin reaccionó al mensaje con un emoji de pulgar hacia arriba, algo que acababa de aprender a hacer y que siempre le hacía sentir un poco vago, así que se dispuso a escribir una respuesta mientras Run esperaba pacientemente, recuperando el aliento en la arena. — Felicidades, Sy. Sabía que lo aprobarían. Y sí, hablamos pronto.

Austin se había familiarizado con las abreviaturas de los mensajes de texto hacía poco gracias a ella. Al principio, cuando ella abreviaba demasiado, había pensado que le estaba dando un ataque mientras le escribía, hasta que ella le explicó qué significaba cada cosa.

Austin recogió el frisbi. Notó que Run seguía jadeando y decidió que debían regresar. Su corgi jugaría más allá del punto de agotamiento total, y Austin había leído en internet que, con los corgis, a veces hay que detenerlos porque ellos mismos no paran pese al sobreesfuerzo.

Mientras el sol se ponía, caminó despacio por la playa, disfrutando del aire nocturno. Hacía fresco pero no frío, y estaba deseando que llegara un verano caluroso de días de playa, quizá algo de pesca y una cerveza fría o dos en su pequeña cafetería, tienda de ultramarinos y tienda de cebos.

Pero ni siquiera todos esos pensamientos agradables lograban animarlo.

La canción de Pink Floyd se le había quedado grabada, provocándole un bucle infinito de pensamientos sobre el hecho de que su padre, que por fin vivía cerca, ya no podía comunicarse con él más de unos pocos minutos al día. Y por triste que fuera, al menos tenía a la madre de Austin para cuidarlo, por no mencionar a los cuidadores de lo que era un excelente centro de memoria.

El desconocido, pensó Austin, no tenía nada de eso.

Todavía no habían encontrado ninguna prueba de que alguien estuviera buscando al hombre. Y eso le hacía preguntarse: ¿no había nadie encargado de cuidar a las personas que no tenían familia, que no tenían amigos? ¿Cómo era posible que un veterano de unos cien

años pudiera acabar en el agua bajo el puente y ni una sola persona hubiera denunciado su desaparición?

6

Miércoles

A la mañana siguiente, Austin estaba de nuevo en la playa con Run, repitiendo el ritual de lanzar y recoger que habían realizado la noche anterior. Esta vez, utilizaban un palo en lugar de un frisbee.

Eran las siete en punto, así que llamó a su madre. Ella le había dicho que esa era la hora a la que siempre visitaba a su padre y el momento en el que era más probable que este estuviera lúcido. —Hola, mamá —dijo él—, ¿cómo está hoy?

—No muy bien —respondió ella—. Me temo que no es un buen momento para hablar con él. Hoy me ha llamado Sally, el nombre de su hermana. Me ha preguntado si seguía saliendo con Mike Dexter.

Ella soltó un largo suspiro y Austin casi pudo sentir el peso de su preocupación, de su tristeza.

—¿Qué le has dicho? —preguntó.

—¿Qué *podía* decirle? Le he seguido la corriente. Le he dicho que estaba pensando en casarme con él.

—No lo habrás hecho —dijo Austin soltando una risita.

Su madre siempre sabía cómo aportar un poco de ligereza a las situaciones oscuras.

—Lo he hecho, y le ha hecho sonreír. Todavía conserva su sonrisa.

—Y a todo el mundo le encanta la idea de una boda.

—Hay días en los que simplemente no sé qué hacer, Thomas. —Oír a su madre pronunciar su nombre de pila siempre le transmitía una sensación de hogar y seguridad. Solo sus padres seguían llamándole así.

—Iré a veros este fin de semana —dijo Austin, agachándose para recoger el palo antes de lanzarlo playa abajo.

—Bien —dijo su madre—. Eso está bien. ¿Y cómo van las cosas con Simone? Ya sabes que tuve un presentimiento con ella en cuanto me dijiste que estabais saliendo.

Austin lo recordaba demasiado bien. Su madre había encontrado una foto de Sy en internet a los cinco minutos de que Austin mencionara su nombre, y probablemente había empezado a tejer un jersey para sus nietos imaginarios cinco minutos después. —Habrías tenido un presentimiento con un trozo de arcilla si pensaras que podría servirme para esculpirte unos nietos.

—No es culpa mía —dijo ella—. No puedo evitar anhelar los nietos que vosotros dos podríais darme. Y tu padre también, por supuesto.

Austin se metió una mano en el bolsillo mientras con la otra sostenía el teléfono pegado a la oreja. La playa estaba desierta, que era otra de las razones por las que a Austin le gustaba pasear temprano por la mañana o tarde por la noche. Técnicamente, debería llevar a Run con correa, pero llevaba una correa por si aparecía otro perro. Sin embargo, en este tramo no solía haber nadie a menos que fuera mediodía o un fin de semana soleado.

—Se te oye desanimado —dijo su madre.

—Es un caso —dijo Austin—. Ni siquiera es *mi* caso. Un veterano de la Segunda Guerra Mundial hallado bajo un puente. Ahogado. Posiblemente asesinado. Podría ser un suicidio.

—Dios mío —dijo su madre—. Es terrible. ¿Un veterano de la Segunda Guerra Mundial, has dicho? Lamentablemente, ya no quedan muchos con nosotros.

—Lo sé —dijo Austin—. Probablemente andará por los noventa y largos.

—¿No sabéis cuántos años tiene?

—Aún no hemos identificado el cadáver —dijo Austin.

Run soltó el palo sobre el pie de Austin y algo encajó en su mente. Un archivo del otro día y una foto de otro cuerpo de un anciano en una playa, este junto a unos palos de madera a la deriva.

Su madre había cambiado de tema y le estaba soltando un sermón por no darle nietos. Run le miraba educadamente, soltando de vez en cuando un pequeño ladrido silencioso, indicando que ya era hora de volver a lanzar el palo.

Si recordaba bien, el hombre hallado muerto cerca del puente Manette en Bremerton tampoco había sido identificado de inmediato. No tenía familia viva y no se había denunciado inicialmente su desaparición. Otra similitud con el hombre encontrado un par de días antes era que el hombre de Bremerton presentaba signos tempranos de demencia.

No era mucho, pero era una conexión. Al menos, podría ser suficiente para que Lucy aceptara ponerle a él y a Kendall en el caso, ya que la muerte del puente Manette había ocurrido en el condado de Kitsap.

Volvió a prestar atención cuando su madre terminó su sermón. —Sé que quieres nietos, mamá, y serías la mejor abuela del mundo. Solo que no estoy seguro de servir para padre.

—Pensé que cerrar el caso de Fiona te liberaría emocionalmente —dijo su madre—. En fin, nietos aparte, dime, ¿qué pasa con Sy? Dijiste que a lo mejor se mudaba allí.

—Últimamente nos cuesta incluso coincidir en una llamada —dijo Austin—. Pero sí, tal vez. Todo es... no lo sabemos, es complicado. Te llamaré mañana. Tengo que ir a la oficina.

Austin señaló una fotografía en color impresa que había pegado con cinta en la pizarra de la sala de reuniones: el hombre que había sido hallado muerto cerca del puente Manette. Su cuerpo estaba cubierto en su mayor parte por una tela blanca. —Hank Butterfield. Era el fallecido en uno de los casos sin resolver que estuve revisando el

otro día. Hay muy pocos detalles sobre el caso porque, en su momento, se consideró un ahogamiento accidental. Tenía ochenta y cinco años y seguía viviendo solo en un estudio de una casa que se había convertido en cuatro apartamentos. Butterfield presentaba signos tempranos de demencia, y su casero incluso había solicitado a las autoridades del condado que lo ingresaran en una residencia porque había dejado de pagar el alquiler y se había escapado de su apartamento un par de veces. Su caso estaba pendiente en el momento de su muerte, que pasó desapercibida durante cuarenta y ocho horas.

Austin miró a Kendall, que estaba sentada con su chaqueta de cuero y los brazos cruzados, estudiando la pizarra. Jimmy y Lucy estaban sentados en extremos opuestos de la mesa, cada uno tomando café. Al parecer, el hielo entre ellos se había derretido un poco porque, al menos, habían llegado juntos esa mañana.

Él había convocado la reunión, pero se sentía un poco extraño ocupando el lugar de Lucy frente a la pizarra. Anteriormente, ese había sido el puesto de Ridley Calvin pero, desde su elección como gobernador, veían a Ridley sobre todo por televisión o en las portadas de los periódicos.

Kendall dio golpecitos con un bolígrafo en la mesa. —¿Alguna conexión clara entre el caso del puente Manette, Hank Butterfield, y el John Doe del puente de Deception Pass?

—Según el archivo original, no mucha —admitió Austin—. Obviamente, ambos hombres son mayores y ambos padecían demencia. Además, asumiendo que estemos en lo cierto sobre que el John Doe no tenía amigos cercanos ni parientes que denunciaran su desaparición, esa sería otra conexión.

—¿Quién encontró el cuerpo del señor Butterfield? —preguntó Lucy.

Austin sacudió la cabeza, con el ceño fruncido. —Una excursión escolar. Una clase de biología marina de séptimo grado de un colegio privado cercano. Estaban buscando cosas por la orilla o algo así y, bueno... —Austin sacudió la cabeza, intentando quitarse de la cabeza la idea de un niño de doce años tropezando con el cadáver de Butterfield en la orilla bajo el puente—. Hay más. Algo sólido. He

pasado por el almacén de pruebas al venir esta mañana. Nadie recogió nunca la ropa ni las pertenencias de Butterfield. —Austin se agachó y sacó de su bolsa de deporte una bolsa de plástico con cierre hermético llena de piedras—. Llevaba una chaqueta de lana bastante gruesa, a pesar de que lo encontraron en agosto. Estas piedras azules y grises se encontraron en sus bolsillos.

—Desde luego se parecen mucho a las que encontramos en el chubasquero de John Doe —dijo Kendall.

—¡Madre mía! —soltó Jimmy—. No suele encontrarse una prueba así todos los días.

—Buen trabajo —dijo Lucy—. Quiero decir, esto es de lo más deprimente, pero buen trabajo, Austin.

Kendall se puso en pie. —¿Un asesino en serie?

Austin ladeó la cabeza. —No saltaría a esa conclusión de inmediato, pero está claro que hay alguien ahí fuera ensañándose con los más ancianos y vulnerables de entre nosotros. —Austin podía sentir cómo el vitriolo se filtraba en sus últimas palabras. Siempre intentaba mantener la calma, reprimir sus emociones en medio de una reunión. Pero esta vez no pudo contenerse—. Ancianos y niños —escupió—. Nada me enfurece más que la gente que se aprovecha de los ancianos y los niños. No sé si se trata de un asesino en serie o si pasa algo más, pero caray si quiero averiguarlo. —Miró a Lucy—. ¿Es suficiente esto para vincularnos al caso?

Lucy se levantó, sacando su teléfono móvil. —Vaya si lo es. Tenemos más recursos que el condado de Island, y esto es suficiente para conseguir que lo compartan todo. Tendremos que compartirlo todo nosotros también, pero no tengo ningún problema con eso. ¿Tú sí, Austin?

Austin sacudió la cabeza. —Derby parece nuevo, pero parece un tipo decente. Dile que vamos para allá.

—¿Cuándo? —dijo Lucy.

Austin miró a Kendall. —Ahora. —Trasladó su mirada a Samantha, que había estado sentada en silencio, mirando su portátil—. ¿Puedes...?

—¿Ver si algún otro caso coincide? —preguntó ella, sin levantar la vista de la pantalla—. Ya estoy en ello.

—Gracias —dijo Austin.

Tras cruzar una mirada con Kendall, salió apresuradamente y ella le siguió. Tenían que volver a Whidbey Island. Tenían que hablar con la única persona que estaba dando información: el sacerdote que había llamado para informar al departamento del Sheriff del condado de Island sobre el cadáver ahogado en Deception Pass.

Austin quería asegurarse de que su única pista fresca no se echara a perder antes de tener la oportunidad de seguirla.

7

Austin solo estaba a mitad del aparcamiento cuando oyó la voz de Lucy llamándolo desde atrás. —Austin, Kendall, esperad —gritó.

Se dio la vuelta y vio a Lucy hablando por el móvil mientras levantaba un dedo, indicándoles que aguardaran un momento. Se dio la vuelta para continuar con su llamada y Austin se acercó justo cuando ella terminaba.

—Gracias, Sheriff Da..., quiero decir, señor Daniels —dijo ella—. Sé que las cosas han sido, bueno... ¿hola? ¿Hola? —Lucy se giró hacia Austin y Kendall, frunciendo el ceño—. Me ha colgado.

—¿Era el sheriff Daniels? —preguntó Austin—. Quiero decir, ¿el *exsheriff* Daniels?

Lucy asintió. —Salió de su segunda estancia en rehabilitación y me envió un mensaje la semana pasada; me felicitó y se ofreció a ayudar en cualquier momento en que se le necesitara. Incluso dijo que me apoyaría si quisiera presentarme para sheriff, suponiendo que en algún momento tengamos esas elecciones especiales.

Daniels había abandonado su puesto de sheriff envuelto en un escándalo, lo que había dejado a Ridley Calvin al mando brevemente. Ridley había aportado estabilidad y profesionalidad al departamento, pero su mandato se vio interrumpido cuando se presentó con éxito al cargo de gobernador, derrotando a Daniels en unas elecciones especiales.

Con la marcha de Ridley, el puesto de sheriff quedó vacante, lo que provocó un importante conflicto entre los comisarios del condado. A Lucy la habían nombrado sheriff en funciones temporalmente, pero no se hablaba de que ocupara el cargo de forma permanente. Tanto su juventud como su falta de deseo por el puesto hacían que fuera una opción descartada de entrada. La junta estaba estancada: algunos miembros abogaban por un nombramiento inmediato para garantizar la continuidad del liderazgo, mientras que otros insistían en celebrar elecciones especiales para que el público eligiera a su nuevo sheriff.

—En fin —dijo Lucy—, he llamado rápidamente a Daniels y se acordaba del caso. Butterfield. El ahogamiento en el puente de Manette. Le he preguntado si había algo que no hubiera terminado en el archivo. Ha dicho que no se le ocurría nada y recordaba estar seguro de que fue un ahogamiento accidental. No es que el hecho de que Daniels esté seguro de algo signifique mucho. Pero, al parecer, Butterfield era conocido por salir de su apartamento a vagar a cualquier hora del día.

Austin negó con la cabeza. —Entonces, ¿por qué nos has parado? Tenemos prisa por coger el ferry.

—Samantha ha encontrado algo. Otro caso. Similar. También en el puente de Deception Pass.

Kendall preguntó: —¿Puedes enviármelo al móvil? Tenemos que largarnos.

Lucy asintió. —Lo tendréis en diez minutos.

Ni siquiera habían llegado a la autopista cuando llegó el informe de Samantha.

—Helen Virginia Fullman —leyó Kendall del informe mientras Austin conducía—. Descrita por quienes la conocían como una mujer de ochenta años ágil y activa. Seguía conduciendo, vivía sola y, al parecer, le encantaba viajar. Había estado en todos los continentes excepto en la Antártida durante los diez años anteriores a su

muerte. La encontraron ahogada bajo el puente de Deception Pass hace tres años. Antes que a Butterfield o a nuestro desconocido.

Austin maldijo entre dientes. ¿Cómo era posible que hubiera otro caso en Deception Pass y que nadie en el Departamento del Sheriff del Condado de Island hubiera notado las similitudes? —¿Qué más tienen en común los casos?

—Solo que Fullman no tenía familia viva, aunque parecía tener más amigos que los demás.

—¿Tenía experiencia militar? —preguntó Austin.

—No, y Butterfield tampoco, así que dudo que sea una vía que valga la pena investigar. Fullman estuvo casada una vez y tuvo una hija, pero tanto su marido como su hija murieron en un accidente de coche en los años setenta. Vivió el resto de su vida sin volver a casarse. Originaria del barrio de Green Lake en Seattle, se mudó a Kitsap en la década de 1980.

—¿Qué fue lo que le llamó la atención a Samantha sobre esto?

—Bueno, lo del puente. Su coche se encontró cerca y se consideró una muerte accidental. Pero también... —Kendall hizo una pausa, soltando un suspiro—, las rocas. La encontraron con una chaqueta tipo parka y llevaba encima casi siete kilos de grava de acceso al garaje. Un tipo ligeramente diferente, pero un modus operandi lo bastante similar como para que resulte difícil creer que fue un accidente.

—O una coincidencia —añadió Austin—. Helen Virginia Fullman hace tres años. Hank Butterfield hace dos años. Y el desconocido hace unos días. Quizá esto acabe clasificado como el trabajo de un asesino en serie, o quizá sea otra cosa, pero de cualquier forma, ahora tenemos tres víctimas. Como mínimo.

8

Se reunieron con el sheriff Derby en un pequeño apartadero de la carretera, a unos cien metros del puente. Austin le había pedido a Lucy que llamara con antelación para empezar a preparar el terreno y compartir información entre los dos departamentos. Pero la expresión impasible de Derby al bajar del coche le indicó a Austin que quizá no estaba de humor para colaborar.

—Deja que me encargue yo —dijo Kendall—. ¿De acuerdo?

Austin asintió. —Parece cabreado —murmuró.

Aparentando ignorarlos, Derby caminó hacia el borde del saliente, contemplando el agua a unos cien metros por debajo. —Solo llevo tres meses en este puesto —dijo—. En el condado donde vivía antes ni siquiera *teníamos* puentes. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué condado era ese? —preguntó Kendall.

Derby se dio la vuelta con los brazos cruzados e ignoró la pregunta. —He recibido una llamada de su jefa. O'Rourke. ¿Al parecer esto ahora forma parte de un patrón? —Enarcó una ceja con escepticismo.

—Escúchenos —dijo Kendall—. Tenemos un caso similar de hace dos años en Bremerton. Y acabamos de enterarnos de lo de Helen Virginia Fullman. ¿Le suena de algo?

—No me sonaba hasta que O'Rourke mencionó el nombre. Sucedió antes de que yo llegara. No soy de los que se ponen a

escarbar en archivos antiguos y a cuestionar el trabajo de mis predecesores. En su momento pareció un accidente, y así es como sigue constando a día de hoy.

—Venga ya —dijo Austin—. Usted sabe que eso no es cierto.

Derby desvió la mirada, observando a un par de turistas que hacían fotos al puente. La cinta policial había sido retirada y, por lo que ellos sabían, no era más que un día encantador en un puente precioso. Una parte de Austin deseaba, al igual que ellos, ignorar la existencia de los cadáveres que habían sido hundidos allí debajo.

—Lo sé, lo sé —dijo Derby—. Esto es lo último que necesitaba tan poco tiempo después de aceptar el cargo. El hombre al que sustituí es una leyenda y un sheriff de los pies a la cabeza. Si se le pasó algo por alto, se va a sentir fatal y va a parecer que estoy echando a los leones.

—Queremos hablar con el sacerdote —dijo Austin—. Hemos oído que lo han reducido a tres sospechosos.

Derby negó con la cabeza. —Es *nuestro* testigo. Aunque todavía no sabemos exactamente quién es. El departamento ya anda escaso de personal y...

—Entonces déjenos *ayudar* —dijo Austin—. Si alguien le confesó a un cura lo del cuerpo, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera nuestro asesino. ¿Le ha contado Lucy... quiero decir, la inspectora O'Rourke... lo de las piedras?

Derby asintió. —Parece algo cogido con pinzas, pero supongo que por ahora es suficiente para empezar. Mire —soltó un largo suspiro—, ya estoy pendiendo de un hilo. Soy el primer sheriff negro en la historia del condado. No quiero molestar a mi predecesor y no quiero que un departamento externo me deje en evidencia, ¿me entiende?

Kendall miró a Austin, indicándole con los ojos que era su momento. —Tiene mi palabra —dijo Austin—. Si nos da lo que tiene, compartiremos todo lo que descubramos con usted y, qué demonios, puede llevarse el mérito si encontramos algo.

—No busco llevarme ningún mérito —dijo Derby—. Solo no quiero que me dejen fuera de juego. ¿Trato hecho?

Kendall le tendió la mano y se la estrechó. —Trato hecho.

—Por supuesto —añadió Austin, estrechándole la mano también.

Derby sacó un papel del bolsillo y se lo entregó a Kendall. —Esas son las tres iglesias de las que sospechamos que puede haber venido el aviso. Estamos investigando cada una antes de intervenir. No podemos arriesgarnos a que un cura o un feligrés culpable se huela la investigación y decida poner pies en polvorosa.

Sin responder, Kendall se dio la vuelta y Austin vio cómo sacaba una foto a la lista y la enviaba por mensaje de texto.

Probablemente a Samantha, pensó Austin. Kendall era más hábil con la tecnología que él, y su respuesta inmediata ante cualquier nueva prueba era pasársela a Samantha para ver si podía ampliarla con sus técnicas digitales mientras la propia Kendall investigaba sobre el terreno. Tenía que admitir que era la decisión correcta, aunque no fuera algo que se le hubiera ocurrido a él de inmediato.

Retomando la conversación, Kendall dijo: —Gracias, sheriff Derby. Ya tengo a nuestra mejor experta en tecnología encargándose de esto. Nos ha enviado la llamada policial inicial, ¿verdad?

—Sí —dijo él mientras le sonaba el teléfono; pidió disculpas para atender la llamada y se alejó hacia el otro extremo del apartadero.

Los coches pasaban zumbando por la carretera, entrando en el puente. Austin observó el panorama, que resultaba aún más hermoso que el día anterior. La temperatura debía de rondar los veintidós grados, hacía un sol espléndido y soplaba una fresca brisa marina.

Aquella mañana había estado leyendo sobre la zona. Bautizado por el capitán George Vancouver en 1792, Deception Pass recibió su nombre (Paso del Engaño) cuando Vancouver atravesó el traicionero y estrecho paso entre la isla Whidbey y la isla Fidalgo y se dio cuenta de que lo que creía que era una península era en realidad una isla.

La historia de la zona era rica, repleta de relatos sobre los pueblos indígenas que habían vivido allí durante cientos de años y los primeros exploradores que navegaron por sus complicadas aguas. El Parque Estatal Deception Pass, ahora un destino popular, contaba con vistas impresionantes, bosques frondosos y una fauna

variada, lo que lo convertía en un lugar donde confluían la belleza natural y la historia. También era un lugar popular entre los submarinistas, según había leído Austin, aunque los momentos en los que era seguro bucear bajo el puente eran muy escasos.

—Mira eso —dijo Kendall de repente. Señalaba hacia el agua.

Austin miró hacia abajo pero no vio nada más que el suave chapoteo de las olas. —¿El qué?

—Había algo ahí —dijo Kendall.

A Austin le dio un vuelco el corazón. Solo esperaba que no fuera otro cadáver. Caminó hacia delante con la vista clavada en el punto que ella había señalado.

Nada.

Un camión grande pasó por el puente y Austin echó un vistazo.

—Ahí —dijo Kendall—. Ahí estaba otra vez.

Él volvió a mirar al agua y no vio nada. —¿Me estás tomando el pelo?

—Había algo ahí —insistió Kendall—. Te lo juro.

Austin volvió a mirar hacia abajo, escudriñando el agua con intensidad.

—No quites ojo de ahí —dijo Kendall—. Podría ser otra prenda de vestir o un sombrero o algo así. No he podido verlo bien. Se veía oscuro contra el agua oscura.

De repente, algo asomó del agua. —Ah —dijo Austin—. Es una foca común.

La foca parecía estar mirándoles fijamente y, con la misma rapidez con la que había aparecido, se desvaneció. Austin observó el movimiento del agua durante unos segundos y entonces la foca volvió a asomar, todavía mirándoles.

—Creo que nos está troleando —dijo Kendall—. Pero me alegro de que no sea otro... ya sabes.

—¿Troleando? —preguntó Austin.

—Es lo que dice ahora la gente. Significa que se está quedando contigo. Quiere llamar tu atención para divertirse.

—¿O sea, trolear como el que usa un cebo para pescar?

—Exacto. Un cebo de *monería* —dijo Kendall—. Me gustaría bajar para echar otro vistazo a la escena, pero no estoy segura de si es

solo porque quiero acercarme a esa foca tan mona.

Austin estaba considerando aquello y se disponía a hablar cuando Kendall levantó un dedo. El móvil le había vibrado en el bolsillo y lo sacó.

—Samantha es una genio —dijo—. El departamento del sheriff del condado de Island lleva todo el día sabiendo que era una de esas tres iglesias y no han averiguado cuál. —Se volvió hacia Austin, sonriendo—. A Samantha le ha llevado diez minutos.

Austin miró a su alrededor para asegurarse de que Derby no la hubiera oído. Él seguía al teléfono y Kendall ya se dirigía apresuradamente de vuelta al coche.

Mientras trotaba tras ella, las papilas de Austin percibieron el sabor de las cerezas ácidas; su sinestesia gustativa estaba haciendo de las suyas, pero no de una forma que le molestara.

De todas las sensaciones que su sinestesia le provocaba —los sabores que a veces acompañaban a los sentimientos y emociones —, el de la cereza ácida era probablemente su favorito. Cuando percibía ese sabor, significaba que había recibido buenas noticias sobre un caso en el que estaba trabajando. En la vida real, eran una de sus frutas preferidas, y la temporada de cerezas en el Noroeste del Pacífico era una de sus épocas favoritas del año. Hoy el sabor a cerezas ácidas significaba que Austin y su equipo por fin habían dado con algo.

Samantha no había utilizado ningún algoritmo sofisticado ni programas de hackeo para averiguar de cuál de las tres iglesias procedía la llamada. De hecho, la técnica había sido algo tan sencillo que incluso Austin podría haberlo hecho. Es decir, *si* se le hubiera ocurrido.

Como ya tenían el audio de la llamada del sacerdote al departamento del sheriff, ella se había encargado de aislar el sonido de fondo. Se oía un instrumento inusual, que el análisis de sonido identificó como un órgano barroco. Una búsqueda rápida en YouTube le permitió localizar vídeos de servicios y conciertos de las tres iglesias.

Solo una de las tres tenía un órgano barroco, y aquello les condujo hasta el padre Joseph Moretti, de la iglesia de San Gabriel

Arcángel.

9

El interior fresco y tenue de la iglesia de San Gabriel Arcángel contrastaba enormemente con la luminosidad del día en el exterior. Mientras Austin seguía a Kendall al interior, observó que la iglesia era modesta pero estaba bien cuidada, con bancos de madera pulida, vidrieras que representaban a varios santos y un gran órgano al fondo del santuario. Los aromas a madera encerada y a incienso flotaban en el aire.

Encontraron al padre Joseph Moretti en el pequeño despacho adyacente al santuario. Estaba en la cincuentena, tenía el pelo canoso y un rostro amable y curtido. Vestía un atuendo sacerdotal sencillo: pantalones negros, camisa blanca y alzacuellos. Levantó la vista de un montón de papeleo y sonrió con calidez mientras se acercaban.

—Buenas tardes, padre Moretti —dijo Kendall—. Somos los inspectores Shaw y Austin, del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap. Nos gustaría hablar con usted si tiene un momento.

—Un poco lejos de casa —respondió el padre Moretti, dejando el bolígrafo y quitándose las gafas, que dejó colgando del cuello justo encima de la cruz—. Pero por supuesto.

Los ojos de Moretti eran perspicaces, aunque algo evasivos, y Austin creyó ver una expresión extraña cruzar su rostro. No fue suficiente para despertar sospechas, pero sí algo a tener en cuenta.

—Estaba poniéndome al día con un poco de papeleo —dijo—. Mi médico dice que me conviene moverme al menos una vez por hora. No me gusta quedarme ocioso y siempre hay trabajo que hacer en una iglesia. Pueden seguirme, si no les importa.

Austin y Kendall asintieron, siguiendo al sacerdote mientras caminaba por el edificio.

—Solo tenemos unas pocas preguntas —empezó Kendall.

El sacerdote se giró para mirarla, sonrió y asintió, pero su expresión facial dejó claro que aún no estaba listo para entablar una conversación verbal. Les indicó que avanzaran con un gesto de la mano y luego se detuvo brevemente en un umbral que daba al santuario. Inspeccionando la disposición con cuidado, dijo: —Tengo que asegurarme de que todo esté en su sitio para el próximo servicio.

Y, pensó Austin, quería asegurarse de que no hubiera nadie allí para oír de qué iban a hablar. Austin supuso que Moretti sabía por qué estaban allí, y que tenía sentimientos encontrados sobre el hecho de llamar a la policía con respecto a algo que alguien había dicho en confesión.

Kendall lanzó a Austin una mirada de frustración, pero continuaron siguiendo al sacerdote en silencio, observando el entorno sereno de la iglesia.

El padre Moretti condujo a Kendall y a Austin a un almacén junto al pasillo principal, donde una gran caja con la etiqueta *DONACIONES* esperaba atención. —¿Ven lo que quiero decir? —dijo —. Siempre hay trabajo que hacer. —Empezó a organizar el contenido, colocando ropa, alimentos enlatados y varios artículos domésticos en los estantes—. Ahora, ¿qué preguntas tienen para mí? —preguntó, sin detener sus movimientos.

—Padre Moretti —empezó Kendall—, tenemos que preguntarle por la llamada telefónica relativa a la persona fallecida hallada en el agua bajo el puente de Deception Pass. —Hablaba con prisa, en marcado contraste con la quietud de la iglesia y los movimientos pausados y decididos del sacerdote.

El padre Moretti hizo una pausa, mirando a Austin con expresión seria. —Entiendo su posición, inspectores, pero la información me

fue dada bajo el sacramento de la confesión.

—¿Así que sabía que era por eso por lo que estábamos aquí? —preguntó Austin.

Él suspiró. —Sinceramente, lo esperaba, aunque pensaba que sería la gente de aquí. Quizá incluso *quería* que alguien descubriera que fui yo quien hizo la llamada.

—Padre, creemos que fue un asesinato. —Kendall intentaba captar la atención del sacerdote, pero Austin pensó que el padre Moretti podría no sentirse cómodo interactuando con ella. Quizá porque era mujer, o quizá porque su tono agresivo no encajaba bien en la iglesia.

—Deben saber que, como sacerdote, estoy obligado por el secreto de confesión, lo que significa que no puedo divulgar nada de lo que se me diga en ese contexto, ni siquiera a las autoridades.

—Y sin embargo —dijo Kendall—, hizo exactamente eso.

—Nunca di un nombre.

—¿Cree que Dios se tragará eso? —replicó Kendall.

Moretti hizo una mueca, pero no respondió. Deslizó hacia delante cuatro latas grandes de maíz del fondo del estante y colocó una lata de maíz idéntica detrás de ellas. Austin había pedido una vez una lata del número diez de la misma marca para su cafetería, y ni a él ni a sus clientes les había gustado más de lo que les debió de gustar a los feligreses que la donaron a esta iglesia. Esperaba que la iglesia tuviera suficientes especias fuertes para ocultar los elementos poco apetecibles.

Austin inclinó un poco la cabeza para encontrarse con los ojos de Moretti. —Agradezco que haga una distinción entre alertar a la policía sobre un cadáver y darnos el nombre de la persona que se lo contó, padre, pero cualquier información que pudiera proporcionarnos nos ayudaría.

—Y también le descartaría como sospechoso —añadió Kendall.

Austin le lanzó una mirada. Moretti no era sospechoso —al menos por lo que a Austin respectaba— y no parecía contento ante la amenaza.

Moretti siguió clasificando las donaciones, sacudiendo la cabeza. —Sé lo que está haciendo, inspectora Shaw. Pero la santidad de la

confesión es absoluta. Es uno de los dogmas más sagrados de mi fe. Incluso si eso significa obstruir una investigación, no puedo romper ese voto eclesiástico y no lo haré.

Austin frunció el ceño, pero asintió con la cabeza en señal de comprensión.

—Debe entender lo frustrante que es esto para nosotros. —Kendall se estaba impacientando cada vez más—. Alguien ahí fuera sabe algo sobre esta muerte, y hemos descubierto que está relacionada con otras dos, al menos.

—Lo entiendo, de verdad —dijo Moretti con suavidad—. Y no saben cuánto lamento oír que puede ser parte de un patrón. Pero mi deber para con Dios y la iglesia es lo primero. Esta confidencialidad protege la confianza entre un sacerdote y el penitente. Sin eso... —su voz se apagó, mientras negaba con la cabeza.

Austin intervino con un tono más amable. —¿Hay algo, lo que sea, que pueda decirnos y que pueda ayudar, sin romper su voto?

El padre Moretti suspiró profundamente. —Ojalá lo hubiera.

Austin se inclinó hacia delante, intentándolo una última vez. —¿Puede al menos decirnos si el buceador que le habló de la ubicación del cadáver conocía bien al fallecido? Parte de la razón por la que queremos hablar con él es que todavía no conocemos la identidad del hombre y nos gustaría ponernos en contacto con amigos o familiares si podemos.

—Yo no he dicho que fuera un hombre, ¿y cómo han sabido que era un buceador? —Moretti vaciló, mirando al suelo.

Austin y Kendall intercambiaron miradas, anotando la revelación inadvertida. Era una pista pequeña, pero era algo.

—No lo sabíamos con seguridad hasta ahora mismo —dijo Kendall, volviéndose hacia Austin—. Así que buscamos a una buceadora que tenga el nivel suficiente para bucear bajo el puente y que lo hiciera más o menos en la última semana. No puede ser una lista muy larga.

Los ojos de Moretti se abrieron de par en par e intentó rectificar con rapidez. —Me he expresado mal. Yo... no puedo decir más. Por favor, entiéndanlo, tengo una relación profundamente devota con Dios y una responsabilidad sagrada con mis feligreses.

Kendall aprovechó la pausa en la conversación para aligerar el ambiente. —¿Parece que se están preparando para un evento benéfico o algo así?

—Cada verano organizamos la mayor recaudación de fondos para los sintecho y los pobres del condado —explicó Moretti—. Llegan donaciones de todas partes. Libros de autores locales, tarjetas regalo para restaurantes y balnearios de la zona. Todo tipo de cosas. Algunas irán directamente a nuestra despensa para alimentar a los necesitados.

Austin examinó los diversos artículos de uno de los estantes que no contenía comida: una tarjeta regalo para un restaurante italiano local, una hoja de papel que describía una escapada de tres días en una cabaña local que se usaba como Airbnb, valorada en más de mil dólares. Entonces Austin vio un nombre que reconoció impreso en la portada de un libro. David Dierdrick Zwart era un vecino de Hansville que había saltado a la fama recientemente por una serie de novelas de misterio ambientadas en la zona. Austin lo veía de vez en cuando en la cafetería y el tipo siempre le había parecido distante, quizá incluso francamente pomposo.

Pero fue el último papel para la subasta lo que realmente captó su atención. Ofrecía seis clases de submarinismo de una empresa de buceo local, *Dive or Die.* El logotipo era un dibujo lineal de una mujer con equipo de buceo en la postura de Rosie la Remachadora, haciendo la señal de «todo está bien» con los dedos del brazo flexionado.

Austin tocó a Kendall en el hombro. —¿Lista para irnos? —preguntó.

La mirada que le lanzó no dejó lugar a nada que no fuera una respuesta afirmativa.

Fuera, Austin le explicó lo del formulario de donación con el nombre del centro de buceo. —¿Qué probabilidades hay de que haya más de un miembro de esta iglesia que sea dueño de un centro de buceo?

—No muchas —dijo Kendall.

Austin ya estaba buscando el nombre del negocio en su teléfono. Pero resultó que ni siquiera lo necesitaron. Un grupo de mujeres entraba en la iglesia cargando cajas y charlando animadamente. Más donaciones para la subasta, supuso Austin.

Kendall se encargó del asunto. —Perdonen —dijo, acercándose a ellas—. Buscamos a una mujer. No recuerdo su nombre, pero la conocimos en una clase de *Dive or Die* y alguien nos dijo que, si no está con el equipo de buceo puesto, podríamos encontrarla aquí.

—Ah, se refiere a Carla Rivera —dijo una de las mujeres amablemente.

—Sí, eso es, Carla. ¿La habéis visto?

—Seguro que está nadando por ahí en alguna parte. A mí no me pillarán en el agua, pero a ella es raro verla fuera de ella.

—Excepto los domingos, por supuesto —corrigió otra de las mujeres.

—Ah, sí —dijo la primera—. No creo que se haya perdido ni un solo servicio dominical.

10

La tienda de buceo estaba situada al final de una callecita que salía de la vía principal del centro de Oak Harbor, a pocas manzanas de la iglesia y a unos quince minutos del puente de Deception Pass.

Deteniéndose a unos tres metros de la puerta de cristal marcada con el mismo logotipo que habían visto en la iglesia, Kendall tocó el brazo de Austin. —Creo que es bastante seguro decir que, por nuestras naturalezas, yo debería ser el poli malo y tú el poli bueno.

—No soy muy seguidor de esos clichés —dijo Austin—, aunque entiendo su utilidad en algunas situaciones. Y supongo que funcionó con el padre Moretti.

—Por cierto, buen trabajo con esa distracción —dijo Kendall—. Llamar al feligrés buceador *varón*.

—Supuse que debía de ser un buceador serio, así que pensé en ver si podía hacerle tropezar. Pero fue el formulario de donación lo que aclaró el asunto.

Kendall frunció el ceño. —Me apuesto cincuenta pavos a que esta mujer es en realidad nuestra asesina. Pienso presionar un poco y ver qué suelta. Tú eres un poco más afable por naturaleza. Además, eres un tipo guapo. Si le gustan los hombres, estará predispuesta a que le caigas bien. Y si le gustas tú, estará predispuesta a que yo le *caiga mal*.

—¿A qué se debe eso? —preguntó Austin.

—Porque tengo el aspecto que tengo —dijo Kendall. Estaba medio en broma, pero a Kendall *sí* que le gustaba señalar lo guapa que era.

—Las mujeres no son realmente así, ¿verdad? —preguntó Austin.

—Oh, es algo que ocurre de verdad —dijo Kendall—. Al menos entre algunas mujeres.

Austin se encogió de hombros. —¿Qué te hace pensar que ella es la asesina?

—Sabes tan bien como yo que a los asesinos les gusta volver a visitar la escena del crimen. Mi suposición: Carla Rivera estaba visitando el lugar donde arrojó el cuerpo por pura diversión, luego se lo contó a Moretti porque se dio cuenta de que no podía vivir sin que alguien hablara de su trabajo en los periódicos. O tal vez ni siquiera volvió a la escena. Pudo haber arrojado el cuerpo allí hace una o dos semanas y luego se lo contó a Moretti, ahora que lo pienso.

—Pero suelen ser los asesinos en *serie* a quienes les gusta volver a visitar sus crímenes. Este caso no me da esa impresión.

Kendall enarcó una ceja perfectamente perfilada. —¿A pesar de que tenemos múltiples muertes que son todas muy similares?

No era un mal argumento, pero algo en este caso no le olía a asesino en serie a Austin. No podía explicarlo.

Kendall abrió la puerta de cristal, lo que activó una campanilla, alertando al personal de su llegada. Un tablón de anuncios cerca de la entrada tenía un collage de instantáneas: rostros sonrientes de buceadores, algunos en pleno buceo, otros posando y señalando a las criaturas marinas con las que se toparon durante sus inmersiones.

Al entrar en la pequeña tienda, Austin se vio inmediatamente envuelto por el aroma del agua de mar y el neopreno. Los tablones de madera del suelo crujían suavemente bajo sus pies, protestando de forma audible por los años de desgaste de las botas y aletas incrustadas de sal. Las paredes estaban forradas de estanterías, cada una meticulosamente organizada pero con las marcas del uso frecuente en la pintura desconchada y los rayones dejados tras barajar las máscaras de buceo, tubos y aletas, que se alineaban en los estantes en varios colores y tamaños.

Había un miembro del personal presente, una mujer que Austin supuso que era Carla. Era de estatura media y claramente fuerte tras pasar horas y horas en el agua. —¿Es usted Carla Rivera? —preguntó él, con un tono profesional pero también cálido y educado.

La mujer sonrió, pero miró a Austin con expresión inquisitiva. —¿Nos conocemos?

Austin notó que no respondió a la pregunta.

El mostrador tras el que se encontraba estaba adornado con una dispersión de accesorios de buceo: pizarras subacuáticas impermeables, brújulas y cuchillos de buceo dentro de sus fundas. Detrás del mostrador, un tablero de clavijas mostraba una selección de botellas de buceo, con sus cuerpos metálicos brillando bajo las suaves luces del techo. Las botellas estaban perfectamente dispuestas por tamaño y capacidad, desde las compactas botellas de reserva hasta los tanques de aluminio más grandes para inmersiones más profundas.

Kendall liberó sus vibras de poli malo diciendo: —Señora Rivera, soy la detective Kendall Shaw y este es el detective Austin. Somos de la policía del condado de Kitsap y queremos hablar con usted sobre el cadáver que encontró, o que *dice* haber encontrado, bajo el puente.

La mujer se santiguó y empezó a susurrar algo para sí misma, una oración silenciosa.

En ese momento, un gato negro saltó de detrás del mostrador y les bufó. Austin retrocedió por instinto, pero Kendall sonrió. Miró de Carla al gato, y del gato a Carla.

—¿Cree que puede intimidarnos con un gato negro? —preguntó.

Carla alargó la mano y acarició al animal. —Esta es Medianoche. Y no, no intento intimidarles. Es que no es especialmente simpática. Quizá conozca el tipo.

Kendall miró a Austin y le lanzó una mirada de *te lo dije*. —Parece algo que acaba de salir de *Cementerio de animales* de Stephen King —dijo Kendall.

Medianoche se paseaba de un lado a otro del mostrador, sin quitarle los ojos de encima a Kendall en ningún momento.

—No tenemos mucho tiempo —continuó Kendall—, y le sugiero que no se moleste en andarse con rodeos ni en mentir. ¿Es usted la mujer que encontró el cuerpo bajo el puente de Deception Pass hace unos días?

—¿Quién le ha dicho que era yo? —preguntó Carla.

Kendall puso ambas manos sobre el mostrador de madera flotante y se inclinó hacia delante. Le sacaba unos centímetros a Carla, y Austin se dio cuenta de que Carla estaba nerviosa, incluso intimidada. Pero, durante un buen rato, Kendall no dijo nada. A Austin le pareció bien seguirle el juego.

Finalmente, Kendall dijo: —Dado que *nosotros* somos la policía, nosotros seremos los que hagamos las preguntas aquí, ¿entendido?

Carla asintió y luego murmuró: —Sí, yo fui la mujer. Se lo conté al padre Moretti en confianza.

—No fue él quien nos dijo que usted era la testigo —señaló Austin—. No traicionó su confianza.

Carla iba a decir algo, pero Kendall levantó una mano en dirección a Austin. —¿Testigo? ¿O *sospechosa*?

—No, no, no —tartamudeó Carla—. Solo estábamos en una inmersión y encontré el cuerpo.

—¿«Estábamos»? —preguntó Kendall.

Medianoche volvió a bufar y Austin dio un pequeño paso atrás. Por mucho que le gustaran los perros, no estaba tan seguro con los gatos. Nunca había tenido uno porque Fiona era alérgica y sus personalidades nunca habían tenido sentido para él. De una cosa estaba seguro: a Medianoche *no* le gustaba Kendall. En absoluto.

—Era una cita —dijo Carla, mirando hacia el mostrador.

—¿Una cita con quién? —exigió Kendall.

—Un imbécil llamado Ben.

—Por favor, cuéntenoslo desde el principio —dijo Austin.

Durante los siguientes cinco minutos, Carla les explicó la mañana en que había encontrado el cuerpo. Tras encontrarse con Ben en el lugar, ella le proporcionó el equipo y, cuando estuvieron listos, lo guio al agua. —Todo fue bien al principio —dijo—. Quiero decir, él se quejó un poco del equipo, pero era todo de primera calidad. No sabía de lo que hablaba.

Pasó los siguientes minutos describiendo todas las criaturas asombrosas que vio durante la inmersión, y luego concluyó con: —Ben desapareció, yo vi el cuerpo, luego volví a la superficie y lo encontré enviando mensajes con su móvil.

—¿Me permite preguntarle algo? —Austin había llevado al máximo la calidez de su voz tanto como pudo.

Carla asintió.

—Este tipo, Ben... ¿le tiene miedo?

Carla miró al techo como si estuviera contemplando esto por primera vez. —¿Miedo? No, pero sí que odio al tipo. —Se santiguó—. No debería decir *odio*. No me cae bien, ¿vale? Estar en el agua requiere humildad. Le diré una cosa: no me volverá a ver en una inmersión con ese tipo nunca más. Era un arrogante y un imprudente.

—¿Era? —preguntó Kendall—. ¿Lo mató usted como mató al anciano?

La expresión de Carla estaba a medio camino entre el impacto y la ira. —Nunca he matado a nadie —dijo—. He dicho «era» porque le dije que no volvería a verle nunca después de esa cita desastrosa. Para mí es un *ex*.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó Kendall.

Carla se dio la vuelta y empezó a revolver entre los objetos de una mesa desordenada detrás del mostrador, sacando finalmente su teléfono de debajo de una pila de papeles. Abrió un hilo de mensajes y le entregó el teléfono a Kendall.

Austin miró por encima de su hombro mientras Kendall se desplazaba por los mensajes. No podía leer tan rápido como Kendall, pero cuando ella terminó, le devolvió el teléfono a Carla. —Asumiendo que eso sea real, parece ser un hilo de mensajes normal que termina con usted diciéndole a Ben que no quiere volver a verle. En el hilo, menciona una videocámara. Una cámara subacuática. ¿Graba sus inmersiones?

Carla alargó la mano y tomó a Medianoche en sus brazos, acariciándola. Esto era para calmar a Carla más que al gato, pensó Austin.

—Siempre grabo mis inmersiones, pero no quiero hablar de eso. —Carla volvió a mirar al techo y pareció estar conteniendo las lágrimas—. Fue simplemente horrible chocar con ese hombre muerto. El agua es sagrada para mí y yo... ¿cómo pudo alguien...?.

—No estoy segura de que entienda la situación —dijo Kendall, con voz tensa y exigente—. No se trata de lo que *usted* quiera hablar. Se trata de...

Austin intervino, interrumpiendo a Kendall, con voz baja. —Carla, esto es muy grave. Si tiene un vídeo de una escena del crimen y no lo comparte con la policía... —Negó con la cabeza.

Carla dejó al gato sobre el mostrador y luego, como si hubiera tomado una decisión, se dio la vuelta y caminó hacia el despacho trasero.

—Vengan conmigo —dijo.

11

Llevó más tiempo del que Austin hubiera querido, pero finalmente Carla pudo transferir el vídeo de su cámara de buceo al ordenador y enviar un archivo comprimido al teléfono de Kendall.

Kendall había querido verlo con Carla en la habitación, pero Austin la convenció para que salieran al coche. Siempre podrían verlo con ella más tarde si tenían preguntas, pero Austin creía que Carla estaba genuinamente traumatizada por los acontecimientos y no había necesidad de hacerla pasar por eso de nuevo obligándola a ver el vídeo.

Acurrucados el uno junto al otro en los asientos delanteros del coche, bajaron la vista hacia el teléfono de Kendall. Carla les había explicado que se trataba de una cámara subacuática instalada en la cabeza, así que lo que estaban viendo era esencialmente lo que ella había visto durante la inmersión.

Había empezado a grabar vídeos de todas sus inmersiones porque un socio comercial la había animado a empezar a hacer más marketing en redes sociales. Rara vez veía un vídeo entero; se limitaba a buscar los clips con mejor aspecto y a publicarlos en Instagram y Facebook como anuncios de su tienda de buceo. Austin nunca había buceado, así que todo aquello le parecía fascinante.

Las imágenes ofrecían una vista clara de la escena submarina desde el punto de vista de Carla mientras navegaba bajo el puente

de Deception Pass. La cámara captaba el mundo submarino, turbio pero vibrante, empezando por el lecho marino rocoso cubierto de anémonas de colores y bancos de peces de roca que cruzaban el agua a toda velocidad. Los bacalaos largos se mimetizaban con el entorno, apenas distinguibles de las rocas sobre las que descansaban.

A medida que avanzaba, el enfoque se desplazaba a varios encuentros con la vida marina, incluida una curiosa interacción con un pulpo gigante del Pacífico que tanteaba suavemente su entorno con un tentáculo. La cámara hizo una panorámica hacia arriba para revelar bosques de algas ondulantes, filtrando la luz del sol en un despliegue de luminiscencia submarina.

La tranquilidad de la inmersión se vio interrumpida momentáneamente cuando la cámara se centró de repente en un saliente rocoso. Algo había llamado claramente la atención de Carla: una forma oscurecida por las algas que se mecían y las sombras cambiantes, difícil de distinguir al principio. La cámara se acercó, revelando una forma humana que yacía contra las rocas. Carla se detuvo, flotando cerca de la figura, que parecía inquietantemente inmóvil. Los detalles eran difíciles de discernir mientras los peces nadaban alrededor y por encima de la forma, que parecía extrañamente fuera de lugar en la vibrante actividad de la vida marina.

Pero Austin no tenía dudas de que se trataba de su cadáver sin identificar.

Reaccionando a la vista, los movimientos de la cámara se volvieron apresurados y menos estables mientras Carla realizaba un rápido ascenso hacia la superficie. Austin observó lo que parecía ser una creciente agitación en su ritmo, señalada por el paso más rápido de la flora marina y el rastro de burbujas dejado por el ascenso.

—Vuelve atrás un momento —dijo Austin—. A donde ella se acerca al cuerpo. Creo que he visto algo. —Kendall lo hizo, y Austin volvió a ver lo que creía haber visto antes—. Pásalo justo ahí. —Tocó la pantalla—. ¿Lleva un zapato?

—Desde luego parece un zapato —coincidió Kendall.

—Déjalo correr —dijo Austin.

Observaron cómo Carla se alejaba nadando. Mientras ascendía, se dio la vuelta para mirar de nuevo el cuerpo. La luz se filtraba a través del agua e iluminaba tanto el cuerpo como la formación rocosa que había debajo.

—Páralo ahora —dijo Austin—. Mira ahí. Sin zapato. ¿A dónde ha ido?

—Tal vez le dio un golpe.

El difunto había sido hallado sin zapatos, por lo que era evidente que se trataba de algo que se había pasado por alto en la inmersión inicial.

Kendall se volvió hacia él con las cejas arqueadas. —Voy a volver a entrar para alquilar un equipo de buceo.

Austin frunció el ceño. Ya estaba sacando su teléfono. —No. Dejaremos esto en manos de los profesionales. Tengo al equipo de buceo en marcación rápida. ¿No has visto ese cartel en la tienda de buceo que advertía de no quedar atrapado en un remolino o en una corriente fuerte? No estoy dispuesto a sentarme en la orilla y verte intentar no ahogarte en ese estrecho donde no puedo hacer nada para salvarte. Hoy no.

El titular del cartel estaba en grandes letras mayúsculas con una fuente roja en negrita que decía: *DECEPTION PASS = UNA CORRIENTE ENGAÑOSA.*

Mientras el sol empezaba a ponerse, Austin observaba cómo el equipo de buceo, compuesto por dos mujeres, desaparecía bajo la superficie.

El equipo había tardado tres horas en llegar. La oscuridad incipiente dificultaría la tarea de encontrar el zapato suelto, pero los buceadores llevaban linternasfrontales en sus cascos que le aseguraban a Austin que, si había un zapato o cualquier otra prueba allí abajo, lo encontrarían.

Todavía no conocían la identidad de su difunto, y ese conocimiento carcomía a Austin. Solo esperaba que el zapato, si

aparecía, pudiera proporcionar alguna pista. Este caso era diferente a otros en los que había trabajado.

Para Austin, cualquiera que hubiera servido en los Seabees en la Segunda Guerra Mundial era un héroe, y sin embargo este hombre se había convertido en uno de los olvidados. Un hombre sin amigos. Un hombre sin dinero. Un hombre sin estatus. Un hombre sin familia o, al menos, sin familia lo suficientemente cercana como para darse cuenta o, lo que es peor, para que le *importara* que se hubiera ido.

Unos quince minutos después de que hubieran desaparecido en el agua, Austin vio que una luz pálida empezaba a subir de las profundidades. Asomó una cabeza, luego otra.

Austin caminó un par de metros hacia la orilla del agua. Kendall, que había estado pendiente de su teléfono, le siguió.

La buceadora respiraba con dificultad y sostenía un solo zapato. —Solo hemos encontrado este —dijo—. Y nada más.

Austin le dio las gracias y sacó una pequeña linterna de su cinturón para examinar el calzado. Era un mocasín de cuero de la talla cuarenta y dos, uno que parecía haber costado un ojo de la cara, y no solo por llevar unos días en el agua. Tal vez este tipo sí tenía dinero después de todo.

—Vaya, mira eso —dijo Austin al notar algo escrito con rotulador negro grueso en la parte interior del talón del zapato.

Un nombre.

Se lo mostró a Kendall.

—Hala —dijo Kendall—. ¿Quién escribe su nombre en el interior de sus zapatos?

—Niños en el campamento —dijo Austin—. Personas con demencia y quienes las cuidan. Y, ocasionalmente, personas que viven en espacios reducidos y tienen zapatos similares. —Leyó el nombre de nuevo—. Supongo que nuestro Seabee respondía al nombre de Jack Ulner.

12

El hombre con el que Carla había ido a bucear se llamaba Ben Davis y, por lo que ella había dicho, le gustaba frecuentar un restaurante mediterráneo del centro casi todas las noches. Así que hacia allí se dirigían.

—Aunque Carla lo pintó como un auténtico imbécil —dijo Kendall mientras Austin encendía los faros y se incorporaba al tráfico—, es muy posible que sea algo peor que eso.

—¿Un asesino? —preguntó Austin.

—O simplemente un maltratador. ¿Quién sabe con la gente de hoy en día?

Carla les había contado que bucear bajo el puente de Deception Pass aquel día había sido idea de Ben. Aunque Carla les había asegurado que las mareas eran lo bastante seguras para realizar la inmersión, las condiciones distaban mucho de ser ideales y, en un principio, ella había insistido en esperar a que se pronosticara una marea muerta más prolongada. Pero Ben se había empeñado en que bucearan allí aquel día.

—Estaba pensando —continuó Kendall— que tal vez quería volver a visitar la escena de su crimen o, quizás, quería llevar a Carla a descubrir el cadáver; tal vez lo vio como una especie de forma enferma y retorcida de impresionarla.

—Es un poco descabellado —dijo Austin—, pero no sería lo más extraño que he visto pasar en una cita.

Según su experiencia, algunos asesinos empiezan *pensando* que quieren esconder el cuerpo y salir impunes. Pero luego, cuando no ven noticias de su maldad en los periódicos en los días siguientes, actúan en su propia contra con la esperanza de que se descubra el cadáver. Era un tipo extraño de narcisismo que no era común, pero del que tampoco era la primera vez que se oía hablar.

En cualquier caso, querían conocer la versión de Ben y preguntarle si había visto algo que no hubiera quedado registrado en el vídeo. Si la inmersión había terminado como Carla había explicado, era posible que Ben hubiera visto algo y no hubiera dicho nada, ya que su cita acabó de forma accidentada justo después de salir a la superficie.

Austin redujo la velocidad y giró suavemente a la derecha, dirigiéndose hacia el corazón del centro.

—Tenemos que juntar a nuestros perros de una vez —dijo Kendall.

Austin le lanzó una mirada extraña. Ella tenía una forma de sacar temas que no tenían nada que ver con lo que él tenía en la cabeza.

—Eso estaría genial —dijo Austin, un poco desconcertado.

En el otoño del año pasado, Austin había estado en Brooklyn y Manhattan un tiempo trabajando en el caso de su difunta esposa. Kendall se había portado de maravilla con él, quedándose en su apartamento una temporada y cuidando de Run. Incluso había estado al lado de Run durante un difícil problema de salud que, afortunadamente, ya estaba completamente resuelto. A Run le quedaban muchos años buenos por delante.

—Vamos a juntarlos para que jueguen un día en la playa —dijo Kendall.

—Desde luego —respondió Austin—. ¿Le has enviado el nombre a Samantha?

—Sí —dijo Kendall—. Si ese hombre existe en alguna base de datos en cualquier lugar, lo sabremos pronto. De hecho, me sorprende que no hayamos tenido noticias ya.

Austin giró hacia la calle principal. —¿Cómo se llamaba el sitio?

—Restaurante mediterráneo. —Señaló al otro lado de la calle, a la izquierda—. Allí. Kebab Palace. Aparca donde sea. Oh, espera, no aparques. Un momento. Ve más despacio.

—¿Qué pasa? —preguntó Austin.

—Silencio —dijo Kendall.

Austin aminoró, echando un vistazo en dirección al restaurante. Parecía un lugar informal, con mesas y sillas de plástico y un suelo de linóleo blanco. Una luz fluorescente parpadeaba, y la «P» del letrero de la fachada estaba medio fundida.

—¿Alguna vez trabajaste en narcóticos? —preguntó Kendall.

Austin negó con la cabeza. —No directamente, pero en muchos de los casos en los que he estado involucrado...

Kendall levantó un dedo, haciéndole callar. Esperaron y luego, al cabo de un par de minutos, ella señaló. —¿Ves al tipo de la gorra negra?

Austin miró al otro lado de la calle, donde un hombre de unos cuarenta y tantos o cincuenta y pocos años se acercaba a un coche y entregaba algo por la ventanilla. El hombre en el asiento del pasajero del vehículo pareció estirar la mano para estrechar la suya.

—Es el segundo en los últimos tres minutos —dijo Kendall.

Austin detuvo el coche, bloqueando parcialmente el tráfico. Kendall levantó su teléfono, mostrándole a Austin una foto de Ben Davis que Carla le había enviado por mensaje.

—Es él —dijo Austin—. Ella no mencionó que fuera un traficante de drogas. ¿Por qué crees que omitiría eso?

Kendall se encogió de hombros. —A lo mejor no lo sabía. Una vez salí con un tío durante tres semanas antes de enterarme de que había cumplido tres años por distribución de LSD.

—¿Y cómo acabó la cosa? —preguntó Austin con sorna.

—No acabó.

Davis tenía ahora las manos en los bolsillos y caminaba por la calle. Observaron cómo subía a una pequeña furgoneta gris, un modelo antiguo con el parachoques sujeto con cinta americana. Arrancó el vehículo y avanzó por la calle.

Austin hizo un cambio de sentido casual y lo siguió. Al cabo de unas manzanas, la furgoneta giró a la derecha por lo que parecía ser

una calle residencial. Austin la siguió a unos buenos cien metros de distancia. Tenía bastante práctica en conducir de forma que no alertara a la persona a la que seguía.

La furgoneta volvió a girar y Kendall, que había estado leyendo en su móvil, dijo de repente: —Bueno, resulta que Jack Ulner definitivamente no es nuestro John Doe, a pesar de lo que ponía en el interior de su bota.

—¿Cómo es eso? —preguntó Austin—. Quiero decir, ¿cómo puedes estar tan segura?

—Porque, según Samantha, Jack Ulner todavía está vivo.

Austin hizo una mueca. —Eh, eso no tiene ningún sentido.

—Ya sé que no lo tiene. O bien tenemos a un tipo con el mismo nombre o bien tenemos a un tipo que se largó con las botas de Jack Ulner.

—Supongo que será lo segundo. ¿Están seguros de que es la misma bota que vimos en el vídeo de buceo y el dueño de la misma está definitivamente vivo?

—Dicen que están seguros de que es la bota. Y Jack Ulner presentó la declaración de la renta hace solo un mes.

Austin se pasó la mano por el pelo. —Ahí tenemos nuestra prueba de vida entonces.

—Nuestro Jack Ulner, el que sigue vivo, reside en una comunidad residencial a solo quince minutos de nuestra oficina. Big Valley Road, en Poulsbo. Samantha no llamó al centro porque no quería alertarlos sobre la investigación. Está esperando a que le digamos cuál será nuestro próximo paso.

Austin sacudió la cabeza. —Vaya.

La furgoneta se detuvo ante una pequeña casa de una planta; Ben Davis se bajó y empezó a caminar hacia la puerta principal.

Austin, que se había distraído con la noticia de que Jack Ulner estaba vivo, se había acercado demasiado y tuvo que frenar de repente cuando Davis entró en su camino de entrada.

Davis caminó tranquilamente hacia su puerta, luego se detuvo y se dio la vuelta antes de abrirla. Entornó los ojos hacia el coche de ellos y, de repente, salió disparado a toda velocidad, desapareciendo entre su casa y la de un vecino.

PARTE II

MÁS CLARO QUE EL AGUA

13

—Voy a por él —dijo Kendall, abriendo la puerta antes incluso de que Austin hubiera detenido el coche por completo.

—Espera —dijo Austin, pero era demasiado tarde.

Kendall ya había saltado el bordillo y echado a correr por el hueco entre las casas, siguiendo a Davis.

Rápidamente, Austin llamó al sheriff Derby para informarle de que Kendall perseguía a Davis hacia el centro y pedir refuerzos. Tras recibir la seguridad de que varios agentes les interceptarían, Austin decidió que no tenía ninguna posibilidad de alcanzarlos, así que mejor inspeccionaba la propiedad.

El sol se había puesto del todo y el pequeño jardín delantero que parecía pertenecer a Davis estaba iluminado únicamente por una luz con sensor de movimiento que se había encendido cuando el sospechoso caminó hacia el porche. Un sendero de hormigón conducía a tres escalones que subían al diminuto porche de cemento y a una puerta principal blanca.

Junto a la furgoneta gris de Davis, en la entrada, había un Chevy de los años setenta, subido a unos bloques como si alguien hubiera empezado a repararlo hace meses o posiblemente años, y luego lo hubiera dejado allí para que se oxidara. Una espesa capa de polvo cubría el vehículo y le faltaba una de las ventanillas traseras. Pero no fue el coche lo que captó la atención de Austin.

Fue la grava que había debajo.

Kendall esprintó por el estrecho espacio entre las casas, esquivando cubos de basura y contenedores de reciclaje, con el corazón martilleándole en el pecho. Podía oír su propia respiración, rápida y entrecortada, mientras se obligaba a moverse más deprisa. Las farolas proyectaban sombras alargadas que dificultaban ver con claridad. Por un momento, pensó que lo había perdido y redujo el paso, escudriñando un patio trasero y escuchando con atención.

Entonces oyó el leve crujido de una rama a su izquierda. Sin vacilar, Kendall viró en esa dirección, saltando una valla baja de tela metálica y luego otra. Aterrizó con un suave golpe al otro lado, saliendo a otra calle residencial. Miró a ambos lados, recorriendo el paisaje con la mirada, y entonces lo vio.

Ben Davis huía a toda velocidad, apenas visible como una silueta.

—¡Alto! —gritó Kendall, y su voz rasgó la quietud de la tarde—. ¡Policía del condado de Kitsap!

Pero Davis no se detuvo. Tras detenerse solo un instante para mirar atrás, tropezó, chocó contra un árbol y cayó. Pero con la misma rapidez volvió a ponerse en pie y dobló una esquina.

Austin se puso en cuclillas, iluminando la entrada con su linterna.

No estaba seguro, pero las pequeñas piedras grises y azules parecían coincidir con las encontradas en el bolsillo del veterano fallecido que apareció bajo el puente de Deception Pass, así como con las de las otras víctimas.

Tendría que llevarse una muestra a la oficina para estar seguro, pero aquello apuntaba sin duda a la culpabilidad de Davis. Sacando su teléfono móvil, subió los escalones hasta el pequeño porche de cemento mientras marcaba el número de Lucy. A pesar de su

experiencia como detective, a Austin le llamó la atención que aquel fuera su primer caso como miembro real de las fuerzas del orden en años. No solo eso, sino que no estaba seguro de todos los protocolos en el estado de Washington. Como investigador privado, se había sentido un poco más libre de romperlos cuando era necesario. Ahora, tenía que pensar en un posible procesamiento y rendir cuentas ante Lucy —que estaba de su parte— y también ante un fiscal local, que podría culparle de arruinar un caso si no seguía el protocolo.

Lucy descolgó al quinto tono.

—Soy Austin —dijo—. Seguro que ya te ha dicho Samantha que tenemos un nombre. Pensábamos que era el nombre de nuestro cadáver sin identificar, pero, al parecer, está vivo.

—Me he enterado —dijo Lucy—. Ya lo estamos investigando.

—Kendall persigue a alguien a pie. Se dirige de vuelta a la zona comercial. He pedido...

—¿Sola? —preguntó ella—. ¿Dónde estás? Espera, aguarda un momento.

Desde el porche, Austin miró hacia el interior de la cocina a través de una pequeña ventana. Estaba casi bloqueada por las persianas, pero una única lama ausente le ofrecía una visión parcial.

La cocina era modesta y corriente, con armarios blancos sencillos y encimeras ligeramente desgastadas. Los electrodomésticos eran variopintos: una nevera blanca con algunos imanes y notas pegadas, una cocina de gas antigua y un microondas que parecía haber calentado cien cuencos de sopa desde la última vez que lo limpiaron. El suelo de linóleo tenía algunas marcas de rozaduras, y la mesa del centro de la habitación estaba abarrotada de correo, un par de tazas de café vacías y un periódico.

Mientras Austin recorría la habitación con la mirada, algo en el rincón más alejado le llamó la atención. Había varias rejillas metálicas apiladas sobre una mesa pequeña, cada una llena de setas en diversas fases de secado. Dos pequeños ventiladores estaban colocados para ayudar en el proceso de secado, y había bolsas de papel marrón llenas de setas recién recogidas esparcidas por los alrededores. A primera vista, parecía una configuración típica para

secar setas silvestres, algo nada fuera de lo común en la zona. Pero entonces Austin notó algo inusual.

—Vale, ya estoy aquí —dijo Lucy.

—Espera un segundo —dijo Austin, dejando caer el brazo con el teléfono a su costado y cerrando manualmente el haz de su linterna.

Entre las setas que se estaban secando, había algunas que presentaban unos distintivos hematomas azulados en los tallos y los sombreretes, un signo revelador de las variedades psicodélicas. También vio unos cuantos tarros de cristal etiquetados con nombres científicos que no reconoció de inmediato, junto con una balanza digital y algunos agentes desecantes.

Aunque la recolección y el secado de setas era bastante común en la zona, este montaje sugería algo más que una afición. No era difícil atar cabos. Ben Davis se dedicaba a recolectar setas psicodélicas y las vendía en un establecimiento de kebab en Oak Harbor.

Austin se llevó el teléfono a la oreja.

Lucy casi gritaba por el auricular. —Austin, ¿estás ahí?

—Lo siento. Yo... Kendall ha salido corriendo antes de que pudiera detenerla. Derby va a enviar agentes para ayudar. Estoy ante la puerta de la casa del hombre que creemos que podría estar implicado, y hay grava que coincide. ¿Es eso suficiente para que entre en su casa sin una orden? ¿Indicios razonables?

—No, probablemente no sea suficiente —dijo Lucy con voz firme.

—¿Y si veo pruebas de un delito de drogas desde fuera de la casa? —preguntó Austin, con los ojos todavía fijos en las setas.

—Entonces, bueno, eso depende.

—¿De qué?

—De lo seguro que estés de que tienes razón.

Kendall estaba en mejor forma y era más joven que Davis, y sentía que le ganaba terreno a cada zancada. Zigzaguearon por el barrio residencial, esquivando coches aparcados, saltando parterres y

colándose por estrechos huecos entre las casas. El enfoque de Kendall era preciso como un bisturí, con los sentidos agudizados por la persecución.

Davis advirtió los destellos azules y blancos que asomaban por una esquina e intentó despistarlos, girando bruscamente y adentrándose en un amplio patio trasero. Saltó la bicicleta de un niño que estaba tirada de lado y casi tropezó, pero mantuvo el equilibrio y continuó mientras las luces se perdían de vista.

Kendall le siguió con facilidad; su entrenamiento y su forma física le daban ventaja.

Cuando se acercaban al final de una manzana, Kendall se dio cuenta de que él estaba aminorando el paso. Con un último impulso de velocidad, acortó la distancia, se lanzó hacia delante con las manos extendidas y lo placó por detrás.

Ambos cayeron con fuerza, rodando por el suelo. Kendall se apresuró a inmovilizarlo, usando su peso para mantenerlo quieto.

—No vas a ninguna parte, Ben —dijo ella con voz dura. Pero antes de que pudiera alcanzar sus esposas, él subió una rodilla, golpeándole el muslo y derribándola hacia un lado.

14

La puerta principal ni siquiera estaba cerrada con llave.

Austin había llamado varias veces antes de entreabrirla y dar un aviso de voz. El lugar estaba en silencio, y Carla había mencionado que no creía que Ben viviera con nadie. De hecho, sus palabras exactas habían sido: —Pensé que era un sintecho.

Al entrar, gritó una vez más: —¡Departamento del Sheriff del condado de Kitsap! ¿Hay alguien en casa?

Austin avanzó con cautela, escudriñando el lugar en busca de cualquier signo de movimiento. Podía entender por qué a Ben le beneficiaba que las mujeres con las que salía creyeran que vivía en la calle antes de admitir que residía allí. El salón estaba atestado de muebles viejos y pilas de revistas y periódicos. El polvo cubría cada superficie y un olor a humedad flotaba en el aire, y no se debía solo a las setas.

En total, la casa no tendría más de setenta y cinco metros cuadrados. Tenía dos dormitorios pequeños, un baño asqueroso, un salón y la desordenada cocina que, al parecer, solo se utilizaba para recalentar comida y secar setas. Los estantes de secado dominaban una esquina, cubiertos por cientos de setas de sombrerillo azulado y tallos largos y finos. Unos pequeños ventiladores zumbaban suavemente para mantener el aire circulando, y una báscula digital

con frascos de vidrio completaba la escena. No cabía duda de que traficaba.

Sobre la mesa, Austin encontró un mazo de tarjetas de visita y tuvo que leer las palabras dos veces antes de creer que no se había colocado por accidente con los vapores de los hongos. Había visto mucho durante su etapa como detective en la ciudad de Nueva York. Más asesinatos de los que quería recordar, delitos de drogas de todo tipo, e incluso a algunos de los asesinos en serie más retorcidos que el mundo había conocido jamás.

Pero la marca que publicitaba la tarjeta de visita lo dejó helado.

Ben Davis: Psicodélicos para la Tercera Edad.

La mente de Austin trabajaba a toda velocidad. Recordó a las personas que iban en los asientos delanteros del coche a las que él y Kendall habían visto aceptar lo que Austin ahora suponía que eran setas alucinógenas de manos de Ben Davis. Sin duda eran mayores; de sesenta años para arriba, ahora que Austin lo pensaba bien.

De pie en la cocina, empezó a encajar las piezas del rompecabezas. La marihuana se había legalizado en el estado de Washington hacía años, y las setas psicodélicas, aunque no eran legales, se habían despenalizado parcialmente. Era posible que Ben Davis las recolectara él mismo y las vendiera específicamente a ancianos. No era descabellado imaginar que alguien, o varias personas, hubieran amenazado con denunciarlo y él los hubiera matado. O, posiblemente, que algunos de sus clientes hubieran tenido reacciones adversas a las drogas —reacciones mortales— y que Davis hubiera necesitado deshacerse de los cuerpos para proteger su negocio y su libertad.

Austin sacó unas cuantas fotografías con su teléfono y luego salió de nuevo al porche para llamar a Lucy. Cuando ella respondió, él dijo: —Necesito un furgón para pruebas. Necesito saber exactamente cómo manejar esto. Pero creo que puede que hayamos encontrado a nuestro hombre.

Kendall saltó hacia delante, placando a Ben por la espalda mientras este intentaba ponerse en pie. Ambos cayeron con fuerza, rodando por el suelo. Ben se resistió, pataleando e intentando quitársela de encima, pero su fuerza superior no era rival para la habilidad y el entrenamiento de Kendall. Ni para su resistencia.

Él estaba fofo y no estaba en buena forma; ya se había quedado sin aliento y jadeaba.

Cogiéndolo por la muñeca, Kendall le retorció el brazo a la espalda y luego le clavó la rodilla encima.

—Quédese en el suelo —ordenó. Lo cacheó rápidamente, sin encontrar armas. Tras unos segundos, Ben dejó de resistirse, dándose cuenta claramente de que estaba en desventaja.

Ella lo esposó y lo puso en pie, manteniéndolo sujeto firmemente por el brazo. —Queda usted arrestado —dijo, fijando su mirada en la de él.

Él hundió los hombros en señal de derrota y seguía luchando por recuperar el aliento mientras Kendall lo conducía de vuelta hacia su casa.

—¡Esa zorra! —exclamó Davis de repente. Su voz era más aguda de lo que ella esperaba, y más quejumbrosa. Ese tipo de voz que te produce rechazo inmediato, sin importar lo que diga.

—¿Se refiere a Carla? —preguntó Kendall.

—Sí, y esperaba no volver a verla nunca, ni volver a oír su nombre. ¿Te ha mandado a por mí porque le di el plantón en la inmersión? —No esperó respuesta y continuó hablando—: Me dio un equipo de mierda, es una inmigrante ilegal y su negocio es turbio de cojones. Deberían investigarla a ella, no a mí. ¿Cómo sabía siquiera a qué me dedico? ¿Por qué están aquí siquiera? ¿Por qué me han seguido?

Kendall no necesitaba responder, y no iba a hacerlo. No ocurría a menudo fuera de las series de televisión, pero a veces un sospechoso simplemente hablaba y hablaba, delatándose de mil maneras antes de comprender que debería cerrar la boca.

—No han visto nada —continuó Davis—, yo no he admitido nada. Si esto es por ese cadáver que encontraron... sí, lo vi en los periódicos... yo no tuve absolutamente nada que ver con eso. ¡Si me

preguntan a mí, lo más probable es que Carla llevara a ese tío a bucear y se lo cargara con ese equipo de mierda! Si me hubiera quedado allí abajo con ella, también podrían haberme encontrado a mí.

Para cuando regresaron a la casa de Davis, el hombre finalmente se había callado y Austin estaba sentado en los escalones.

—¿Quién es ese imbécil? —preguntó Davis, forcejeando con las esposas e intentando señalar a Austin.

—Es mi compañero, el detective Thomas Austin —respondió Kendall.

Se detuvo al notar la grava bajo el coche que estaba sobre bloques de madera. —Interesante —dijo ella, señalándola—. ¿De dónde ha sacado eso?

—Ya estaba aquí cuando compré la casa, idiota —dijo Davis.

Kendall ladeó la cabeza y le sonrió. —Usted y yo lo vamos a pasar muy bien juntos. Va a acabar tomándome cariño, confiará en mí, dependerá de mí.

—Abogado —dijo Davis—. No voy a decir nada más hasta que hable con mi abogado.

—¿Quién es su abogado? —preguntó Kendall—. Yo misma le llamaré.

—¿Y si no tengo?

Mejor todavía, pensó Kendall. Pero lo que dijo fue: —Por supuesto, se le asignará uno de oficio.

15

Jueves

A la mañana siguiente, Austin se despertó temprano.

Run se había acurrucado en la cama con él a mitad de la noche, algo que no solía hacer. Era una perra a la que le gustaban las dosis pequeñas de afecto, y normalmente bajo sus propios términos. Cuando *decidía* dormir en su cama, algo que él permitía encantado, solía colocarse a los pies, donde podía evitar cualquier contacto fortuito.

Pero esta mañana, de la nada, mientras él yacía boca arriba mirando el techo desde la cama, ella se subió a su estómago y empezó a lamerle la cara. Tras unos minutos, Austin se levantó y Run lo miró con impaciencia para luego salir disparada hacia la puerta. Se detuvo y se sentó de golpe, mirando hacia atrás como diciendo: «Vienes, ¿verdad?». Luego soltó uno de sus corteses ladridos de interior, un ladrido que decía: *hazme caso.*

—¿Qué pasa? —preguntó él.

En cuanto abrió la puerta del dormitorio, ella fue directa a la cocina. Cuando él entró, la perra estaba comiendo de su cuenco como si estuviera muerta de hambre.

Entonces cayó en la cuenta: le había dado la cena tarde la noche anterior y no había respetado su rutina.

Normalmente le daba de comer una vez al día, a las cinco o las seis de la tarde, que era lo que le había recomendado el veterinario. Y solía ponerle una cucharada de queso de Burgos encima antes de verla comer y sacarla fuera para un último paseo.

Pero anoche ella lo había seguido al dormitorio *antes* de comer, probablemente porque él había llegado muy tarde y se le había olvidado el *extra.* Seguramente cerró la puerta de la habitación, así que ella no pudo llegar a la cena que se había dejado sin probar.

Una punzada de culpa le recorrió el pecho. Incluso con su sencilla vida de soltero, no había sido capaz de asegurarse de que el único ser del que era responsable, aparte de sí mismo, hubiera cenado.

Sacó el queso del frigorífico y puso el extra sobre el pienso seco. Run se lanzó a comer con ganas. Austin sacó la jarra de la nevera y se sirvió una taza de café frío. Sentado a la pequeña mesa de la cocina, tomó un sorbo. Solía hacer café recién hecho o, al menos, calentar las sobras en el microondas, pero estaba bajo de energías y tenía la mente distraída.

Después de que Ben Davis solicitara un abogado, lo habían trasladado de vuelta al condado de Kitsap, donde permanecía bajo custodia para reunirse con su representante por la mañana. También habían investigado un poco más a Jack Ulner y planeaban interrogarlo a las nueve en punto de la mañana.

Pero la mayor distracción que le rondaba por la cabeza era que, mientras llegaba a Hansville poco después de las ocho de la tarde anterior, Austin había recibido una llamada de su madre.

Su padre había sufrido una caída fea al resbalar con unas prendas que había dejado en el suelo. Al parecer, se había puesto tres camisas antes de cenar y había tirado por toda la habitación el resto de la ropa de dos de los cajones de su cómoda. Por suerte, no se había golpeado la cabeza, pero se había torcido ambas muñecas y se había hecho un buen tajo al rozarse contra el armazón de la cama. El brazo le había requerido seis puntos de sutura.

El protocolo del centro obligaba a llamar a la familia de inmediato y, cuando lo hicieron, su madre se fue a urgencias, donde se quedó con él el resto de la tarde mientras le cosían y vendaban. Su madre,

siempre fuerte, sonaba agotada, y eso le dolió a Austin. Lo inevitable del envejecimiento, el volverse cada vez más frágil y tener que depender de otros para las necesidades básicas, lo estremecía hasta lo más profundo.

Aunque estuviera triste por lo de su padre, al menos le quedaba su madre. Bajo la luz gris del amanecer, Austin contempló su cocina fría y austera. A pesar del calor de Run mientras devoraba su comida, Austin era plenamente consciente de que estaba solo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Austin estaba sentado en la parte trasera de la pequeña iglesia comunitaria de Hansville, donde el pastor Johnson le permitía ir temprano por la mañana. De niño, Austin había ido a la iglesia algunas veces con sus padres, pero había perdido el contacto con ella al hacerse adulto.

Y aunque el pastor Johnson siempre le animaba a asistir a un servicio regular, a Austin nunca le pareció lo correcto. Había empezado a venir a esta iglesia porque algo en ella activaba su sinestesia. Algo en el olor le recordaba a Fiona y lo reconfortaba. Tras resolver su asesinato, no había sentido que lo necesitara de la misma manera, pero había algo en el ambiente que precisaba esta mañana.

A pesar de sus esfuerzos por centrarse en el caso, los recuerdos no dejaban de pasarle por la mente y parecía que no podía hacer nada para detenerlos. Como su madre había estado en la Marina, se había mudado mucho de niño. San Diego, Connecticut, incluso una breve temporada en Bremerton, Washington, no muy lejos de donde vivía ahora.

Cada vez que llegaban a una ciudad nueva, él y su padre iban a un supermercado a comprar queso y galletas saladas. Luego iban a una gasolinera y compraban algo de cecina o caramelos. Después, siempre buscaban una playa cercana.

Austin cerró los ojos mientras la luz empezaba a filtrarse por las ventanas de la iglesia.

—Muy bien, es hora de enterrarme los pies —decía su padre cuando llegaban a la playa.

Cada vez, Austin enterraba los pies de su padre en la arena, creyendo que podía apilar suficiente arena como para que su padre no pudiera moverse. Austin siempre se reía cuando su padre decía: «*¡Socorro! No puedo mover los pies, no puedo mover los pies*».

Y entonces Austin escarbaba en la arena, apartándola como un perro que se esfuerza por esconder un hueso, hasta que su padre saltaba y lo felicitaba por haberlo salvado de la marea entrante.

No fue hasta su tercera o cuarta mudanza cuando Austin se dio cuenta de que su padre lo estaba engañando. No había cantidad de arena que pudiera apilar que impidiera que su padre simplemente levantara los pies. Debía de tener unos siete años cuando comprendió que su padre solo intentaba entretenerlo.

En general, su padre no *jugaba* con él. No era un tipo especialmente sociable. Por eso aquel era un recuerdo especialmente querido.

El padre de Austin pertenecía a una época en la que los padres no mostraban tanto afecto como parece que muestran hoy en día. Eso no importaba, pero de alguna manera hacía que Austin se sintiera agradecido y triste a la vez por el hecho de que su padre hubiera fingido estar atrapado en la arena. En retrospectiva, podía ver que aquellas pequeñas excursiones eran la forma que tenía su padre de conocer la nueva ciudad y de apoyar a su madre para que tuviera tiempo a solas en la casa nueva para desempaquetar y organizar las cosas. Al fin y al cabo, cuando te mudas, no solo tienes que organizar tus rutinas en una casa nueva, sino que también tienes que saber dónde están el supermercado, la gasolinera y la playa.

Austin abrió los ojos. Debían de ser alrededor de las siete de la mañana, pues la luz ya era intensa en la pequeña iglesia. Austin oyó al pastor Johnson entrar por la puerta trasera, probablemente disponiéndose a preparar las comidas para su servicio bimensual para las personas sin hogar.

Solían compartir alguna charla agradable las mañanas en las que Austin se dejaba caer por allí. Esta mañana, Austin no tenía ganas.

En silencio, se puso en pie y salió por la puerta principal.

16

Una hora más tarde, Austin estaba de pie ante la pizarra blanca de la oficina, observado por Kendall, Lucy, Jimmy y Samantha.

—Tengo una conferencia telefónica en diez minutos, Austin —dijo Lucy—. Vas a tener que seguir tirando del hilo de esto. Tú y Kendall. Pero necesito redactar un informe, así que dadme todo lo que tengamos. La versión condensada. —Tomó un sorbo de una taza de café, no con nerviosismo, sino con prisa, dando tragos frecuentes como quien fuma un cigarrillo en un descanso no autorizado.

Lucy era bastante joven para haber sido nombrada detective principal y, aunque estaba haciendo un gran trabajo, Austin pensaba a veces que parecía estar desbordada. No como investigadora, sino en lo referente a la política.

—Tenemos tres hilos de los que tirar —dijo Austin, golpeando la pizarra con un rotulador—. Ben Davis dirige un pequeño negocio ilegal llamado *Psicodélicos para Mayores*. En su entrada tiene una grava similar a la encontrada en las víctimas. Le vimos trapicheando; tenemos las setas, que el laboratorio ha confirmado que son diversas formas de psicodélicos. Por lo que podemos decir, no es un asunto al estilo de Pablo Escobar. Me da la impresión de ser un tipo que creció como un niño rico, nunca quiso un trabajo de verdad y se ha ido buscando la vida con el dinero de la familia y las setas ilícitas.

—Es un capullo —le interrumpió Kendall—, y un perdedor. Y su voz es tan irritante como unas uñas arañando una pizarra.

Austin asintió, dándole la razón. —A lo que voy es a que no es ningún pez gordo del narcotráfico. Por lo que sabemos, recolecta setas psicodélicas en los bosques...

—Y de las boñigas de vaca, estoy segura —volvió a interrumpir Kendall.

—Se las vende a personas de la tercera edad —continuó Austin —, anunciando que ayudan con el dolor ciático, la ansiedad y los problemas nerviosos. Esta mañana se reunirá con su abogada y...

—Gretchen Vale —dijo Lucy, con la voz cargada de desdén.

El rostro de Austin debió de reflejar su desconcierto.

—La mejor abogada defensora del condado —aclaró Jimmy—. O la peor, según se mire.

—Es la mejor si eres el acusado —añadió Lucy—. La peor si eres de los nuestros. Y además es la mejor amiga del comisionado del condado, Larsen.

Jimmy asintió. —La cuestión es que no vamos a sacarle nada a Ben Davis a menos que sea exactamente lo que Gretchen Vale quiera que nos diga.

Lucy suspiró, frotándose las sienes de una forma que a Austin le recordaba a Ridley.

—Como ya hemos comentado —prosiguió Austin—, Davis estaba en la inmersión donde se descubrió el cadáver. Y me encantaría escuchar la explicación de la letrada Vale para eso.

—¿Y todavía no tenemos nombre para nuestro desconocido? —preguntó Lucy.

Austin negó con la cabeza. —No, solo hay un Jack Ulner en la zona, y está vivo. Lo cual nos lleva al segundo hilo. El fallecido llevaba sus zapatos. Ulner vive en una pequeña residencia asistida en Poulsbo. Iremos allí directamente después de esta reunión.

—Así que lo que estamos pensando —dijo Kendall— es que es posible que tanto la víctima sin identificar como las víctimas iniciales del puente Manette y Deception Pass fueran clientes de Ben Davis. Quizás amenazaron con chivarse, o tal vez tuvieron una reacción adversa a su mercancía y él los mató. Quizás uno de ellos sufrió una

sobredosis o se quitó la vida. Aún no lo sabemos, pero tenemos algunas teorías.

Lucy asintió.

Jimmy tamborileó con los dedos sobre la mesa y se volvió hacia Samantha. —¿Ya estás investigando lo de la grava, verdad?

—La inspección visual por sí sola no ha sido suficiente —dijo Samantha—. Parece similar, pero lo estamos consultando con unos expertos y deberíamos tener una respuesta pronto. Además, esperamos el informe de una empresa que vende ese tipo de grava en los condados de Kitsap e Island. Nos van a dar una lista de lugares que podrían haber hecho pedidos en los últimos años.

—Esperemos que no sea demasiado larga —dijo Jimmy.

Austin continuó: —Lo que no entiendo es por qué Ben Davis insistiría en que él y Carla bucearan en un lugar donde sabía que estaba una de sus víctimas.

—Porque es un enfermo —soltó Kendall.

Él ya sabía que Kendall no iba a soltar esta presa. En el trayecto de vuelta desde Whidbey Island, ella había dejado claro que ahora creía que el asesino era Davis y no Carla. Austin se preguntó si se habría tomado el forcejeo con él de forma demasiado personal, pero le hizo un gesto para que expusiera sus argumentos.

—Davis es el tipo de tío —comenzó ella— que convence a su cita —a la que probablemente buscó porque tenía fama de ser una buceadora de élite—, la convence de ir a la escena del crimen para intentar tenderle una trampa y que sea ella quien encuentre el cuerpo. Probablemente quería leer sobre sí mismo en los periódicos. Mató a nuestro desconocido y, cuando no encontraron el cadáver, lo preparó todo. Y luego, como no pudo evitarlo, se quejó del equipo de ella, que dudo mucho que estuviera en mal estado porque ella parece saber lo que hace. En fin, creo que pudo haber subido a la superficie antes de tiempo a propósito para que ella tuviera que nadar buscándolo. Esperaba que descubriera el cuerpo antes de que cambiara la marea y tuviera que salir a flote.

—Puede ser —dijo Jimmy—. Supongo que también es posible que ahogaran a la víctima juntos y que *ambos* quisieran volver a ver

su obra. Ahora, presintiendo una ruptura, Carla está intentando cargarle el muerto a él.

—Todo esto es demasiada especulación —dijo Lucy—. E incluso si tenéis razón sobre Davis, necesitáis muchas más pruebas porque tened por seguro que no le vais a sacar una confesión.

Austin siempre sabía cuándo tenía la atención del grupo y cuándo la perdía, y había perdido a Samantha en favor de su portátil. Si hubiera sido profesor de escuela, habría chasqueado los dedos para llamar su atención y la habría obligado a dejar el ordenador en el cajón de su mesa al frente de la clase. Pero cuando Samantha se enterraba en su portátil, solía salir algo bueno de ello.

Ella levantó la vista. —Tengo algo nuevo. Algo potencialmente importante. Bueno, dos cosas en realidad. —Su ordenador emitió un pitido y ella se quedó en silencio, aparentemente leyendo un correo electrónico—. Esperad, tres cosas en realidad.

Austin se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared.

Esto iba a ser bueno.

17

Samantha llevó su portátil a la parte delantera de la sala y luego lo conectó a un largo cable negro.

Era la quintaesencia del prodigio tecnológico, una mezcla de cerebro y estilo informal. Con su tatuaje de código binario asomando por el lateral del pie, era habitual verla con los pies descalzos apoyados sobre un escritorio, vestida con vaqueros y una camiseta de Thor que encajaba con su actitud pragmática. Había sido una estudiante de matrícula de honor en Justicia Criminal en el Olympic College, especializándose en ciencias forenses y análisis forense digital, pero era su comprensión innata de la IA, el blockchain y la ciberseguridad lo que la hacía indispensable para las investigaciones del equipo.

Y Austin siempre sonreía cuando la veía cargar con su portátil. Lo sujetaba con el mismo cuidado que se reservaría para una reliquia delicada. Sentía una reverencia por la tecnología y su poder para desvelar verdades ocultas, algo que Austin estaba empezando a compartir muy, pero que *muy* poco a poco.

La pantalla de la pared se iluminó y Austin se trasladó a un asiento al fondo para tener una mejor visión.

—Es raro que tres pruebas caigan en mi bandeja de entrada en los mismos cinco minutos —empezó ella—, pero creo que es un buen augurio para nuestro día. —Sus ojos bajaron a la pantalla del

portátil y se quedó en silencio un momento mientras se cargaban los archivos—. Primero, empecemos con lo más importante, lo que llegó en tercer lugar. La primera víctima en Deception Pass, Helen Virginia Fullman. Hace unos cuatro años, sus cheques de la Seguridad Social fueron marcados. Aún no tenemos el informe completo, pero podemos ver que se marcaron como «actividad sospechosa». Según lo que estoy viendo, el caso nunca se investigó del todo debido a la falta de personal y al hecho de que ya había fallecido.

—No es tan inusual que se abandone un caso —dijo Jimmy—. En esas oficinas están desbordados y, a menos que haya un fraude masivo, me imagino que meterán algo en un cajón una vez que la persona ha muerto. ¿Dice qué tipo de fraude o de quién se sospechaba exactamente?

Samantha sacudió la cabeza. —No. Cero seguimiento. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la pantalla, que finalmente se había cargado, mostrando el nombre de la víctima y el historial de sus cheques de la Seguridad Social. Una marca roja indicaba que el 7 de julio de 2020 su cuenta había sido marcada por actividad sospechosa. Había recibido nueve cheques después de esa fecha y luego falleció, momento en el que se cerró su cuenta.

—Bien —continuó Samantha—, así que eso es obviamente algo con potencial. El fraude a la seguridad social es un gran negocio. Pero tenemos una lista de seis lugares que recibieron entregas de grava que coinciden con la mezcla particular encontrada en nuestras víctimas. Al parecer, esta mezcla de dos colores diferentes de basalto no es muy común.

Apareció una lista en la pantalla y Austin la recorrió con la mirada. No había nada inusual o destacable en ninguna de las ubicaciones. Una era un parque de caravanas justo en la frontera entre Silverdale y Bremerton. Otra era una comunidad residencial privada en Bainbridge Island. La tercera era un pequeño minorista en Oakville que había comprado un suministro y luego lo había revendido. Austin supuso que de ahí era de donde Ben Davis había sacado el suyo. El resto de la lista era más de lo mismo.

Lucy asintió hacia Jimmy. —Mi querido esposo y yo vamos a visitar esos lugares hoy, al menos a todos los que podamos llegar.

Después de mi llamada, claro. Tengo que mantener a Larsen alejado de nosotros otros cuantos días. Te juro que es como si ese tipo no tuviera nada mejor que hacer que dificultarnos el trabajo. —Sacudió la cabeza y luego hizo un gesto a Samantha para que continuara.

—Si tenemos suerte, Lucy y Jimmy encontrarán algo en uno de los sitios que compraron ese tipo de grava. Un sospechoso o posiblemente un empleado que trabajara allí. Tercero, investigué lo que Austin me dijo anoche, que Ben Davis había mencionado que Carla era una inmigrante indocumentada y que hay un propietario turbio tras su negocio. La mujer que es dueña del edificio se llama Stephanie Cooper.

Mientras hablaba, una fotografía de Stephanie Cooper apareció en la pantalla. Parecía estar en la mitad de los cuarenta, con el pelo rubio corto y una nariz afilada. Estaba sonriendo, pero no parecía especialmente cálida.

—He sacado esta foto de su cuenta de Facebook —dijo Samantha—. Es madre de tres hijos y ha vivido en Whidbey Island toda su vida. Coupeville. En realidad, ella es la propietaria legal de la tienda de buceo. Carla es esencialmente una tapadera para el negocio. Ella es la experta en buceo; Stephanie Cooper se encarga de todo el dinero y de las decisiones empresariales. Parece que podría haber algunos registros comerciales irregulares, aunque no estamos seguros. Vamos a investigar más sobre ella. Es muy posible que no haya nada aquí, pero vale la pena indagar un poco.

Samantha miró a su alrededor como esperando a que alguien añadiera algo.

—Todo eso está muy bien —dijo Kendall—, pero sigo pensando que todo gira en torno a Davis y su negocio de setas para ancianos.

Algo encajó en la mente de Austin. —Espera un segundo —dijo —, vuelve atrás.

Samantha se encogió de hombros. —¿Volver atrás adónde?

—Vuelve a la lista de los cheques de la Seguridad Social recibidos por la primera víctima.

Samantha tecleó un par de veces, regresando a la lista de cheques.

Austin dijo: —La dirección en la parte superior del archivo: Pine Woods Trailer Community. Ahora, por favor, vuelve a la lista de ubicaciones que recibieron ese tipo de grava. —La primerísima ubicación era Pine Woods Trailer Community, en la frontera de Silverdale y Bremerton.

—Ya lo veo —dijo Samantha—. Los cheques de Helen Fullman se enviaban a una casa en una de las comunidades de caravanas donde se entregó la grava.

—Me juego veinte pavos a que hay una conexión con Ben Davis ahí —dijo Kendall.

Lucy sonrió. —Sea como sea, esa será nuestra primera parada. Jimmy y yo iremos para allá ahora mismo. Kendall y Austin, vosotros dos id a la comunidad de jubilados para charlar con Jack Ulner. Mantenednos informados.

Todos se levantaron más o menos al mismo tiempo y Austin siguió a Lucy por el pasillo. Estaba a punto de coger una taza de café para el camino cuando oyó una extraña reverberación metálica y una voz ininteligible que retumbaba desde el exterior de la oficina.

Levantó la cabeza para mirar por la ventana. —Oh, no —susurró para sí mismo.

—¿Qué demonios? —exclamó Lucy.

El comisario del condado Larsen estaba frente a la oficina con un megáfono en la mano, y tres cámaras de noticias lo estaban grabando.

18

Austin salió al aire fresco de la mañana, recibido por el discurso dogmático de Larsen amplificado por un megáfono.

—En varios estados de todo el país, los psicodélicos se han legalizado o despenalizado en gran medida en los últimos años. Ahora, los supuestos agentes de la ley del Departamento del Sheriff de Kitsap han decidido que era un buen uso del tiempo y los recursos del condado investigar a un ciudadano respetuoso con la ley, aunque se trate de alguien que podría estar operando justo en el *límite* de la legalidad, con fines buenos y morales.

—Los psicodélicos, como han demostrado numerosos estudios de Harvard y Yale, pueden proporcionar a los ancianos un alivio muy necesario tanto de experiencias traumáticas como incluso del propio dolor. Al igual que el estado de Washington ha legalizado la marihuana, que ahora consumen más del treinta por ciento de las personas mayores del condado de Kitsap, creo que deberíamos legalizar pequeñas cantidades de productos psicodélicos totalmente naturales, como los que proporciona el señor Davis. Y, lo que es más importante, no deberíamos malgastar los valiosos recursos del condado en agentes de la ley que encierran a ciudadanos con buenas intenciones —que, por cierto, ni siquiera viven en nuestro condado— como el señor Davis.

Austin caminaba de un lado a otro, con una frustración que crecía a cada paso.

—Además, nuestro detective más reciente, Thomas Austin, entró por la fuerza en la casa de este hombre sin una orden judicial. Así que no solo es un detective peligroso e imprudente, no solo está operando en otro condado, y no solo lo hace con el fin de investigar un delito que debería ser legal, sino que lo hace sin ni siquiera seguir el protocolo.

Un fotógrafo tomó algunas fotos y, mientras tanto, las cámaras grababan a Larsen. Este le pasó el megáfono a una mujer que estaba a su lado. Gretchen Vale, la abogada de Davis.

—Como abogada defensora, he representado a muchos hombres y mujeres inocentes acusados de crímenes atroces. En este caso, defiendo a un hombre inocente acusado de un delito que no es atroz. Los verdaderos criminales están dentro de este edificio. —Hizo una pausa y señaló dramáticamente al Departamento del Sheriff de Kitsap. Luego, manteniendo el dedo extendido, continuó—: Ellos son los que abusan de su poder y malgastan recursos valiosos en procesar a un hombre que no hace más que intentar ayudar a nuestros mayores, mientras que la gente de este edificio utiliza vuestro dinero para intentar hacer lo contrario.

Austin asintió a Kendall y empezó a cruzar el aparcamiento. No necesitaba quedarse para el resto de aquello. Mientras sacaba las llaves, se dio la vuelta, incapaz de ignorar la diatriba de Vale.

—Bajo la doctrina de la necesidad terapéutica, las acciones de mi cliente al poseer y distribuir pequeñas cantidades de setas psicodélicas de origen natural a personas mayores encajan perfectamente dentro de un marco legal y ético permisible. Dado el conjunto sustancial de pruebas empíricas que corroboran los beneficios medicinales de la psilocibina para tratar afecciones como el dolor crónico, el TEPT y el sufrimiento existencial al final de la vida, sus acciones constituyen un ejercicio legítimo de atención compasiva. Además, de acuerdo con el precedente establecido en casos emblemáticos relativos al cannabis medicinal, en los que las jurisdicciones estatales han reconocido la preeminencia de la salud y

el bienestar sobre la aplicación rígida de estatutos de drogas arcaicos...

Austin dio un portazo y Kendall hizo lo mismo. —No tengo ni idea de si todo lo que sale por su boca es una sarta de mentiras o no —dijo Kendall—, pero tengo la sensación de que no vamos a conseguir mucho contra Davis.

Austin arrancó el coche. —Entonces esperemos que Jack Ulner tenga algo interesante que decir.

Mientras salía por el camino de acceso, su teléfono sonó con un número del que no había recibido una llamada en bastante tiempo. El nombre de Anna Downey apareció en la pantalla de la consola.

—¿No es esa reportera? —preguntó Kendall.

—Lo es —dijo Austin.

—¿No salías con ella? —preguntó Kendall.

Austin puso cara de póquer. —Sí, salíamos.

—Bueno, ¿no vas a contestar? —preguntó Kendall.

Austin no dijo nada, solo pulsó el pequeño icono verde del teléfono en la consola. —Hola, Anna.

—Hola —dijo ella.

—Estás en manos libres —dijo Austin—. Estoy aquí con la detective Kendall Shaw.

—Seré breve —dijo Anna—. Acabo de verte en la televisión, bueno, no exactamente en la televisión, sino que están retransmitiendo en directo la rueda de prensa frente a vuestra oficina. La estoy viendo en casa.

—Maravilloso —dijo Austin. No solía ser dado al sarcasmo, pero la idea de Anna viéndolo en su portátil con la rueda de prensa de Larsen y Vale de fondo era suficiente para cabrearle de verdad.

—Se rumorea —dijo Anna— que planean una gran votación para la semana que viene. Vale va a comparecer como testigo en la reunión de la Junta de Comisionados del Condado. Va a argumentar que nuestro departamento de policía está sobredimensionado y sacará ejemplos de ocasiones en las que habéis cometido excesos y perseguido a gente injustamente.

—La he estado viendo en las noticias cada vez más —dijo Austin.

—Sí —asintió Kendall—. La he visto en la CNN un par de veces últimamente y parece que empieza a tener un perfil nacional.

—Exacto —continuó Anna—. Lo que quiero decir es que la gente podría empezar a interesarse por los temas de su programa. Resumiendo, quiere recortar el presupuesto del departamento del sheriff en un cuarenta por ciento. Eso os eliminaría a ti, Austin, y a Kendall; dejaría básicamente una plantilla mínima. Sé que probablemente ya lo estéis haciendo, pero tened cuidado.

—Gracias por preocuparte por nosotros —dijo Kendall.

—Encantada de ayudar —dijo Anna—. También deberíais saber que Vale es una gran contribuyente de Larsen. Estoy bastante segura de que hay algo de corrupción ahí, pero no puedo probarlo.

A Austin no le sorprendió oír aquello. —Gracias —dijo—. ¿Algo más? Es decir, ¿sabes algo más sobre por qué han decidido dar esta rueda de prensa ahora?

—Tengo una idea, pero es potencialmente difamatorio que lo diga en voz alta —dijo Anna—. Y me doy cuenta de que no tengo derecho a pedirlo pero, os pido que estas palabras no salgan de vuestro coche.

—Nuestros labios están sellados —dijo Kendall.

Miró a Austin como esperando que dijera algo. Pero Austin se encontraba en una especie de estupor, considerando su pasado con Anna.

—Y Austin también está asintiendo —mintió Kendall.

—De acuerdo entonces —continuó Anna—. Bueno, Larsen fue uno de los primeros en meterse en el negocio de la marihuana cuando se legalizó por primera vez. No me sorprendería descubrir que él y Vale están usando este asunto de Ben Davis para despertar simpatía por su causa. Probablemente quieran entrar juntos en el negocio de los psicodélicos, si finalmente se legalizan. En cualquier caso, no te creas nada de lo que salga de la boca de Vale. Es una abogada endiabladamente buena, pero suele tener un motivo oculto.

—Gracias —dijo Austin.

—Me tengo que ir —dijo Anna—. Espero que podamos volver a estar en contacto.

Austin terminó la llamada.

—Eso ha sido... regular —dijo Kendall.

—¿Te refieres a que quieran quitarle los fondos a la mitad de nuestro departamento?

—No, me refería a lo vuestro, lo tuyo y lo de Anna. ¿Supongo que no acabó bien?

—Bueno —dijo Austin—. Podría haber sido peor. —No quería entrar en detalles, pero se alegraba de que el hielo entre él y Anna al menos se hubiera derretido un poco.

19

Marjorie «Madge» Evering levantó la vista y agitó un dedo en el aire para captar la atención de TJ, el amable auxiliar que siempre le ponía un poco más de champán en su mimosa de la hora del brunch. Solo se permitía una, y no quería que fuera sobre todo zumo.

Madge tenía ochenta años, pero su cuerpo todavía se sentía como si tuviera sesenta y su mente estaba tan ágil como cuando se doctoró en Historia a los treinta y ocho. En su corazón, seguía siendo una niña despreocupada de once años.

Se había mudado a la comunidad de jubilados Seaside Cedars, en Bainbridge Island, hacía dos años, poco después de que su marido falleciera, y no se había perdido ni una sola oportunidad de tomarse una mimosa.

TJ dejó su bebida especialmente retocada con un guiño mientras el resto de los residentes tomaban asiento. Madge dio un sorbo a su bebida espiritosa, saboreando el chorrito extra de champán.

La sala zumbaba con el parloteo y las risas mientras los residentes llenaban sus platos con delicias del brunch. Madge siempre comía *después* del concurso de preguntas; le daba ventaja no estar distraída con la bollería, la fruta y los huevos. También permitía que el alcohol le subiera un poco más rápido, algo que disfrutaba.

Al frente de la sala, John, uno de los auxiliares más entusiastas, estaba de pie con un montón de tarjetas de preguntas, listo para entretener a la impaciente multitud. —¡Muy bien, todo el mundo, es hora de la primera pregunta! —su voz se elevó por encima del murmullo de la sala—. ¿Podéis terminar de sentaros todos, por favor?

Al ritmo al que se movían algunos de sus compañeros residentes, esto podría llevar un rato, pensó Madge. Dio otro sorbo, observando a sus vecinos arrastrar los pies lentamente por la alfombra para encontrar sus asientos.

Todavía era plenamente capaz de vivir por su cuenta, pero se sentía sola, y este era el lugar perfecto para ella. No solo ofrecían *muchísimas* más actividades y tenían mejores instalaciones que la mayoría de los sitios del condado, sino que también contaban con múltiples niveles de cuidado. No iba a bajar el ritmo pronto, pero sabía que acabaría ocurriendo. Y cuando llegara el momento, tendría a las enfermeras, médicos, cuidadores y a personas como TJ listos para ayudarla cuando más lo necesitara.

Por ahora, vivía en su pequeño apartamento de un dormitorio, nadaba en la piscina casi todos los días y jugaba al bingo los martes.

En su tiempo en Seaside Cedars, había organizado una subasta benéfica, tres campañas de recogida de alimentos para diversas festividades e incluso una serie de conferencias. Recientemente, había organizado una charla con el autor David Dierdrick Zwart, uno de sus escritores de misterio favoritos. Zwart vivía a solo unos cuarenta y cinco minutos de distancia y escribía una exitosa serie de novelas protagonizadas por un investigador privado y su adorable compañero canino que resolvían crímenes por toda la región. Le habían advertido que nunca conociera a sus héroes, especialmente a sus héroes *literarios*, ya que los autores tenían fama de ser extraños. Y en este caso, deseó haber hecho caso. Zwart había resultado ser uno de los seres humanos más arrogantes y desagradables con los que se había cruzado jamás. Aunque sus libros estaban bien escritos, bien documentados y llenos de personajes encantadores, el hombre en sí era insufrible.

Después del evento, incluso TJ, que siempre defendía a todo el mundo y aceptaba profundamente a *todas* las personas, admitió: —Casi preferiría que ese tipo acabara como uno de sus personajes víctimas y apareciera muerto en una playa local.

TJ le había puesto un chorrito extra de Bailey's en su café esa noche, a pesar de que la regañó suavemente por *ser tan borrachina*. Al parecer, estaba estudiando para ser fisioterapeuta y acupuntor, y era mucho más partidario de las medicinas *naturales*. Pero a pesar de la desagradable velada, ella y TJ compartieron una risa y Madge juró no volver a leer otra de las novelas de Zwart.

Así que, en su lugar, se había estado centrando en los eventos de preguntas y respuestas de la comunidad. Y ahora, su parte favorita de la semana era darles una paliza a todos los demás residentes en el brunch de preguntas. Ella misma lo había incluido en el calendario de actividades, y ahora era uno de los eventos con más asistencia de la residencia.

Una vez que todos hubieron encontrado asiento, John comenzó. —¿Quién puede decirme en qué año se hundió el Titanic...?

Una mano se disparó hacia arriba. —¡1912! —exclamó la señora Thompson, una antigua profesora de historia con una memoria impresionante para las fechas.

Madge se sabía esa, pero la señora Thompson ya tenía la mano levantada incluso antes de que John terminara la pregunta.

—¡Correcto! —John sonrió—. Siguiente pregunta: ¿Cuál era el nombre original de la ciudad de Nueva York?

—Nueva Ámsterdam —respondió el señor Collins, un abogado jubilado que rara vez se perdía un brunch de preguntas.

—¡Cierto de nuevo! —dijo John—. Bien, esta puede ser un poco más difícil. Las escaleras de caracol se instalaron en los parques de bomberos para evitar que los caballos subieran al piso superior donde dormían los bomberos y guardaban su comida. Pero, ¿por qué se inventaron las escaleras de caracol en primer lugar?

La sala se quedó en silencio mientras la gente reflexionaba sobre la pregunta. Tras pensarlo un momento, Madge levantó la mano con confianza. No sabía por qué se instalaron escaleras de caracol en los parques de bomberos, pero *sí* conocía su propósito original. —En los

castillos medievales, las escaleras de caracol se inventaron para defenderse de atacantes armados con espadas. El diseño estrecho y retorcido dificultaba que los intrusos diestros blandieran sus espadas con eficacia mientras ascendían.

—¡Es totalmente correcto, Madge! —dijo John—. Bien hecho.

Madge sonrió, sintiendo una cálida sensación de logro. Dio otro sorbo a su mimosa, contenta de estar rodeada de amigos y participando en las actividades que amaba.

El concurso continuó, con preguntas que iban desde las civilizaciones antiguas hasta la historia moderna, y Madge se mantuvo ágil, respondiendo a varias más con facilidad y disfrutando de la camaradería del grupo.

Le encantaba su vida en Seaside Cedars y estaba impaciente por ver qué le depararía el próximo año.

20

—Solo digo —dijo Jimmy— que es tu *madre*.

Lucy agarró el volante con fuerza, tanto que le crujieron los nudillos. —Y yo solo digo que, precisamente porque es mi madre, debería ser yo quien decida si se muda con nosotros.

—En *mi* familia —dijo Jimmy—, no importa si estamos peleados, ni lo grave que haya sido la disputa, ni quién le pegó a quién en el Acción de Gracias del año pasado tras demasiados whiskies. Si es familia, le prestas ayuda de inmediato, sin hacer preguntas.

Lucy suspiró. Esta era una de las cosas que amaba de Jimmy y de su familia. En su familia, la gente podía tener peleas monumentales y discrepar sobre política, religión o cualquier otra cosa, y de algún modo todos seguían reuniéndose al final del día para tomarse una cerveza.

La familia de ella estaba más repartida por el país, no estaban tan unidos. No es que hubiera tenido un altercado masivo con su madre; simplemente quería su propio espacio. Así que, cuando Jimmy se había ofrecido a convertir el garaje en un apartamento para que su madre viviera allí sin consultárselo antes a ella, se había formado una pequeña vía de agua en el casco de su relación. El problema era que Lucy no se ponía de acuerdo para empezar a reparar la fuga y Jimmy no daba abasto a achicar agua.

Salió de la carretera por un largo camino de entrada que conducía al parque de caravanas. —Tenemos que volver a centrar nuestra atención en esto, Jimmy. Por ahora, diré esto: sé que probablemente sea una idea estupenda y acabaremos habilitando el espacio y dejando que se mude. Pero ¿has considerado alguna vez que tal vez yo no quiera a mi madre lo bastante cerca como para que opine sobre mi receta de tortitas, o mi elección de marca de café, a través de la ventana de mi cocina? Estoy en uno de los periodos más difíciles de mi vida, lo sabes. Este nuevo trabajo, y lo de si vamos a tener hijos o no. Todo eso. Quizá no quiera la opinión de mi madre sobre cada pequeña cosa que hago.

Jimmy dijo: —Pero, si *tenemos* hijos, será genial que tu madre esté allí. Puede ayudar. No habría nada que le gustara más.

Lucy estaba exasperada. Como de costumbre, él no captaba la idea. Aparcó frente a una pequeña oficina prefabricada de color marrón y volvió a centrar su atención en el trabajo. —Preguntemos ahí —dijo—. Luego volveremos a la dirección de los cheques de la Seguridad Social.

Mientras Austin entraba en el camino de la residencia donde vivía Jack Ulner, la pantalla de su salpicadero se iluminó. Era Sy.

—Hola —dijo él—, estoy llegando a un sitio donde tenemos que interrogar a alguien y te tengo en manos libres. Kendall también está en el coche.

—Claro, estás trabajando. Siento interrumpir tu jornada. —Sy se disculpó con voz suave y dulce—. Hola, Kendall.

—Hola, Sy —respondió Kendall.

—No te preocupes —dijo Austin.

—Bueno —dijo Sy con torpeza—, no hace falta que hablemos ahora, pero solo quería oír tu voz.

—Lo sé, yo también, y siento que no podamos hablar mucho ahora mismo. —Austin reprimió su frustración por su continuo

fracaso a la hora de conectar por teléfono. No dejaban de perderse las llamadas, y ahora Austin no podía hablar con ella.

—No pasa nada, de verdad —dijo Sy.

—Sí —asintió Austin—. No pasa nada.

De repente, Kendall estalló en carcajadas. —Vosotros dos sois demasiado. Nunca he conocido a una pareja más modesta y humilde. ¿Os imagináis los hijos que tendríais? Serían tan educados. *No pasa nada, cariño. Oh, no te preocupes, cielo.* —Kendall volvió a reír—. Pero en serio, *tendríais* los niños más *buenos* del mundo. Quiero decir, *si* tenéis hijos.

Sy se rió. —Querrás decir *cuando* tengamos hijos.

Esto pilló a Austin desprevenido, pero supuso que probablemente estaba bromeando.

Kendall seguía con la broma. —*Oh, no hace falta que hablemos, amor* —dijo con voz aguda, imitando a Sy. Luego puso la voz grave y ronca, en una mala imitación de la de Austin—. *No pasa nada. El trabajo es lo primero, cariño.* —Luego, de nuevo con la voz de Sy—: *Entendido, cielo mío.*

—Creo que te estás tomando demasiadas licencias poéticas con tu interpretación de nuestra interacción —dijo Austin.

—Simplemente estaba leyendo entre líneas —dijo Kendall.

—Podemos hablar luego, Sy —dijo Austin.

—Podemos intentarlo —respondió Sy.

—Adiós, Kendall —dijo Sy.

Austin finalizó la llamada. —¿Podemos volver al trabajo?

El edificio era una encantadora estructura de dos plantas con un amplio porche envolvente, típico del noroeste del Pacífico. El exterior estaba pintado de un tono amarillo desvaído pero acogedor, con molduras blancas que enmarcaban las numerosas ventanas. Altos y majestuosos abetos de Douglas y cedros rodeaban la propiedad, con sus ramas balanceándose suavemente con la brisa matinal. El porche tenía varias mecedoras y mesitas, sugiriendo un lugar donde los residentes podían sentarse y disfrutar del entorno sereno.

El tejado era muy inclinado, cubierto de tejas oscuras, y las ventanas de la planta superior tenían pequeños toldos para protegerlas de la lluvia frecuente. Las jardineras bajo cada ventana

rebosaban de geranios rojos brillantes e hiedra colgante, añadiendo un toque de color a los tonos terrosos de la granja reformada. El camino de entrada era de grava; pequeños guijarros grises que no coincidían con el tipo encontrado en las víctimas, anotó Austin.

—No sé tú —dijo Kendall, saliendo del coche—, pero a mí esto me parece un poco turbio. ¿Sabes que el negocio de setas de Ben Davis bordea la legalidad, al menos como a su abogado le gustaría hacernos creer?

Austin asintió. —Sí, este también puede ser uno de esos establecimientos semilegales.

En el jardín delantero, un huerto bien cuidado exhibía una variedad de plantas nativas de la región: rododendros, espliego y grupos de helechos. Un banco de madera se encontraba bajo un gran arce, cuyas hojas proporcionaban una sombra moteada. El aire olía a fresco, con un toque de pino y el aroma lejano del estrecho cercano.

Austin llamó a la puerta y una mujer abrió casi de inmediato. Estaba a finales de la treintena o principios de la cuarentena, con el pelo castaño corto, mejillas redondas y pequeñas ojeras bajo los ojos.

—Hemos hablado antes, creo —dijo Kendall—. ¿Es usted Christine?

—Sí, pasen, por favor —dijo Christine—. Como mencioné, soy la hija de la propietaria, pero yo me encargo de la mayor parte del trabajo por aquí últimamente.

—¿Cuánto tiempo lleva esta casa funcionando como negocio? —preguntó Austin.

Había un aroma que impregnaba la entrada y que Austin reconoció como olor a océano artificial. Era fuerte, aunque no desagradable, con un aroma dulce y salobre que contenía notas de yodo, ozono y crema solar. Austin vio un enchufe bajo la pequeña mesa del libro de visitas en el vestíbulo de entrada que tenía un dispensador de fragancia conectado. El pequeño objeto en forma de luz nocturna liberaba una columna de vapor de lo que Austin supuso que era el perfume.

—Oh, mi madre abrió el lugar hace más de quince años —dijo Christine, conduciéndolos a una pequeña sala de estar y ofreciéndoles el sofá, que ambos rechazaron. Una tenue y cursi música de ascensor sonaba por unos altavoces ocultos.

—¿Y cuál es la situación legal de este lugar? —preguntó Kendall.

Christine respiró hondo antes de explicar: —Bueno, este lugar originalmente obtuvo una excepción hace unos veinte años para funcionar como hostal, a pesar de que estaba zonificado como residencial. Cuando mi madre lo compró en 2006, vio una oportunidad y decidió convertirlo en una pequeña comunidad de jubilación. Pasó por todos los canales adecuados y obtuvo el papeleo y las licencias necesarias para que fuera legal como centro de vida para mayores. Estamos clasificados como un hogar de cuidados para mayores de cinco dormitorios, y yo soy auxiliar de enfermería certificada, así que me encargo de gran parte del cuidado diario. Sé que es un poco inusual debido al historial de zonificación, pero lo hemos mantenido todo en regla. Está todo en los registros si necesitan comprobarlo.

—No será necesario —dijo Kendall—. Por ahora, solo nos gustaría hablar con Jack Ulner.

Christine asintió secamente. —Vuelvo en un momento.

Kendall lanzó una mirada a Austin, que él interpretó como: *¿Te crees su historia?*, y Austin se encogió de hombros como respuesta. No conocía los pormenores de la ley en cuanto a instalaciones como esta, pero el lugar parecía bastante agradable; tan bueno como algunos de los centros que había visto en el pasado. Aunque era más pequeño y un poco inusual, la historia probablemente se confirmaría cuando la investigaran.

Un momento después, Christine regresó con Jack Ulner a su lado. Parecía estar a finales de los setenta, pero también podría ser un octogenario saludable. Estaba casi calvo, con unos pocos mechones de pelo sobre las orejas. Llevaba pantalones marrones, y su camisa blanca de botones estaba medio metida por dentro de los pantalones y medio colgando por fuera del cinturón.

—¿Es usted Jack Ulner? —preguntó Austin.

—En efecto, lo soy —dijo el hombre con un brillo en los ojos.

Austin sostuvo una gran bolsa de plástico que contenía su zapato. —¿Reconoce esto?

Ulner se inclinó hacia delante e inspeccionó la bolsa. —Vaya si lo reconozco. Ahí lo pone, claro como el agua: Jack Ulner.

—Pero ¿está seguro de que es su zapato? —preguntó Kendall.

—Esa es la letra de mi mujer, tan cierto como que estoy aquí vivo y coleando, y tan cierto como que ella sigue muerta y enterrada —dijo Ulner—. Dios bendiga su alma, que en paz descanse, y que el Señor me bendiga a mí pronto también, que no veo la hora de estar con ella.

Austin sintió que se le desinflaba un poco el ánimo. —¿Se los quitó alguien, entonces?

—No lo creo —dijo él—. A veces donábamos zapatos viejos, a veces los regalábamos.

—No tenemos constancia de que le haya faltado ninguno de sus zapatos, ¿verdad, Jack? —preguntó Christine—. Debió de ser un par que regaló antes de mudarse aquí.

—Muy posiblemente —dijo él—. Y si vienen a devolverlos, no hacemos reembolsos. —Ulner sonó firme en ese punto.

—¿Y siempre marca sus zapatos? —preguntó Kendall.

—No es un requisito, pero la mayoría de nuestros residentes lo hacen —intervino Christine—. Aunque solo tenemos a unas pocas personas aquí, a veces los residentes tienen zapatos similares y a veces la gente se confunde, ¿saben?

Ulner se sentó en el sofá y se quitó lentamente uno de sus mocasines. Intentó dárselo a Kendall, pero ella no lo cogió, prefiriendo en su lugar agacharse y mirar el interior. —Su nombre está ahí, igual que en el que encontramos —dijo Kendall—. Aunque la letra es diferente.

Ulner asintió de acuerdo. —Eso lo escribí yo mismo. El que tienen es un par más antiguo, con la letra de mi mujer.

Austin se sentó en el sofá y sacó una libreta. Necesitarían obtener todos los detalles, pero si la historia se confirmaba, esto era solo otro callejón sin salida.

Jack Ulner parecía perfectamente creíble y, al fin y al cabo, su historia tenía sentido. Había donado sus zapatos viejos, otro hombre

anciano los había recogido y más tarde había aparecido ahogado bajo el puente de Deception Pass.

Austin dejó escapar un largo suspiro.

No iban a ninguna parte.

Lucy y Jimmy encontraron la pequeña caravana azul de una sola sección bajo un amplio cedro hacia la parte trasera del parque de caravanas. El hombre de la oficina no sabía si los dueños estaban en casa o no, pero había confirmado que el lugar pertenecía a un hombre llamado Terrance Brian Jacoby.

El sendero que conducía desde la oficina hasta las caravanas individuales era del mismo basalto azul y gris que habían encontrado en las chaquetas de múltiples víctimas. Eso confirmaba lo que ya sabían, pero era el hecho de que los cheques de la Seguridad Social de una de las víctimas se hubieran enviado a esta dirección lo que realmente había despertado su interés.

El hombre de la oficina había confirmado sus sospechas, pero no de la forma que esperaban. Helen Virginia Fullman nunca había vivido en la dirección a la que se habían enviado los cheques de la Seguridad Social. Lo extraño era que *sí* había vivido en otra dirección en el mismo parque de caravanas. Habían decidido empezar por la dirección a la que se habían enviado los cheques.

Jimmy asintió y llamó a la fina ventana de cristal de la puerta de la caravana.

—Mantente alerta —dijo Lucy—. Esto podría ponerse feo.

Un momento después, la puerta se abrió y Jimmy se vio asaltado por el aroma de galletas recién horneadas. Allí estaba un hombre, de unos cuarenta años, que vestía un delantal blanco y vaqueros impecables. Tenía el pelo rubio y desgreñado, un rostro atractivo y una sonrisa afable, aunque un poco apagada.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó.

—¿Es usted el señor Jacoby? —preguntó Jimmy.

—El mismo.

—¿Sabe algo sobre una mujer llamada Helen Virginia Fullman?

Lucy observó su rostro con atención mientras se contraía ligeramente.

Él soltó un largo suspiro. —Sabía que esto saldría a relucir en algún momento —dijo con la voz teñida de exasperación—. ¿Son del Departamento del Sheriff de Kitsap?

Jimmy asintió.

Lucy intentaba formarse una opinión sobre el tipo, que parecía perfectamente agradable, como si hubiera estado esperando esta visita.

—Encantado de que pasen para hablar de ello —dijo—. Deberían ir a buscar a mi vecino también. —Señaló hacia una caravana de color amarillo brillante al otro lado del camino—. Se llama Forest. No estoy seguro de si está en casa ahora mismo, pero juntos podemos explicarles toda la situación. —Se dio la vuelta—. Pero primero dejen que saque estas galletas del horno.

21

Era poco frecuente que el equipo tuviera a dos testigos importantes en el edificio al mismo tiempo, pero, hacia el mediodía, eso era exactamente lo que estaba ocurriendo.

Austin se terminó el sándwich de pie en el pasillo y tiró el envoltorio a una papelera pequeña.

—¿Con quién quieres empezar? —le preguntó Lucy.

Antes de que pudiera responder, Kendall dijo: —Empecemos con Ben Davis. Sigo pensando que es nuestro hombre, aunque tengo que admitir que las pruebas apuntan en dirección a Jacoby.

Jimmy se reunió con ellos en el pasillo, con una taza de café en la mano. A su izquierda, Ben Davis estaba en la Sala de Reuniones A, sentado con su abogada, Gretchen Vale. Ella acababa de salir de su rueda de prensa y parecía lista para ir a la guerra por su cliente, el camello de setas alucinógenas.

A su derecha, en la Sala de Reuniones B, Terrence Brian Jacoby estaba sentado junto a su vecino, Forest, y el abogado de este, Kenny Smith. Charlotando y bebiendo refrescos, los tres parecían no desear nada más que la oportunidad de aclarar todo esto. Habían descubierto que Forest era en realidad Forest *Fullman*, sobrino de la mujer hallada en Deception Pass tres años antes, Helen Virginia Fullman.

Lucy dijo: —Austin, tú dirige el interrogatorio de Davis. Kendall, tú limítate a mirarlo fijamente, a ver si consigues sacar de sus casillas al cabrón. Jimmy y yo iremos a charlar con nuestros defraudadores de la seguridad social.

Austin asintió y se dirigió a la Sala de Reuniones A, sentándose frente a Vale. Kendall se quedó de pie en la esquina como se le había indicado, con los brazos cruzados. Davis le dio a Austin la impresión de ser el tipo de hombre que se sentiría mal por no ser capaz de dejar atrás a una mujer en una carrera. A pesar de ser mayor, de estar fuera de forma y de enfrentarse a Kendall, que parecía alguien que bien podría formar parte del equipo olímpico de salto con pértiga, Davis parecía un hombre frágil y superficial. Esperaba que la gélida mirada de Kendall le hiciera perder los estribos y decir algo que no debía. Aunque con Vale allí presente, lo dudaba.

—Bien, Ben —comenzó Austin, manteniendo un tono informal—, hablemos de lo que pasó el día de la inmersión.

Vale intervino de inmediato: —Mi cliente ya les ha contado todo lo que sabe.

—Deme el gusto —dijo Austin, recostándose en la silla—. Solo queremos asegurarnos de que tenemos los detalles claros.

Ben se removió incómodo en su asiento. —Ya se lo he dicho. Carla y yo fuimos a bucear. Ella encontró el cuerpo. Yo ni siquiera me enteré hasta más tarde. Cuando salió del agua parecía disgustada pero —fíjense en esto— no por haber visto un cadáver, como me están diciendo, estaba enfadada *conmigo,* por salir del agua sin la comunicación adecuada. Si encontró un cadáver, por lo que yo vi, no le afectó mucho.

—Sabe —dijo Austin—, es extraño que usted insistiera en ir a bucear exactamente donde estaba el cuerpo. Casi como si supiera que estaba allí. Y más extraño aún es que las piedras encontradas en el abrigo de la víctima coincidan con las de la entrada de su casa.

El rostro de Ben se enrojeció. —¿Has oído hablar alguna vez de la coincidencia? Ni siquiera sabía que habíamos estado nadando con un cadáver.

Vale se inclinó hacia delante, con voz afilada. —Detective Austin, a menos que tenga nuevas pruebas que presentar, solo nos está haciendo perder el tiempo. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Pero supongo que en eso se especializa este departamento. Un asunto sobre el que nuestro querido público se pronunciará pronto.

Austin estuvo a punto de morder el anzuelo, pero se las arregló para mantener la boca cerrada. Miró de reojo a Kendall, que no había movido ni un músculo.

—¿Por qué insistir en bucear en Deception Pass? —preguntó Austin.

—Claro —dijo Ben—. Siempre había querido bucear en Deception Pass. Es conocido por tener algunos de los corales y la fauna marina más hermosos de la región. Y sí, quería salir con Carla porque sabía que era una experta, o al menos eso *creía* antes de que me diera aquel equipo de mierda. Antes de ella, solo había hecho unas pocas inmersiones. Lo que no sabía era que trabajaba de forma ilegal y que era una completa "zorra".

Kendall avanzó lentamente y puso las palmas de las manos boca abajo sobre la mesa, inclinando su espigado cuerpo hacia Davis. —¿Te hace sentir bien llamar así a una mujer solo porque no le gustas?

—Me haría sentir bien llamártelo a ti ahora mismo —dijo él.

—Pues hazlo —dijo Kendall.

Austin los observó mientras se sostenían la mirada y ninguno de los dos hablaba.

Finalmente, Vale intercedió: —Detective Kendall, no sé cómo hacían las cosas en Los Ángeles y, a juzgar por sus índices de criminalidad, tampoco hicieron un trabajo muy bueno allí. Aquí, en el estado de Washington, no irrumpimos en las casas de los ciudadanos por recolectar legalmente unas cuantas setas que pueden o no acabar teniendo algunas propiedades psicodélicas. También le gustaba recolectar rebozuelos, si es que eso le importa.

—Hago una boloñesa de setas impresionante —dijo Ben—. Soy vegano.

—Tenías *que ser* vegano —dijo Kendall.

Austin tocó a Kendall en el brazo, apartándola de Davis. —No importa lo que coma nadie aquí. Lo que importa es el hombre fallecido del que su cliente estaba a solo unos metros y que afirma no haber visto. Un hombre lastrado con grava que coincide con la grava de la entrada de su casa.

—Si me preguntan a mí —dijo Ben, cruzándose de brazos y adoptando una expresión de suficiencia—, deberían investigar más a Carla y al socio silencioso de Carla. Ella tiene una reputación pésima.

Lucy se apartó un rizo de la frente mientras se sentaba frente a Kenny Smith, un joven abogado que representaba al vecino de Jacoby, Forest.

Tanto Forest como Jacoby iban por su segunda lata de refresco y parecían bastante excitados.

Lucy decidió empezar con Jacoby. —Nos dijo al detective Jule y a mí que había una explicación perfectamente razonable para el hecho de que se enviaran cheques de la Seguridad Social a su dirección a pesar de que el destinatario no vivía allí. Somos todo oídos.

Jimmy se sentó a su lado, dejando su taza de café con fuerza. Parecía que intentaba intimidarlos, pero, pensó Lucy, solo parecía un tonto. El café salpicó porque estaba demasiado lleno y se quemó la mano. Mitigó el dolor sacudiéndola con una mueca.

Normalmente, un sospechoso haría algún comentario o se reiría. Pero Lucy tuvo que admitir para sus adentros que estas personas parecían tipos decentes ansiosos por sacar a la luz la verdad.

—Si me permiten —comenzó el abogado—, ya conozco todos los pormenores de este caso porque ya trabajamos en él hace unos años.

—No me importa quién la dé —dijo Lucy—, pero quiero una explicación.

El abogado se aclaró la garganta. —Muy bien, así está la situación. Hace unos cuatro años, unos vándalos destrozaron el buzón de Forest.

—Un par de niñatos gamberros —dijo él—, y ahí fue cuando todo salió mal.

22

—Lo del buzón no fue solo un incidente aislado —continuó Smith—. Siguió ocurriendo. Verá, la tía de Forest, de la que han mencionado que fue hallada muerta bajo el puente de Deception Pass hace unos tres años, vivía con él por aquel entonces. Por eso los cheques de la Seguridad Social se enviaban inicialmente a su dirección. Compartían la misma residencia. —Se inclinó hacia delante, enfatizando su argumento—. El parque de caravanas que, para ser sincero, tiene un mantenimiento pésimo, se negaba a sustituir el dichoso buzón. Había una pelea constante sobre quién iba a pagarlo: si la administración del parque o Forest. Mientras tanto, la tía necesitaba que sus cheques y el resto de su correo importante llegaran de forma fiable, así que, durante un tiempo, lo desviaron todo a la dirección del señor Jacoby porque eran colegas. Estaba justo al otro lado del camino, en el mismo parque. Parecía una solución sencilla y eficaz.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran antes de proseguir. —Ahora bien, cada vez que llegaban los cheques, la señora Fullman los endosaba a nombre de Forest porque él pagaba todas las facturas. Tenían ese acuerdo. Así que, sí, los cheques fueron marcados por tener una dirección extraña cuando se desviaron a la casa del señor Jacoby, pero si se fijan, está justo al otro lado del camino. Todo se hizo de forma legal. La oficina de la

Seguridad Social lo marcó como sospechoso, lo cual es lógico desde un punto de vista burocrático, pero no ocurría nada ilegal ni turbio. Solo intentaban apañárselas en un lugar que no les proporcionaba el mantenimiento básico por el que estaban pagando.

Se recostó en la silla, lanzando a Lucy y a Jimmy una mirada que era a la vez sincera y ligeramente cansada. —Si comprueban los registros y hablan con la gente de por aquí, verán que es exactamente como les digo. Solo un caso de vecinos ayudándose mutuamente en una comunidad que no siempre vela por sus residentes.

—¿Cuál es su versión sobre cómo murió? —le preguntó Jimmy a Forest—. Su tía, me refiero.

—Creo sinceramente que fue un accidente, por muy alocada que estuviera —dijo Forest con voz apesadumbrada—. La tía Helen ya había desaparecido otras veces durante semanas. Por lo general, se iba de viaje. Así que, cuando desapareció esa última vez, seguimos ingresando los cheques pensando que volvería. Al fin y al cabo, seguíamos pagando su tarjeta de crédito y todas sus facturas y demás. Cuando nos enteramos de que había muerto un par de semanas antes, nos quedamos de piedra. —Entrelazó las manos sobre el regazo.

Smith añadió: —Devolvieron los cheques de la Seguridad Social que se habían ingresado inadvertidamente después de su muerte, y el caso se cerró. No es que se guardara en un cajón sin más; se cerró porque en realidad no hubo ninguna irregularidad.

—¿Y las piedras? —preguntó Lucy—. ¿Qué podrían estar haciendo en sus bolsillos? ¿Y por qué estaba ella en la isla de Whidbey?

Forest hizo una mueca y negó con la cabeza. —A la primera pregunta, no lo sé. Era un bicho raro hacia el final. A la segunda, bueno, exploraba por todas partes y todavía conducía por aquel entonces.

—La policía investigó a Forest como sospechoso —dijo Smith—, pero solo brevemente antes de dictaminar que fue un accidente. Él justificó su paradero y eso fue todo.

—Una conferencia de contratistas de tejados —terció Forest—. Soy el mejor de Kitsap si alguna vez necesita un tejado nuevo. —Sacudió la cabeza, aparentemente avergonzado—. En fin, lo que le pasó a mi tía fue trágico. Estaba perdiendo el juicio y no debería haber estado conduciendo. Solo Dios sabe cómo acabó en ese puente.

Jimmy, que había estado escuchando atentamente, sostuvo su teléfono frente a Lucy. Era la misma lista de cheques de la Seguridad Social que Samantha les había mostrado el día anterior. Tal como todos habían afirmado, mostraba que los cheques solo habían sido marcados como sospechosos cuando la dirección se cambió de la de Forest a la de Jacoby. Su historia coincidía perfectamente con las pruebas.

—Perdónennos un momento —dijo Lucy, levantándose.

Austin ya había oído suficiente de boca de Ben Davis.

Empezaba a creer que Davis no tenía nada que ver con este crimen en particular, pero Austin no dudaba de que fuera capaz de delitos peores que vender setas alucinógenas a jubilados.

Cuando oyeron unos suaves *toc, toc, toc* en la puerta, se disculpó. Tres toques significaban que Lucy quería hablar con él. Kendall siguió a Austin al pasillo, donde Lucy les explicó los pormenores de cómo se habían ingresado fraudulentamente los cheques de la Seguridad Social.

—¿Qué te parece su historia? —preguntó Austin.

Lucy reflexionó sobre ello. —A ver, su historia cuadra, supongo, pero es una coincidencia de narices que nuestra primera víctima también tuviera cheques de la Seguridad Social, no robados sino, bueno, de algún modo ingresados de forma fraudulenta.

—La verdad es —dijo Jimmy— que no es tan extraño. Muchos familiares cuidan de parientes ancianos que les endosan sus cheques o piden a la familia que se los cobre. Es simplemente cómo funciona el mundo. Y tiene sentido que la víctima tuviera la grava en los

bolsillos porque, si tenía problemas de memoria, podría haberlas metido allí. Una parte de mí piensa que lo de Fullman *pudo* ser un accidente, y eso seguiría sin descartar que nuestros otros dos casos hubieran sido asesinatos. Menudo lío.

—¿Cómo va lo de Davis? —preguntó Lucy.

Kendall frunció el ceño. —No sé qué me pasa con ese tipo. No consigo ver su culpabilidad en esto, y ahora empiezo a pensar que no es culpable de ahogar a nadie, pero no me importaría enfrentarme a él en una jaula de acero.

Lucy soltó una risita.

—Yo tampoco creo que sea nuestro hombre —dijo Austin.

—Tendremos que dejar marchar a Forest y a Jacoby —dijo Lucy —. Comprobaremos su coartada, pero... —De repente, el rostro de Lucy se puso rojo de rabia y golpeó la pared con la palma de la mano abierta. Tras un silencio incómodo, se volvió hacia el grupo—. Lo siento. Es la frustración. Necesitamos encontrar algo real.

—Te pareces a Ridley cada día más —dijo Austin—. Antes solía pensar que su cara parecía una tetera a punto de hervir cuando se frustraba.

—Quizá necesites algunas de las setas alucinógenas de Davis —dijo Jimmy.

—¿Qué? —Lucy le lanzó a Jimmy una mirada asesina.

—Ya sabes —continuó Jimmy—, vete a bailar algo de Grateful Dead al bosque, para relajarte un poco.

—No empieces conmigo —dijo Lucy—. No querrás que esté «relajada» cuando baje a visitarte a la morgue.

Austin estaba a punto de volver a entrar para continuar el interrogatorio con Davis, pero Samantha le interrumpió bajando apresuradamente por el pasillo. —Ya tenemos el análisis de la grava —dijo—. No coincide.

—¿No coincide con qué? —preguntó Austin—. ¿Con cuál?

—Hemos confirmado con certeza que toda la grava de los bolsillos de la víctima procede del mismo cargamento de basalto. Pero la grava de la entrada de Davis *no* coincide. Se parece, pero no es la misma.

Los hombros de Austin se hundieron. —¿Y la grava del parque de caravanas?

—Esa sí coincide con el cargamento.

—E incluso eso podría ser solo una coincidencia —dijo Kendall—. Vamos a tener que dejar libre a Davis, ¿verdad?

Lucy asintió. —Aun así puede enfrentarse a cargos por el delito de drogas, tal vez por resistencia a la autoridad. Pero eso dependerá del fiscal, y no vamos a poder retenerlo.

Austin tuvo ganas de golpear la pared igual que Lucy, pero mantuvo la calma.

Tenía que volver a entrar y decirle a Ben Davis que era libre.

23

Era evidente que la presencia de Kendall no iba a intimidar ni a la abogada ni al propio Davis, así que Austin la había convencido para que viera la siguiente parte del interrogatorio en un portátil y así poder quedarse a solas con Davis. Como de todos modos grababan todos los interrogatorios, ella podría seguirlo en directo a través de un sistema que Samantha había configurado.

—¿Dónde está la «Z»? —dijo Davis mientras Austin se sentaba de nuevo.

Austin apretó los puños, aunque esta vez no estuvo ni cerca de morder el anzuelo. Se limitaría a ignorarlo.

—No vuelva a llamarla así —dijo Austin con voz calmada pero firme—. No va a ayudar a su caso ni le va a hacer parecer un tipo duro.

—Digo las cosas como las veo —dijo Davis.

—Tengo que decirle —dijo Austin—, y me duele hacerlo, que la grava de la entrada de su casa no coincide en realidad con la grava encontrada en las víctimas.

Una mueca sarcástica cruzó el rostro de Vale. —Así que otra cosa más que este departamento ha hecho mal. No es que importara, porque ya sabíamos que mi cliente no tenía nada que ver con esto, pero me alegra tener ahora otro motivo para que parezcan ustedes unos estúpidos ante la prensa. Para cuando haya terminado con

usted, Austin, estará de vuelta dando la vuelta a las tortitas e inventando nuevas hamburguesas en su pequeño café. Por cierto, estuve allí hace dos semanas. Y digamos que no volveré a cenar allí nunca más.

Austin puso las manos sobre la mesa. —El señor Davis es libre de irse. Ya no es sospechoso en este caso, aunque tendrá que responder por los cargos de posesión de drogas, así como por resistencia a la autoridad.

—¿Qué será lo siguiente? —dijo Davis, poniéndose de pie—. ¿Volver a traerme aquí por cruzar mal la calle mientras me alejo del edificio?

—Gracias —dijo Vale—, pero hay algo más que debo decirle ahora mismo. —Deslizó un teléfono por la mesa.

Austin se quedó mirándolo, pero no lo cogió. —¿Para qué es esto?

—Está desbloqueado —dijo Vale—. Por favor, lea los mensajes de texto que hay ahí.

Austin empezó por arriba, con las entrañas revolviéndosele a medida que avanzaba en el chat.

Carla: ¡Hola, aventurero! 😊

Ben: Hola. Estaba soñando con mi próxima inmersión.

Carla: ¿O sea que no estabas soñando conmigo?

Ben: Eh, vale. ¿Un poco celosa? Apuesto a que tú también estás soñando con tu próxima inmersión.

Carla: Culpable. 🪼

Ben: No puedo creer que dirijas una tienda de buceo, parece el trabajo de mis sueños.

Carla: Realmente lo es. 🪼 Me hiciste hablar de buceo cuando nos conocimos y nunca te pregunté, ¿a qué te dedicas?

Ben: Suministro medicina alternativa a personas mayores. Setas, hierbas y esas cosas. Intento que la gente se sienta mejor pero no con las cosas que los dejan drogados, ¿sabes? Trabajo con medicinas de la naturaleza. 🌿

Carla: ¡Qué guay! Me encanta que te gusten los remedios naturales. ¿Has probado alguna vez el buceo como remedio? 🪼😉

Ben: Jaja, claro, buceo a menudo.

Carla: ¿Ah, sí? ¿Cuál es tu lugar favorito para bucear? 🪼

Ben: Hay muchísimos.

Carla: ¿Has estado alguna vez bajo el puente de Deception Pass? 🪼😉

Ben: He tenido intención de ir.

Carla: ¡Vamos a bucear allí! ¡Vamos! ¡Vamos! 🪼

Ben: Imposible. Dejé mi equipo a mi colega en Cali. 😢 No pensé que me enfrentaría a las aguas gélidas de por aquí tan pronto.

Carla: Yo te doy el equipo. Tienda de buceo, ¿recuerdas? Sería una primera cita genial. 😏

Ben: Ah, sí, tu tienda de buceo. Pero las mareas son una locura allí, ¿verdad?

Carla: ¿Qué pasa, eres un gallina de mar? 🪼

Ben: Eso no existe... pero no. No soy un gallina de mar ni un pepino de mar ni un nada de mar.

Carla: Qué gracioso. Pero voy a necesitar que lo demuestres.

Ben: VALE, VALE, VALE. ¡Vamos a bucear allí! 🦈

Carla: Oh, ¿así que eres un tiburón? Ya lo veremos. Créeme, te va a encantar. Y además, todos los grandes amores empiezan en el agua. Igual que la humanidad. 💙🌊

Ben: Jaja, eso es poético.

Carla: ¡Qué ganas! Te lo prometo, te enseñaré algo que nunca olvidarás. 🪼🦈💦✨

Ben: ¡Seguro que sí!

Austin dejó el teléfono y clavó la mirada en Ben. —¿Por qué no nos dijo desde el principio que fue idea de ella hacer esa inmersión?

—Permítame responder a eso —dijo Vale—. ¿Sabe quién es la única persona que ha estado jugando con usted mejor de lo que usted mismo ha jugado sus cartas, detective Austin?

Ella sonrió. —Yo. Íbamos a merendarnos su departamento en cualquier caso, pero lo está poniendo demasiado fácil. Y le animo a que revise la transcripción. Mi cliente nunca afirmó que fuera idea suya hacer esa inmersión.

Austin se levantó. Suponiendo que ese chat fuera real, habían estado jugando con ellos desde el principio. Lo único es que no tenía ni idea de por qué.

¿Por qué mentiría Carla diciendo que fue idea de Ben hacer esa inmersión? ¿Por qué admitiría estar allí y les daría el vídeo pero no querría que supieran que fue idea suya ir en primer lugar?

Nada cuadraba, y Austin se frustraba por momentos. —Investigaremos la autenticidad de esa cadena de mensajes —dijo.

—Hagan lo que tengan que hacer —dijo Ben—. He dado permiso a mi abogada para que la aplicación de citas entregue la transcripción oficial. Todo se comprobará. Y, por cierto, como señaló mi abogada, nunca dije *realmente* que fuera idea mía ir a Deception Pass. Ustedes lo pensaron, lo asumieron, y yo dejé que siguieran por ese camino. Es una norma que tengo: cuando los agentes de la ley quieren quedar como idiotas, les dejo.

Austin apretó la mandíbula, pero mantuvo la compostura.

Vale sonrió con suficiencia. —Mientras tanto, detective, a menos que tenga más acusaciones sin fundamento, mi cliente se marcha.

Austin asintió con brusquedad. —El señor Davis es libre de irse. Pero no se ponga demasiado cómodo. Estaremos vigilando de cerca.

Ben se levantó con una sonrisa de superioridad grabada en el rostro. —Sé cómo cruzar la calle —dijo sarcásticamente, saliendo con Vale.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Austin relajó lentamente los puños y luego se dirigió a la sala de descanso para buscar a Kendall.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—Buen trabajo, Nueva York. —Su tono era más animado de lo que él esperaba, más animado de lo que él se sentía.

—Tú no lo has hecho mucho mejor, L.A. ¿Y por qué suenas tan optimista?

—Porque en este trabajo es inevitable meter la pata un montón de veces, pero siempre podemos recuperarnos. Además, he llamado a un agente que conozco en Oak Harbor para que se ponga en contacto con Carla. Nos ha mentido. Quiero saber por qué y pronto lo averiguaremos.

El teléfono de Kendall vibró sobre la mesa. —Ah, es él. —Tocó el teléfono, dejándolo sobre la mesa—. Leo, estás en manos libres. Estoy aquí con Austin. ¿Has encontrado a Carla? Podemos estar allí en un par de horas.

—No. —Una voz cansada llegó por el altavoz—. He hablado con una chica llamada Missy, una adolescente. Es la única empleada de la tienda de buceo. Al parecer, solo trabaja en los turnos tranquilos, unas veinte horas a la semana de media.

—¿Y?

—Carla no se ha presentado hoy a trabajar.

—¿Cómo que no ha aparecido? —preguntó Kendall.

—Quiero decir que no está aquí —dijo él—. Nadie puede localizarla. Ha desaparecido.

24

Madge siempre había querido ir a Alaska.

De hecho, le había suplicado a su marido durante años que hicieran el viaje. En un momento dado, incluso había conseguido folletos de una compañía de cruceros y realizado las reservas con la tarjeta de crédito de él. Pero él había insistido en que debían usar el dinero de las vacaciones para ir a algún lugar cálido. —Si tenemos que vivir en el maldito noroeste del Pacífico —había dicho él— y soportar meses de gris, voy a usar mis vacaciones para ir a Florida o Hawái, California o Arizona, o a casi cualquier sitio donde haya sol.

Finalmente, tras años rechazando la idea de un crucero por Alaska, él había cedido y Madge lo había organizado todo. Una semana después, le habían diagnosticado un cáncer cerebral en fase cuatro. Falleció seis meses más tarde, antes de realizar el viaje.

Pero ahora, Madge tenía reservados diez días en el Alaska Dreamliner, un barco de lujo en el que tendría un camarote de primera clase junto con dos de sus mejores amigas de la universidad con las que había mantenido el contacto. Habían planeado esta minirreunión durante los últimos seis meses, y nunca había tenido tantas ganas de hacer un viaje.

Todo el trayecto se haría con todo lujo de comodidades. Servicio de coche de puerta a puerta desde su comunidad de jubilados en

Bainbridge Island hasta el ferry, donde entrarían con el vehículo y, finalmente, la dejarían justo en la zona de embarque del crucero.

El coche llegó puntual, un Lincoln negro. Nada de un taxi normal para ella. La conductora, una mujer que le resultaba vagamente familiar, se bajó y guardó su equipaje antes de ayudarla a subir al coche.

Como era de esperar, una media botella de champán Veuve Clicquot se enfriaba en un cubo de hielo en la parte trasera, acompañada de una única copa.

—Acabo de abrirla hace cinco minutos —dijo la conductora—. Tal y como se solicitó.

Madge se sirvió media copa, dispuesta a desperdiciar el resto. Al fin y al cabo, este podría ser el último viaje importante que hiciera, y pensaba disfrutar cada momento.

El ferry estaba a solo diez minutos de la residencia, aunque esta mañana había un poco de atasco y, para cuando entraron en el ferry, ya se había terminado el champán.

—¿Se quedará en el coche, señora? —preguntó la conductora.

—Sí —dijo ella, y su voz le sonó extraña. Se sentía un poco rara. Mareada. Vio que la conductora la observaba por el espejo retrovisor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella.

—No —se oyó decir, y su voz sonaba como si estuviera borracha. Pero solo había bebido media copa.

—Creo que necesito ir al servicio —dijo Madge.

La conductora no dijo nada, pero se dio la vuelta, observando a Madge de cerca.

¿De qué la conocía? ¿Había sido voluntaria en su residencia? O... No lograba ubicarla, y sus pensamientos se movían ahora con la lentitud de la melaza en invierno.

Madge intentó alcanzar la manilla de la puerta, pero su brazo no se movía. Intentó mover el pie, pero tampoco respondía. ¿Quién era esa mujer? ¿Quién era la conductora? ¿Por qué no podía moverse? ¿Qué estaba pasando?

Madge intentó gritar, hablar, hacer algún ruido, lo que fuera, pero la voz no le salía. Todo se volvía oscuro a su alrededor, y luego más

oscuro todavía.

Intentó mantener los ojos abiertos, pero no pudo.

Y mientras se cerraban y el último resto de conciencia se desvanecía, lo único en lo que podía pensar era: *¿Quién era la conductora y qué demonios estaba pasando?*

25

Tras dejar marchar a todos sus sospechosos, Kendall había convencido a Austin de que necesitaban unas horas para despejar la mente y hablar del caso. Por fin había llegado el momento de volver a reunir a sus cachorros.

Así que él había vuelto a casa a recoger a Run y luego se había puesto de nuevo en marcha para pasar un día en la playa.

Pero ahora era Kendall la que llegaba tarde. Austin estaba sentado en un tronco desgastado por la intemperie, contemplando el Scenic Beach State Park de Seabeck. El sol brillaba con fuerza, bañando el paisaje con un matiz dorado. Desde su posición, podía ver la amplia extensión de orilla arenosa encontrándose con las suaves olas de Hood Canal. El agua centelleaba como un mar de diamantes bajo el cielo azul despejado. Cerca de allí, grupos de familias y amigos se repartían por doquier, extendiendo mantas de picnic y sombrillas; sus risas y charlas se mezclaban con el sonido rítmico de las olas.

Altos perennifolios bordeaban la playa, con sus ramas balanceándose ligeramente bajo la cálida brisa. Unas cuantas gaviotas planeaban por encima, punteando el aire con sus graznidos. La zona de césped adyacente a la playa estaba salpicada de flores silvestres en plena floración, y el aroma del agua salada se mezclaba

con la dulce fragancia de las flores, creando una combinación que hizo que Austin inspirara profunda y satisfechamente.

Run no había dejado de tirar de la correa desde que llegaron, ansiosa por explorar. Finalmente, se tumbó a echar una siesta en la arena mientras Austin sacaba el teléfono y llamaba a Sy.

—Llamas en el momento justo —dijo ella, respondiendo tras el primer tono.

—Hola —dijo él—. Cuánto tiempo sin hablar. Siento como si nos estuviéramos convirtiendo en amigos por correspondencia de texto o algo así.

—Traigo buenas noticias, no obstante —dijo ella—. He recibido la aprobación final. Estaré totalmente jubilada en un mes, con la mitad de mi pensión y libertad para hacer lo que quiera.

Austin contempló el agua. Sonaba muy positiva al respecto. Eso le encantaba de ella. A veces sentía que una oscuridad lo atravesaba o incluso se posaba sobre él. No ocurría tanto como antes de que resolviera el asesinato de Fiona, pero seguía apareciendo de vez en cuando. Ella era un buen antídoto contra eso.

—Me alegro mucho por ti —dijo él.

—¿Y qué te parece?

—¿Qué me parece qué? —preguntó Austin.

—Lo de mudarme allí.

—Ya sabes lo que pienso de eso —dijo Austin. Ya le había dicho que la idea le entusiasmaba.

—Quiero oírte decirlo otra vez —dijo ella—, solo por placer.

—Me encantaría que te mudaras aquí.

—No te preocupes, no intentaré instalarme contigo —dijo ella—. Voy a buscarme mi propio sitio. Estaré de prácticas dos días a la semana en una bodega en el centro de Washington.

Austin vio a una gaviota posarse en un tronco, mirar a ambos lados y emprender el vuelo de nuevo. —Es un trayecto de mil demonios.

—Lo es —dijo Sy—, pero tienen una casa en la propiedad con un garaje y un pequeño apartamento encima donde me puedo quedar cuando esté allí. Será una experiencia de aprendizaje estupenda. Y voy a montar un club de vinos local con Claire Anderson.

Aquello sorprendió a Austin; no sabía que ellas dos estuvieran siquiera en contacto. —Eso suena interesante.

—Es muy divertida —dijo Sy—. Además, me vendrá bien tener una amiga para que no parezca que me mudo allí solo por el guapo y encantador detective de la costa.

—El otro día —dijo Austin, reuniendo por fin el valor—, cuando dijiste «cuando tengamos hijos», ¿ibas en serio?

—No lo sé —respondió Sy—. ¿E ibas tú?

—¿Que si yo iba en serio? —preguntó Austin, confundido—. No fui yo quien lo dijo.

—Ya, solo estaba tratando de ganar un poco de tiempo.

Austin sonrió y se puso en pie cuando Run empezó a tirar de nuevo de la correa. Kendall se acercaba hacia la playa con su propio corgi, Ralph. La emoción de Run ya no podía contenerse.

—Tengo que colgar —dijo Austin—. Kendall ya está aquí.

—No estaréis teniendo un lío, ¿verdad? —preguntó Sy con un deje de diversión en la voz.

—Creo que sabes que soy una persona muy leal —dijo Austin—. Y tú nunca me has parecido celosa.

—Lo sé —dijo Sy—. No lo decía en serio. Quiero decir, sé que no. Estaba... bueno, supongo que me sentía avergonzada por lo que dije de tener hijos. No quería que pensaras que te estaba presionando ni nada, y... bueno, oh, espera, un segundo. Te tienes que ir y me está llamando mi abogado por la liquidación de mi jubilación. Hablamos luego, ¿vale?

No esperó a su respuesta. La comunicación se cortó.

Caminando hacia el este por la playa, Austin y Kendall comentaron un poco el caso, pero tras no llegar a nada nuevo, Kendall sugirió que caminaran un rato en silencio y disfrutaran del paisaje, algo que a Austin le pareció bien.

Él estaba distraído de todos modos. Creía que Sy había bromeado sobre lo de tener hijos, pero sospechaba que la broma

contenía una pizca de verdad. Ella rondaba los cuarenta y Austin pasaba de los cuarenta y cinco. Sabía que si Sy alguna vez *quería* tener hijos, no había tiempo que perder. Así que lo más probable era que su broma fuera una sutil indirecta sobre lo que deseaba para su futuro.

Tras caminar una distancia considerable lejos del aparcamiento, Austin y Kendall se encontraron en una zona más apartada del Scenic Beach State Park. El ajetreo de la zona poblada se había desvanecido, dejando atrás solo los sonidos tranquilos de la naturaleza.

La playa aquí era más estrecha, y los guijarros lisos sustituían a la arena. El agua lamía suavemente la orilla y la luz del sol se filtraba a través de la densa copa de los árboles, proyectando sombras moteadas en el suelo. Los únicos sonidos eran el suave crujido de las hojas y el chapoteo ocasional de un pez rompiendo la superficie del agua.

Soltaron a los perros y ambos salieron disparados como si estuvieran entrenando para las carreras de corgis que a veces se hacían durante el descanso de los partidos de los Seahawks.

Continuando su paseo, bordearon una pequeña cala, pasando por un centro comunitario y un centro de conferencias. La zona boscosa que los rodeaba era exuberante y vibrante, con helechos y maleza que añadían densidad al verdor. El aire era más fresco aquí, cargado con el aroma limpio del pino y la tierra. Austin divisó un ciervo pastando tranquilamente a lo lejos, con las orejas alerta ante cualquier señal de peligro.

—Oh, no —dijo Kendall—. Los perros.

Ella ya se apresuraba hacia la orilla, donde los perros se estaban revolcando en un enorme montón de algas.

En el momento en que los perros vieron a Kendall corriendo hacia ellos, echaron a correr playa abajo.

Austin la siguió. —¡Run! —la llamó.

Ella lo ignoró, siguiendo alegremente a Ralph.

—Creo que tu perro es una mala influencia para Run —dijo Austin, casi alcanzando a Kendall.

—Vamos —gritó ella por encima del hombro—. ¡Disfruta un poco de la vida!

—¡Run, vuelve aquí! —gritó Austin.

Kendall reía sin aliento, encontrándole la gracia a lo absurdo de la situación. —Al menos no han visto a ese ciervo.

—Cierto —asintió Austin.

La persecución continuó; los perros se detenían el tiempo justo para que sus humanos pensaran que tenían una oportunidad de alcanzarlos, solo para salir disparados de nuevo, en una danza cómica de amagos de captura y huidas repentinas.

Llegaron a una zona cerca del límite del bosque donde había un talud particularmente arcilloso y embarrado. Los perros debieron oler algo interesante o les gustó el tacto de la sustancia fría y fangosa sobre su pelaje, porque ambos saltaron inmediatamente y se revolcaron en el lodo con absoluto deleite.

Cuando Kendall se acercó a ellos esta vez, salieron esprintando al unísono, pareciendo dos bultos idénticos de color marrón grisáceo y patas cortas. A Austin le resultaba imposible distinguir a Ralph de Run bajo sus disfraces de barro.

Finalmente, los perros llegaron a un pequeño puerto deportivo donde una mujer con un vestido veraniego blanco salía en ese momento por la puerta. No queriendo mancharse con aquellas *corgi-tástrofes* con patas, se hizo a un lado, permitiendo que los dos perros cruzaran la entrada y entraran en el muelle.

—¡Siento las molestias! —gritó Austin mientras él y Kendall seguían a los perros por el pantalán. Austin olió humo, humo de barbacoa, y siguió a los perros en esa dirección.

Ralph y Run llegaron al final del muelle y, sin dudarlo, saltaron a un barco donde una pareja de mediana edad levantó la vista de su parrilla llena de chuletones.

—Perdón —dijo Austin.

—Ahora mismo los cojo —dijo Kendall, deteniéndose a unos metros de la embarcación.

—No se preocupen —dijo el hombre, dándole la vuelta a un T-bone—. Suban a bordo. ¡Supongo que han debido oler algo bueno!

La expresión de la mujer no compartía la misma hospitalidad; dejó su cerveza sobre el techo de la cabina, fuera del alcance del caos, antes de bajar al interior.

Run se sentó educadamente, mirando al parrillero, mientras Ralph soltaba ladridos agudos entre giro y giro sobre sí mismo junto a Run para demostrar que era capaz de hacer trucos dignos de un filete.

La mujer regresó con una fregona y una toalla grande. Con cara de estar esperando a que pasara la tormenta de patas cortas, se quedó lista para reparar el desastre de barro.

Mientras subía a la cubierta del barco, Austin oyó un ladrido hostil, y luego otro.

—Ese es Milo —dijo la mujer—. El perro está que trina.

—Oh, habla por ti, Millie —dijo el hombre—. Ese perro es mucho ruido y pocas nueces.

—Quiere decir que es perro ladrador, poco mordedor —aclaró la mujer.

Austin sonrió y asintió, luego se giró hacia los ladridos y vio a Milo, encajonado entre los guardamancebos y apoyado con fuerza contra ellos, retenido por la anchura de su chaleco salvavidas naranja especial para perros. Tenía la cabeza asomada sobre el agua, con los belfos goteando babas, ladrando sin tregua a los polizones caninos que estaban en el barco de al lado.

Ralph se movió como el rayo al ver el origen del ruido. Y pensando que podía saltar entre los barcos para enfrentarse a Milo, Ralph se dispuso a dar el salto. Pero los reflejos de Austin estuvieron a la altura. Se interpuso ante Ralph antes de que pudiera llegar a los candeleros detrás de la zona de asientos. Agarrando al sucio animal en pleno vuelo, Austin estrechó a Ralph contra su pecho.

Al retroceder alejándose del borde de la borda con Ralph en brazos, Austin tropezó con una caja de aparejos abierta y sus pies se enredaron con el contenido.

Cayó de espaldas, logrando proteger al perro, pero golpeándose la cabeza con *fuerza* contra el borde de una cornamusa del barco.

La visión de Austin se nubló.

El mundo a su alrededor se oscurecía.

Lo último que oyó fue la voz frenética de Kendall gritando su nombre mientras todo se volvía negro.

26

Austin no estaba seguro de cuánto tiempo había permanecido inconsciente, y no sabía que se podía soñar mientras se estaba totalmente fuera de combate. Pero mientras recobraba el sentido, con Kendall pasándole un paño frío por la cara, recordó cada vívido detalle.

Tras golpearse la cabeza y perder el conocimiento, había tenido ráfagas de muchos recuerdos de la infancia. Volvió a pensar en cuando enterraba los pies de su padre en la playa, pero esta vez sentía como si realmente estuviera allí de nuevo. Revivió la primera vez que probó la sopa de almejas en una cafetería de Bremerton, y le pareció que aún podía saborear y sentir la textura esponjosa de la sopa cremosa.

Vio a surfistas en una playa de San Diego. Y, reviviendo una época en la que vivía en Connecticut, fue a un partido de los Red Sox y a otro de los Yankees el mismo día. Los Red Sox habían jugado por la tarde y, en cuanto terminó, él y su padre condujeron hasta la ciudad de Nueva York para ver un partido nocturno en el Yankee Stadium. No había ninguna razón para hacerlo. Era simplemente algo que su padre había querido hacer y, por supuesto, Austin había estado encantado de acompañarlo.

Y en todos los recuerdos, extrañamente, había un bebé. Austin nunca había tenido un hermano y, a mitad del sueño, se dio cuenta

de que la única explicación para que el bebé estuviera allí era que se trataba de su hijo.

Una sensación de alarma lo invadió como si, mientras se comía su tazón de sopa, de repente hubiera mordido un trozo de cáscara de almeja. Estaba aterrorizado por el bebé y sentía un profundo deseo de protegerlo, pero también estaba aterrorizado por sí mismo. ¿Cómo se había convertido en un niño de doce años, sentado en el Yankee Stadium con un hijo que criar?

En el sueño no había ninguna explicación para aquello, pero mientras emergía lentamente de la inconsciencia, se dio cuenta de que el niño tenía el pelo negro como Sy.

También había tenido sueños sobre otros, y estos habían sido menos viscerales, más parecidos a una pintura en tonos blancos, negros y sepia. Se dio cuenta de que estaba imaginando la infancia de las víctimas, mucho antes de que el propio Austin hubiera nacido.

Finalmente, su padre había flotado por su conciencia, sentado en el centro Evergreen Memory Care en Seattle. En un momento estaba confuso, al siguiente no, pero incapaz de comunicar sus pensamientos, sueños o deseos, salvo en raros momentos de lucidez que no duraban mucho.

—Austin, ¿estás bien? —preguntó Kendall—. Parece que te estás despertando.

Austin parpadeó y entornó los ojos ante el resplandor que rodeaba el rostro de Kendall mientras ella lo miraba desde arriba. —Creo que estoy bien —dijo.

—Te has dado un buen golpe —dijo un hombre con acento sureño. El dueño del barco.

Austin sintió a Run arrastrarse junto a él, con su cuerpo húmedo y embarrado presionándolo. Pensó que estaba comprobando que se encontraba bien, pero no le extrañaría que solo se estuviera restregando contra él para secarse con su cuerpo.

Austin parpadeó rápidamente.

Pensó en cómo sería la vida de una persona de noventa años. Por cuántas épocas habrían pasado: guerras, presidentes, tecnologías e incluso diferentes identidades personales. Durante mucho tiempo, la identidad de Austin había sido detective del

Departamento de Policía de Nueva York, esposo de Fiona, ayudante del fiscal del distrito de Manhattan. Había dado por hecho que esa sería siempre su vida.

Después, y solo podía verlo en retrospectiva, había estado huyendo.

Había corrido hasta Hansville, jurando no volver a involucrarse nunca más en el trabajo policial. Su identidad se convirtió en algo nuevo y desconocido. Luego cambió de nuevo después de haber resuelto el asesinato de Fiona. Por primera vez, sintió que podría forjar un camino totalmente nuevo.

Solo que no tenía ni idea de cuál era ese camino.

Run le lamió la mano, y aquello le ayudó a recuperar la conciencia plena y presente.

Austin alzó la vista hacia Kendall. —Tenemos que volver al trabajo.

27

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo Austin— es localizar a Carla. Y para eso, necesitamos ponernos en contacto con la dueña de la tienda.

Habían ido directamente de la playa a la oficina. Por suerte, tanto Ralph como Run estaban agotados y, tras un manguerazo en el exterior detrás de la comisaría, un buen cuenco de agua y un montón de golosinas, dormían plácidamente en un rincón de la sala. Run le había cedido a Ralph el trono de la cama improvisada que Austin les había hecho con una manta arrugada, y ella yacía con el cuello apoyado sobre el borde, con la barbilla descansando contra el hombro de Ralph.

Se habían puesto en contacto con el sheriff Derby, que no había podido localizar ni a Carla ni a la propietaria legal de la tienda de buceo. Aunque Carla era un miembro conocido y respetado de la comunidad, la dueña de la tienda era un poco ermitaña; una mujer extraña que no figuraba públicamente en ningún negocio, aunque tenía metidas las manos en tres o cuatro, incluida la tienda de buceo.

Kendall dijo: —No sabe cuánto me va a cabrear si resulta que el cabrón de Ben Davis tenía razón. Si Carla o la dueña de la tienda han tenido algo que ver con esto... —Su voz se apagó mientras negaba con la cabeza.

Austin recordó su breve encuentro con Carla y el intenso gato negro. Ella se había mostrado genuinamente asustada y preocupada, y la forma en que se habían desarrollado los hechos en el vídeo hacía que pareciera muy improbable que pudiera haber tenido algo que ver con la muerte del aún no identificado Seabee.

Kendall parecía estar considerando lo mismo. —Trabajé en un caso en Los Ángeles una vez en el que un hombre tenía doble personalidad. Había matado a su mujer y escondido el cuerpo, y luego siguió con su vida cotidiana durante tres días, como si nada. *Situación normal.* Al final del tercer día, regresó a la escena del crimen y llamó para denunciar el asesinato. Por la llamada, parecía que estaba verdaderamente aterrorizado. La policía lo encontró allí, y se quedó estupefacto de que sospecharan de él. Resultó que teníamos un caso sólido como una roca contra él. Lo más extraño que he visto nunca.

Austin reflexionó sobre ello. —¿Se refiere a que era como si hubiera dos partes en él? ¿Una que era un asesino a sangre fría y otra que no sabía lo que había hecho?

—No soy psicóloga —respondió Kendall—, pero así fue como nos lo explicaron varios loqueros. Y el jurado y el juez estuvieron de acuerdo: nada de corredor de la muerte. Está en una prisión psiquiátrica de por vida.

Austin negó con la cabeza. —Espere, ¿en California hay pena de muerte?

—La tienen —dijo Kendall—. Pero las ejecuciones están actualmente suspendidas de forma indefinida.

Austin había pegado fotos de las escenas del crimen a lo largo de la pizarra blanca, y habían pasado la última media hora analizando de nuevo cada aspecto del caso. Jimmy y Lucy habían ido al puente Manette para examinar la escena más de cerca en persona.

Kendall miró su teléfono. —Buenas noticias. Acabo de recibir un mensaje del sheriff Derby. Ha localizado a la propietaria legal de la tienda y ha conseguido que acepte una entrevista en persona. Nos va a conectar por Zoom.

El mensaje contenía un enlace, y Austin se disculpó de inmediato para ir a buscar a Samantha. Diez minutos después, el Zoom estaba

configurado en la pantalla de la pared, con uno de los portátiles de Samantha haciendo las funciones de cámara. Kendall y Austin se sentaron hombro con hombro frente a ella.

El sheriff Derby ya estaba allí y, un momento después, Stephanie Cooper, la propietaria legal de la tienda de buceo, se unió a ellos. Después de que el sheriff Derby le informara de que la sesión sería grabada y que se trataba de un interrogatorio policial oficial, le hizo una serie de preguntas para establecer su relación con la tienda y con Carla.

A continuación, formuló una serie de preguntas relativas a las víctimas y al descubrimiento de los cadáveres. Cooper afirmó no tener ninguna conexión con ninguno de ellos y dijo que podía proporcionarles coartadas sólidas.

A Austin le pareció un caso bastante común de un inmigrante reciente que se asocia con alguien con dinero asentado en la comunidad para dirigir un negocio basado en su experiencia. Pero eso le llevó a plantearse una pregunta.

—Señora Cooper, ¿hay alguna posibilidad de que Carla sea indocumentada?

Ella no dijo nada al principio, pero la expresión de su rostro lo dijo todo.

El sheriff Derby intervino: —Déjeme plantear esto. Usted conoció a Carla en algún momento antes de que existiera la tienda de buceo y supo que era una experta. Se ofreció a montarle el negocio siempre que ella hiciera todo el trabajo y usted se llevara una parte de los beneficios.

Cooper frunció el ceño. —Le di una oportunidad que nunca habría tenido de otro modo.

Estuvieron así, con un toma y daca, durante otros cinco minutos, pero para Austin estaba claro que, aunque la forma de hacer negocios de aquella mujer pudiera parecer depredadora, nada de aquello tenía que ver con los asesinatos.

—La verdadera pregunta —le planteó él cuando el sheriff Derby se quedó sin preguntas— es: ¿por qué ha desaparecido Carla? ¿Y sabe usted dónde está?

—Su desaparición me está costando dinero —dijo Cooper. Miró directamente a la cámara, fijando la vista en Austin—. Y desapareció por culpa de usted y de su compañera. Supuso que, si la encontraban a través de la iglesia y encontraban su tienda de buceo, lo siguiente que harían sería investigar su ciudadanía. La gente como Carla vive con el miedo a la deportación cada día de su vida. Incluso después de haberse integrado en la comunidad. Se marchó porque pensó que la iban a deportar, así que para eso mejor esconderse en otro estado.

Austin supuso que ese era también el motivo por el que había mentido diciendo que había sido idea de Ben bucear en Deception Pass en primer lugar. Sabía que encontrar aquel cuerpo atraería el escrutinio sobre ella, y por instinto había intentado desviar la responsabilidad.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Derby.

Cooper negó con la cabeza. —Creo que está en California. Hemos tenido que cancelar un montón de inmersiones programadas.

—Tres personas han sido asesinadas —dijo Kendall—. Unas cuantas inmersiones canceladas no nos preocupan lo más mínimo. ¿Lo entiende?

La mujer asintió.

—La forma más rápida de avanzar aquí es que usted la encuentre y nos la ponga al teléfono —dijo Austin—. ¿Puede hacer eso?

—Lo intentaré —dijo Cooper.

Media hora después, Austin recibió una llamada de Lucy. Subiendo los pies a la mesa, respondió: —¿Alguna suerte en el puente?

—Vaya a Bainbridge Island —dijo Lucy—. La policía local ha recibido un aviso. Una mujer ha desaparecido. Marjorie «Madge» Evering. Comunidad de jubilados Seaside Cedars, a solo unas manzanas del ferri.

Austin bajó los pies de la mesa de un golpe y terminó la llamada.

—Kendall —Austin se giró hacia ella.

—Lo he oído —dijo Kendall, que ya se había puesto su chaqueta de cuero—. Vámonos.

28

La comunidad de jubilados Seaside Cedars, en la isla de Bainbridge, era una de las mejores instalaciones que Austin había visto jamás. Enclavado entre jardines exuberantes y perfectamente cuidados, el edificio principal era una encantadora mezcla de arquitectura moderna y diseño clásico. Los grandes ventanales ofrecían vistas impresionantes de los bosques circundantes y de las aguas centelleantes de Puget Sound. La comunidad presumía de numerosas comodidades, como un gimnasio de última generación, una piscina cubierta y un spa sereno. Los senderos para caminar serpenteaban entre vibrantes parterres de flores y pintorescos puentes de madera, creando una atmósfera pacífica, casi como la de un complejo turístico.

En el interior, las zonas comunes eran igual de impresionantes. Los techos altos y la abundante luz natural daban a los espacios una sensación cálida y acogedora. Salones decorados con gusto y asientos cómodos invitaban a los residentes a relajarse y socializar. Cada detalle, desde las obras de arte en las paredes hasta la calidad del mobiliario, hablaba de lujo y confort. Era un lugar diseñado para proporcionar no solo un hogar, sino un estilo de vida vibrante y pleno para sus residentes.

Durante el trayecto en coche, Austin se había puesto en contacto con la jefa de administración, una mujer joven llamada Olivia, que

les aseguró que tendría a toda la alta dirección disponible cuando llegaran.

Y Olivia estaba allí para recibirlos en el vestíbulo. —¿Detectives Austin y Shaw?

—Sí —dijo Austin, estrechándole la mano.

Su llamativo cabello pelirrojo y rizado captaba la luz que entraba por un tragaluz, dándole un aura casi de fuego. —Vengan conmigo. Iré a buscar a Jessica, *ella* es la que manda aquí.

Austin creyó notar un matiz de actitud en su tono. —¿Es una jefa muy dura?

—Dura, supongo que sí; dirige este lugar como una unidad militar y nunca se le escapa *nada*.

Austin quiso indagar más, pero no tuvo tiempo, ya que fueron recibidos por Jessica, que caminaba a paso ligero por el pasillo. De una edad comprendida entre los treinta y los cuarenta años, se movía con una gracia que la hacía parecer de otra época.

Tras unas breves presentaciones, Jessica dijo: —Les llamamos en cuanto nos enteramos de que Madge no había llegado a su crucero. Esto no es propio de ella en *absoluto*. Nunca antes se me había perdido un residente. *Tenemos* que encontrarla.

—Hizo lo correcto —le aseguró Austin—, y ya estamos aquí precisamente para eso, para encontrarla.

—Imagino que querrán ver la videovigilancia —dijo Jessica.

—Así es —dijo Kendall.

—He pedido al personal de mantenimiento que saque las grabaciones de esta mañana —dijo Jessica con autoridad—. Deberían enviarnos los videoclips de un momento a otro.

—Bien. —Austin estaba ansioso por verlos.

Alta y esbelta, Jessica llevaba su cabello color marta pulcramente recogido, revelando unas facciones delicadas y un comportamiento sereno. Sus ojos tenían un anillo dorado alrededor de la pupila que se desvanecía en un llamativo tono verde y transmitían tanto una aguda inteligencia como, por la forma en que saltaban de un miembro del personal a un residente, de Austin a una sutil mancha en la alfombra, hacían pensar a Austin que no había ni un solo detalle que pasara por alto.

Dejando atrás a Olivia, Jessica los condujo de vuelta a su despacho, donde se sentó, cruzó las piernas y puso las manos sobre la mesa. —El nombre completo de la residente es Marjorie Evering. Todo el mundo aquí la llama Madge. Iba de camino a un crucero y le pedimos un servicio de coche como de costumbre. Eso fue esta mañana, sobre las nueve. Recibimos una llamada de los amigos que debían reunirse con ella en el barco. Nunca apareció. Entonces llamamos a la policía local.

—Y ellos nos llamaron a nosotros porque ya estamos trabajando en múltiples casos de ancianos desaparecidos —dijo Kendall.

Austin notó que no dijo «fallecidos», probablemente para no alarmar a Jessica. Lo cierto era que Austin no tenía ni idea de si esta desaparición estaba siquiera relacionada con sus víctimas, pero era una pista tan buena como cualquier otra en ese momento.

—Necesitaremos el nombre del servicio de coches —dijo Austin.

Jessica deslizó un papel sobre el escritorio. —Toda la información está ahí. Tienen un equipo de conductores rotativo. He llamado yo misma y me han dicho que uno de sus conductores más nuevos atendió el aviso esta mañana. Por supuesto, han intentado localizarla en su móvil y en un número fijo que tenía registrado y no han obtenido respuesta. No tenemos ni idea de qué se trata. Podrían estar muertos en una zanja en algún lugar después de haber tenido un accidente de coche o... —Se interrumpió.

Austin intentó dar una nota de consuelo a su voz, pero tenía una corazonada que quería seguir y debía ser directo. —Como ha dicho la detective Shaw, hemos estado investigando una serie de delitos contra ancianos. No sabrá por casualidad algo sobre un hombre llamado Jack Ulner.

—Ese nombre me suena —dijo Jessica.

Poniéndose en pie, se acercó a un archivador que había detrás de su mesa y empezó a hojear unos papeles con cuidadosa precisión. —Aquí está —dijo—. Vivió aquí de 2020 a 2022. Se trasladó a un pequeño centro en Poulsbo, según el expediente. —Le mostró a Austin una foto y era el mismo Jack Ulner que habían conocido en el pequeño centro de Poulsbo, el hombre cuyo zapato

había acabado en su Jane Doe, y luego en las aguas bajo el puente de Deception Pass.

—¿Por qué se marchó de aquí? —preguntó Austin.

—A mí no me contrataron hasta el año pasado, así que no le conozco personalmente, pero... —Jessica continuó hablando, aunque ahora en un tono más bajo—, por lo general la gente solo se va de aquí de dos maneras: con los pies por delante o con los bolsillos vacíos. Por desgracia, suelen ser ambas. Madge, sin embargo, está tan sana y es tan rica que no espero que tenga que irse nunca. —Jessica casi sonrió, pero entonces una expresión sobria se apoderó de su rostro—. Si la encontramos y la traemos a casa, claro está.

Austin levantó una mano, con la mente a mil por hora. —¿Sus empleados de aquí —dijo—, hay alguien que haya estado actuando de forma extraña últimamente? ¿Alguna nueva contratación o empleados que se hayan ido de repente?

—Tendría que hablar con nuestra directora de Recursos Humanos, Sandra, para darles detalles de ese tipo. Siempre estamos contratando gente nueva para la cocina y los jardines. Es difícil retener a alguien en el puesto hoy en día. Nuestra plantilla principal ha sido bastante estable, pero también tenemos algunos voluntarios.

—¿Tienen fotos de sus empleados y voluntarios? —preguntó Kendall.

—Las tenemos —dijo Jessica—. Guardamos copias digitales de las fotos que imprimimos en las tarjetas de identificación de todos. Síganme. —Se levantó y los condujo por los pasillos del centro hasta una zona de estar que tenía una puerta a la derecha—. Esperen aquí un momento y lo comprobaré. —Desapareció tras la puerta.

Austin le dijo a Kendall: —Apuesto todo lo que más quiero a que alguien implicado en este caso trabaja aquí. —Caminaba ansioso, esperando a que Jessica regresara.

—Estoy de acuerdo —dijo Kendall. Se había detenido ante una gran pared cubierta con un cartel que decía: *¡Celebremos a Nuestros Fabulosos Empleadoos!*

Austin pensó que la «o» de más era probablemente una errata y no algo puesto a propósito para dar énfasis.

Debajo del cartel había una serie de fotos con los nombres o apodos de las personas escritos debajo, y cuando Austin notó que Kendall las escaneaba, se unió a ella. De repente, Kendall se abalanzó hacia delante y señaló la foto de un hombre que hacía el signo de la paz con los dedos en la esquina inferior derecha de la página.

Austin lo reconoció. —¿No es ese... cómo se llama?

—Vaya que si lo es. Jacoby.

—Oh, maldita sea —murmuró Austin—. ¡Maldita, maldita *maldita* sea! —Era el hombre que se había ofrecido voluntario para que su vecino, Forest, recibiera los cheques de la seguridad social de su tía en su caravana. El hombre al que habían dejado marchar.

Austin hizo pasar a Kendall a la sala sin molestarse en llamar. Allí encontró a Jessica y a Sandra, la directora de Recursos Humanos, intentando abrir los archivos de fotografías de los empleados. Ninguna parecía saber cómo funcionaba su propio sistema.

—Jessica —dijo Austin, con voz dura y exigente—. ¿Tienen a un empleado aquí llamado Terrence Jacoby?

Sandra, una mujer filipina esbelta, se levantó. —Claro. TJ. Hoy ha llamado para decir que estaba enfermo. Creía que era Covid. Se le oía bastante mal, así que le dijimos que se hiciera una prueba. Todavía tenemos protocolos bastante estrictos respecto al Covid aquí, qué pesadilla. A todas las mujeres les encanta TJ. Y nunca falta a las reuniones del club de lectura. Eso me recuerda que tengo que conseguir a alguien que le sustituya; las lectoras se molestan mucho cuando la trama se desvía.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —preguntó Austin.

—Es un veterano aquí, ¿verdad? —Jessica dirigió su pregunta a Sandra.

—Lleva años trabajando aquí —asintió Sandra.

El ordenador emitió un pitido. —¿Son esas las fotos de los empleados? —preguntó Austin—. No creo que ya nos hagan falta.

—No —dijo Sandra, sentándose ante su ordenador—, es el vídeo de vigilancia. Lo ha enviado mantenimiento.

Se amontonaron alrededor de su ordenador y observaron mientras se reproducía el vídeo. Allí estaba Madge, una mujer que

parecía vivir unos veinte años por debajo de su edad real, saliendo por la puerta principal y subiendo a un sedán negro. El conductor o conductora se las había arreglado para mantenerse de espaldas a la cámara mientras metía las maletas de Madge en el maletero, y parecía hacerlo a propósito.

Austin sacó su teléfono y envió rápidamente un mensaje de texto con las matrículas a Samantha allá en la oficina, manteniendo un ojo fijo en la pantalla.

—Detén el vídeo —instruyó Kendall.

Sandra pulsó la barra espaciadora de su teclado y el vídeo se detuvo en el rostro de la morena que conducía a Madge Evering, un ángulo lateral captado a través de la ventanilla mientras salía del aparcamiento.

—Conocemos a esta mujer, Austin —dijo Kendall.

—Sí —dijo Austin. Se volvió hacia Jessica—. ¿Conoce *usted* a esta mujer? Y, de ser así, ¿puede decirnos cómo podría estar relacionada con TJ?

—No la he visto en mi vida —dijo Jessica.

—Yo tampoco —coincidió Sandra.

—La mujer se llama Christine —dijo Austin—. Dirige una pequeña casa de acogida para adultos en Poulsbo. ¿Le ayuda eso a reconocerla? ¿Podría TJ trabajar también para otra empresa cuidando a gente?

—Como he dicho, no he visto a esa mujer en mi vida —dijo Jessica—. Y TJ acepta cada turno extra que tenemos para darle. No veo cómo encontraría tiempo para trabajar en otro sitio. Probablemente gane algo comparable a mi salario con la cantidad de horas extras que decide hacer. No me extraña que hoy esté enfermo en casa. Trabaja demasiadas horas para nosotros, si me preguntan a mí.

Sandra se inclinó para observar mejor el fotograma congelado. —¿Ha dicho que se llamaba Christine?

—Sí —dijo Kendall.

—Christine es un nombre bastante común. Pero todas las ancianas de aquí tienen celos, o al menos fingen tenerlos, de la novia de TJ. He oído que también se llama Christine. Nunca la he

conocido, pero por las imágenes de vigilancia, parece que podría ser el tipo de TJ.

—¿En qué sentido? —preguntó Jessica.

—Bueno, ¿ya saben cómo está siempre flirteando en broma con las señoras de pelo blanco de por aquí? —continuó Sandra—. Siempre corta el rollo diciéndoles que no debería haberlas alborotado porque, en realidad, prefiere a las morenas.

La mente de Austin iba a toda velocidad. La mujer que conducía el vehículo se parecía definitivamente a Christine, la de la casa de acogida para adultos. Pero Austin estaba seguro de que todavía se le escapaba algo.

No podía estar en dos sitios a la vez, pero sabía que alguien debía registrar la casa de TJ y alguien debía visitar la casa de acogida donde Christine trabajaba y vivía. Probablemente, los dos estaban compinchados. Austin pensó en Hank Butterfield, Helen Virginia Fullman y su víctima desconocida por ahogamiento. Su instinto le decía que había un aspecto financiero en todo este caso. Y ahora Madge Evering, que, según Jessica, era rica.

Consideró muy probable que TJ, Christine y posiblemente incluso el vecino de TJ, Forest, hubieran estado trabajando juntos para estafar a los mayores de su comunidad desde hacía tiempo.

—Jessica, por favor, envíenos todo lo que tenga en su expediente —dijo Kendall—. Cualquier evaluación que hicieran, su fecha de contratación, absolutamente todo. Cualquier conexión especial que tuviera con los residentes. *Cualquier cosa*. —Sacó una tarjeta y se la entregó—. Envíemelo por correo electrónico ahí, con urgencia.

Sin decir ni una palabra más, Austin salió apresuradamente, arrancando la fotografía de TJ de la pared de la lista de *Empleadoos* de camino a la puerta.

Kendall iba pegada a sus talones.

29

Quince minutos después, cruzaban el puente, dejando atrás la isla de Bainbridge, pasando por el casino Suquamish a su izquierda y entrando en Poulsbo.

Habían llamado a Jimmy y a Lucy, que se dirigían a la residencia de adultos de Big Valley Road, mientras Austin y Kendall, que iban al menos veinte minutos por detrás, intentarían conseguir una orden de registro para la casa de TJ durante el trayecto para reunirse con ellos.

Ya habían enviado agentes a su residencia, quienes habían confirmado que no parecía haber nadie en casa y esperaban listos para ejecutar la orden en cuanto se les notificara.

Austin lo había intentado con tres jueces distintos y ninguno estaba dispuesto a conceder una orden sin mucha más información por escrito. Un juez incluso le dijo: —El último tipo que trajo, Ben Davis, está presentando cargos contra su departamento por acusación maliciosa, además de una demanda por la Cuarta Enmienda, así que no, señor Austin, no le daré una orden de registro.

Tampoco habían recibido noticias de Jessica todavía, aunque Austin sabía que les llevaría algo de tiempo reunir los archivos, especialmente dado que no parecían entender su propio sistema informático.

Samantha había sido mucho más rápida en encontrar más información sobre Madge Evering. Mientras conducían, Austin escuchaba con atención la voz de Samantha que salía por el manos libres del coche. Había conseguido desenterrar los registros financieros de la octogenaria. —Austin, esta señora es lo que los jóvenes llamamos «asquerosamente rica» —empezó Samantha—. Tiene varios millones de dólares repartidos en cuentas de ahorro, cuentas corrientes y cuentas de inversión. Estamos hablando de una fortuna importante. Su cuenta corriente *por sí sola* tiene un saldo que sería un fondo de jubilación muy holgado para la mayoría de la gente. Tiene inversiones significativas en acciones de primer orden, bonos y una cartera diversificada que ha sido bien gestionada. También hay varias propiedades inmobiliarias a su nombre, entre ellas algunas de alquiler que generan unos ingresos constantes. Su patrimonio neto se sitúa claramente en el rango de las decenas de millones.

—Y se aloja en la comunidad de jubilados más lujosa de la isla de Bainbridge —añadió Austin.

—Con esa cantidad de dinero, esto podría ser una situación de secuestro para pedir rescate —dijo Kendall.

Austin pensaba lo mismo. —Las otras tres víctimas eran bastante pobres y no tenían muchos amigos ni familia. Eran, en muchos aspectos, los más vulnerables entre nosotros. Madge es lo opuesto. Con una posición financiera muy desahogada, es muy conocida en la comunidad y en su residencia de ancianos.

—Es exactamente lo contrario a las otras víctimas —asintió Kendall—. Samantha, ¿quiénes son los beneficiarios de su testamento, de su patrimonio, si ella muere?

—Espera un segundo —dijo Samantha. Tras un momento, volvió a la llamada—. No tengo ninguna información sólida sobre eso, pero en el papeleo que hemos podido conseguir, su testamento seguía siendo el mismo que había redactado con su marido hace más de una década.

—Mira a ver si puedes encontrar algo más —dijo Austin antes de terminar la llamada.

—Llamaré a Jimmy y le daré nuestra hora prevista de llegada —dijo Kendall.

30

—Están a unos quince minutos —dijo Jimmy, terminando la llamada.

Lucy iba a cien kilómetros por hora por Big Valley Road y pegó un frenazo brusco antes de girar a la izquierda para entrar en el largo camino de entrada. —Ellos también deben de venir echando leches para llegar aquí. Podemos echar un vistazo sin ellos —dijo—. Estuvieron aquí el otro día y no creo que el nivel de peligro sea muy alto.

Frenó en seco junto a una camioneta marrón y saltó del coche, con Jimmy pisándole los talones. Al llegar arriba de los escalones, llamaron a la puerta.

Nadie respondió.

Jimmy se había alejado por el porche y estaba echando un vistazo por algunas ventanas. —Las luces están encendidas y oigo música lejana. Definitivamente hay gente dentro.

Lucy volvió a llamar, esta vez más fuerte. Esperó unos segundos y luego giró el pomo de la puerta principal. —Está abierta.

Lucy desenfundó su arma y Jimmy hizo lo mismo; ambos se movían con una precisión ensayada. Despejaron la entrada con pasos silenciosos y medidos. La casa estaba en un silencio sepulcral, a excepción del débil murmullo de la música distante.

En la pequeña cocina, las encimeras estaban despejadas y el amplio fregadero de porcelana estaba vacío. Continuaron avanzando

y revisaron tres habitaciones de la planta baja. Todas las puertas estaban cerradas con llave y no provenía ningún sonido de su interior.

Subieron las escaleras con Lucy a la cabeza y Jimmy justo detrás de su hombro. Otras dos puertas cerradas los recibieron en la segunda planta.

Finalmente, llegaron a una estrecha escalera que subía al desván. Lucy hizo una pausa al oír el crujido de las tablas del suelo arriba. Intercambió una mirada con Jimmy, quien asintió cuando ella señaló hacia arriba.

Subieron los peldaños con cuidado, y cada uno protestaba con un crujido sordo bajo su peso. Los sonidos de arriba se hicieron más fuertes, más nítidos. Algo o alguien estaba allí arriba.

Lucy apretó el arma con más fuerza, con todos los sentidos en alerta máxima, preparada para lo que fuera que los aguardara en el desván.

Madge no sabía dónde estaba, y no tenía ni idea de cómo había acabado atada a una silla de ruedas en aquel sótano. ¿Y qué era aquel olor? Al recobrar el conocimiento, su confusión y su miedo se transformaron en un horror que nunca antes había conocido. Había sido drogada y secuestrada.

TJ estaba allí, el amable asistente que a menudo le servía un poco más de champán. ¿Y quién era esa mujer? Sí, era ella. La conductora que la había recogido esa mañana. Pero ¿qué estaban haciendo? ¿Y dónde estaban?

Frente a ella, una escalera parecía conducir a la planta baja del edificio en el que se encontraba. A su derecha había una puerta que llevaba a otra sección del sótano. Y a su izquierda, TJ y la conductora habían estado entrando y saliendo, sacando algunas cajas y bolsas por otra puerta que parecía subir unos escalones hacia el exterior; dejaba entrar un poco de luz solar cada vez que la abrían.

Intentó girar las muñecas contra la cinta americana, pero fue en vano. A pesar de las clases de aquagym a las que asistía tres veces por semana, no era lo bastante fuerte para romper esa cinta.

Pero ¿qué querían de ella?

Y ¡Señor bendito!, ¿qué era aquel olor tan terrible?

—¡Policía del condado de Kitsap, abran! —gritó Lucy, golpeando la puerta del desván. No hubo respuesta, pero volvió a oír el crujido de las tablas del suelo.

—Puedo echar abajo esta puerta de una patada —susurró Jimmy —. ¿Quieres que lo haga?

Lucy asintió. —Ves, no es tan difícil consultarme antes de que comience la demolición.

—Lucy-o-melodrama —dijo Jimmy mientras se colocaba delante de ella frente a la puerta—. Una demolición y una obra no son lo mismo.

Sujetándose a la barandilla con una mano, Jimmy se inclinó hacia atrás, luego levantó la pierna y propinó una violenta patada justo a la derecha del pomo. La puerta se resquebrajó y se abrió de golpe. —Y que tu madre esté con nosotros *podría ser* algo maravilloso —dijo mientras él y Lucy entraban rápidamente por el umbral en una sincronización perfectamente ensayada.

Entraron en la habitación espalda con espalda, con las armas listas.

A Lucy se le cortó la respiración cuando una mujer mayor se incorporó de golpe en la cama situada en el centro de la habitación. Llevaba un camisón largo acolchado y parecía confundida.

—Policía del condado de Kitsap —ladró Lucy—. ¿Hay alguien más en la habitación?

—No sé dónde está Christine —dijo la mujer—. Sencillamente no sé dónde está.

—La habitación está despejada —dijo Jimmy—. No hay más puertas.

Lucy lo confirmó con un rápido vistazo por el cuarto. —¿Hay alguien más en esta casa?

—Por supuesto —dijo la mujer con voz dulce y algo confundida—. Muchos. Siempre los hay.

—¿Cómo se llama, señora? —preguntó Jimmy.

—Crystal —respondió ella, y luego pareció quedarse pensando un rato—. Crystal Jackson.

—¿Es usted residente aquí? —preguntó Lucy.

—Por supuesto que no. Soy la dueña —dijo la mujer—. Mi hija Christine se encarga ahora del día a día. —Se levantó de la cama despacio y se miró su ropa de dormir de colores pastel rosa, amarillo y naranja, riendo entre dientes para sus adentros—. Supongo que yo también me estoy haciendo vieja, ¿verdad?

Lucy estaba un poco desconcertada por la mujer. Crystal parecía tener unos sesenta y muchos o setenta y pocos, pero se movía, actuaba y *vestía* como si tuviera noventa.

—¿Saben si la señorita Sampson ha tomado sus medicinas hoy? —preguntó Crystal—. A Christine siempre se le olvidan las medicinas.

—Esto es lo que va a pasar... —comenzó Lucy.

Pero Jimmy la interrumpió. —Hola, Crystal. Encantado de conocerla. ¿Puede bajar y enseñarnos dónde está todo el mundo?

—Sí. Será mejor que bajemos a ver si la señorita Sampson ha tomado su medicación. ¿Y qué hay de Jack? ¿Ha tomado la suya? Ya saben que necesita su medicina para la tensión. —Soltó una risa cansada—. No queremos que le dé un ictus bajo nuestra responsabilidad.

Lucy supuso que debía de estar hablando de personas que *solían* vivir allí. Estaba claro que su memoria fallaba de algún modo, y parecía genuinamente confundida, a menos que fuera una actriz excelente.

Jimmy le ofreció su brazo a Crystal y, como el hijo perfecto, la guió con suavidad hacia la escalera. Girándose sobre el hombro, miró a Lucy y le dedicó un guiño y una sonrisa. Ella le devolvió la sonrisa con una mueca burlona. Era el parangón de la descendencia masculina.

Jimmy volvió a dirigirse a Crystal. —Llévenos a donde esté la gente —dijo, y empezaron a bajar las escaleras.

31

El olor estaba empeorando.

El oído de Madge nunca había sido el mejor y, de alguna manera, su audífono había desaparecido mientras ella estaba k.o. en el Lincoln. El aparato solía estar bastante bien sujeto, así que supuso que sus captores se lo habían quitado. Pero incluso sin la ayuda auditiva, aún podía percibir las notas de preocupación en sus voces.

Habían dejado de ir de un lado a otro con cajas y ahora estaban acurrucados a pocos pies de ella, charlando urgentemente sobre algo.

Madge solo deseaba que hubiera sido el sentido del olfato el que la hubiera abandonado, en lugar del oído. El hedor era casi insoportable. Un par de veces, TJ había abierto la puerta de la otra zona del sótano. Desde su ángulo, Madge no podía ver el interior, pero podía oler lo que fuera que hubiese allí al fondo. Orina, heces, basura podrida y ese olor húmedo, polvoriento y rancio tan común en los sótanos. Todo mezclado en un aroma que revolvía el estómago.

TJ señaló el techo, indicando algo que estaba encima de ellos. Entonces la mujer le mostró su teléfono. Madge no podía ver la pantalla, pero la forma en que la miraban la hacía pensar que no les gustaba lo que veían. De repente, TJ se apresuró hacia Madge y

empujó la silla de ruedas hacia el umbral que llevaba a las escaleras de la parte trasera del edificio.

Ahora que estaba cerca de ambos, podía oírles hablar.

—Encierra a los otros —dijo TJ.

La mujer respondió: —Dame las llaves. *Tú* tienes las llaves.

Atolondrado, TJ buscó en sus bolsillos y le entregó unas llaves. La mujer no dejaba de mirar hacia la escalera que bajaba desde el primer piso. Eso le dio a Madge la idea de que había alguien en la casa. Alguien a quien habían oído. Quizás incluso tenían cámaras de vídeo que aparecían en sus teléfonos. Había visto algo así en un episodio de Ley y Orden.

En cualquier caso, estaban preocupados, y eso la inquietaba aún más. *¡Dispara al rehén!* Eso era lo que había dicho uno de los terroristas en una película que había visto recientemente. Cuando la policía está cerca, lo único que se puede hacer es disparar al rehén. No querían dejar testigos.

Pero no le dispararon. Mientras la mujer cerraba con llave la puerta de la zona de donde salía el hedor, TJ subió la silla de ruedas por los seis escalones y la sacó del sótano hasta el patio trasero. Aunque era capaz de ver y oír algo, apenas tenía fuerzas para mantenerse erguida en la silla. Cualquier veneno que le hubiesen dado todavía le impedía usar su cuerpo a pleno rendimiento.

En el césped, una furgoneta blanca estaba aparcada a solo unos pies de la puerta. TJ la llevó rodando justo hasta ella, luego la trasladó a través de la gran abertura lateral mediante una suave maniobra de levantamiento y giro antes de empujar su torso con fuerza. Esto la lanzó en una voltereta descontrolada hasta que acabó con los pies dentro del vehículo y el rostro pegado al frío suelo de metal en la parte trasera de la furgoneta, que solo tenía un asiento junto a una pequeña ventana cuadrada.

TJ cerró la puerta a toda prisa, dejando atrás la silla de ruedas vacía. Desapareció y solo un momento después reapareció, subiendo de un salto al asiento del conductor mientras la mujer se unía a él en el asiento del pasajero. Al parecer, ya habían hecho lo que habían venido a hacer.

Mientras TJ maniobraba lentamente para salir de detrás de la casa, Madge vio que las cajas y los papeles que habían cogido estaban esparcidos por la zona de carga de la furgoneta.

Igual que ella.

Austin dio un giro brusco a la derecha por la 305 y, unos minutos más tarde, giró hacia Big Valley Road.

—¿Qué se nos puede haber pasado por alto en este sitio antes? —preguntó Kendall tras un largo silencio.

—No lo sé —dijo Austin—. No tengo ni idea.

Había estado recordando su visita allí y cómo la conversación con Sy que mantuvo en el coche justo antes de entrar le había distraído ligeramente. Kendall había mencionado que tenían a los bebés más educados del mundo, y Austin se preguntaba ahora si esa pequeña distracción le había hecho pasar por alto algo sobre Christine o Jack Ulner.

—No lo entiendo —dijo Kendall—. Supongamos que la desaparición de Madge está directamente relacionada con TJ y las tres muertes que conocemos. El modus operandi no encaja.

—Mi corazonada es que esto podría ser una especie de escalada. Suponiendo que esto conecte con Forest y el asunto del fraude de los cheques de la seguridad social, y que a todos nos tomaran el pelo y él y TJ sí tuvieran algo que ver con la muerte de su tía, la desaparición de Madge es subir el nivel. No sé cómo piensan conseguir su dinero, pero eso tiene que ser lo que buscan.

Lucy se tapaba la nariz con la camiseta, lo cual no servía de la más mínima ayuda. Conocía el olor de la muerte, y eso era parte de lo que percibía, pero había algún otro olor mucho peor que provenía del lado izquierdo del sótano.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Crystal.

La habitación donde se encontraban era un espacio de sótano estándar con un suelo de sellador epoxi hecho para parecer una orilla del mar. Jimmy, Lucy y Crystal caminaron unos pasos desde la base de la escalera, donde estaban sobre la "arena", hasta la parte donde empezaba el "océano" hacia el centro de la habitación.

A la izquierda, había una pared que parecía haber sido construida recientemente. Lucy creyó oír un ruido sordo proveniente del espacio detrás de ese muro. A su derecha había una puerta cerrada que parecía conducir a unos escalones hacia el patio trasero.

—Sí, ¿dónde está la gente que necesita su medicina, Crystal? —preguntó Jimmy.

—Ah, es cierto. Christine y ese terrible TJ hicieron algunas reformas por aquí. Este debe de ser el camino a sus habitaciones —dijo Crystal, señalando la puerta en la pared interior a la izquierda—. ¿Dónde estarán esas llaves? —Empezó a palparse los bolsillos de su prenda.

—¿Qué hay ahí atrás? —preguntó Jimmy.

Crystal miró la puerta de la pared exterior, un poco confundida. —Oh, solo malas hierbas, estoy segura. Ahora, no me juzguéis si salís ahí fuera. No soy muy dada a la jardinería. ¡Ah!, apuesto a que están aquí arriba.

Lucy fue a la puerta exterior e intentó girar el pomo. Estaba cerrada. Cuando se volvió hacia Jimmy, vio a Crystal recuperar la llave de la parte superior del marco de la puerta y deslizarla fácilmente en la cerradura, empujando suavemente la puerta para abrirla.

Lucy no podía ver el interior de la habitación desde donde estaba, pero oyó ruidos de pies arrastrándose y gemidos que venían de esa dirección, sonidos que la golpearon como un puñetazo en el estómago junto con una nueva ráfaga de aquel olor terrible, terrible.

De pie en el umbral, Crystal lanzó un grito desgarrador antes de perder el conocimiento, cayendo en brazos de Jimmy.

—¡Lucy, entra aquí! —llamó Jimmy, con tono urgente.

Justo entonces, Lucy oyó cómo la puerta de arriba de las escaleras se cerraba de un portazo, y el triángulo de luz que había

iluminado el sótano desapareció, dejándolos en total oscuridad. Al portazo le siguió lo que parecieron ruidos de cerraduras echándose.

—Tranquilos, estamos aquí para ayudar —arrulló la voz de Jimmy suavemente en respuesta a los ruidos y los gemidos.

Lucy pensó que debía de estar abriéndose paso en la habitación, aunque no podía verle. —¡Jimmy, espera!

El sonido amortiguado de un motor rugiendo al arrancar provino de la dirección de la puerta exterior. —Jimmy, los oigo ahí atrás, nos han encerrado aquí abajo. Voy a buscar un interruptor.

Sin la ventilación a través de la puerta del piso de arriba, el hedor empeoraba por momentos.

Lucy avanzó a tientas por la pared hasta llegar a la puerta de la habitación que conducía a Jimmy y Crystal y a lo que olía y sonaba como algo peor de lo que quería imaginar.

—He encontrado uno —dijo Jimmy solemnemente.

Lucy nunca le había oído hablar con esa voz. Habían pasado juntos por experiencias tristes y terroríficas. Habían ido a funerales cuando personas a las que amaban habían muerto de forma trágica. Pero Jimmy siempre dejaba espacio para los demás en su dolor con humor y elegancia. Ahora, lo que Lucy creía oír en su voz era una desesperación absoluta, como si no le quedara ninguna esperanza.

Oyó pasos desde arriba. Deben de ser Kendall y Austin, pensó.

—Muy bien, todo el mundo —dijo Jimmy en voz baja—. Voy a encender lo que creo que son las luces.

Al accionar el interruptor, Lucy sintió y oyó un gran ventilador oscilante ponerse en marcha en la esquina. Un instante después, una cruda iluminación fluorescente de riel parpadeó.

Con cada destello de iluminación, la oscuridad que tenían ante ellos reveló una escena horripilante.

—Dios mío —murmuró Lucy—. Dios mío, no.

32

Austin y Kendall irrumpieron por la puerta principal con las armas desenfundadas. La casa estaba sumida en un silencio sepulcral, observó Austin, a excepción del tenue zumbido de una música que sonaba en algún lugar del interior. El aire estaba saturado de un hedor nauseabundo que ni el ambientador con aroma a océano, que seguía emitiendo su columna de humo, lograba enmascarar. El olor hizo que a Austin se le erizara el vello de la nuca.

Kendall tuvo una arcada. Levantó el antebrazo, apretando la manga de su chaqueta de cuero contra la nariz para intentar bloquear el olor.

—Deberían estar aquí —dijo Austin, echando un vistazo a su teléfono; la pantalla mostraba la última ubicación conocida de Lucy —. El rastreador sitúa a Lucy justo donde estamos ahora.

Kendall asintió mientras sus ojos recorrían la entrada. —Debe de haber un sótano o una habitación oculta.

Austin siguió el sonido de la música, que los llevó hasta la cocina. El corazón le latía con fuerza en el pecho, en una mezcla de miedo y adrenalina que le recorría el cuerpo. La música sonaba más fuerte allí, proveniente de una pequeña radio sobre la encimera. Se estiró y la apagó, sumiendo la casa en un silencio aún más oscuro.

—Revisemos el resto de la casa —sugirió Kendall.

Avanzaron con cautela, despejando una habitación tras otra. El salón estaba vacío. Encontraron un pequeño comedor y un par de dormitorios cerrados con llave en el piso de arriba, pero ni rastro de Lucy ni de Jimmy. Y nadie respondió a sus gritos.

El hedor fétido era menos intenso a medida que se alejaban de la planta baja, pero la tensión en el aire seguía siendo totalmente palpable.

—Nada —dijo Austin, con la frustración evidente en su voz—. Se nos escapa algo.

Regresaron a la cocina, donde el olor había sido más fuerte, con una sensación de urgencia cada vez mayor. Entonces encontraron una puerta que no habían advertido antes. Estaba integrada en la pared de forma impecable y Austin no la había visto en la primera pasada.

Austin oyó un grito que venía de abajo. —¿Ha sido Lucy?

Kendall golpeó la puerta, que estaba cerrada con llave.

—Austin, Kendall, ¿sois vosotros? —Era la voz amortiguada de Lucy que llegaba a través de la puerta camuflada, seguida de unos golpes rápidos.

Kendall devolvió los golpes. —Lucy, estamos aquí.

—Christine y TJ —gritó Lucy— han escapado. Estamos encerrados en el sótano. Aquí no hay peligro, pero...

Su voz se fue apagando, debilitada.

Austin retrocedió, preparándose para derribar la puerta de una patada.

—¿No tienes un juego de ganzúas? —masculló Kendall. Luego se dio la vuelta para gritar a través de la puerta cerrada—. ¡Lucy, apártate de la puerta! Baja las escaleras. ¡Vamos a sacaros de ahí!

Austin le había dado el suyo a una amiga agente del FBI, Claire Anderson. —Supongo que debería comprarme otro.

Echó abajo la puerta integrada en la pared sin dificultad, y el olor concentrado que se liberó con la corriente de aire le golpeó como un muro de ladrillos húmedos. Él y Kendall bajaron las escaleras en la semioscuridad y se encontraron con Lucy. Tenía el rostro ceniciento y, sin decir palabra, los guio hacia una habitación intensamente iluminada.

Lo que Austin vio a continuación fue lo más espantoso que había contemplado en toda su vida.

33

La pestilencia era insoportable. El olor acre a orina fresca y a orina convertida en amoníaco, sudor, bilis, heces y algo más que Austin no lograba identificar... algo que olía a campo de batalla, a la propia muerte.

Esperaba que no fuera carne podrida, pero temía que lo fuese.

Cayó de rodillas, con arcadas antes de cruzar el umbral.

La luz que brillaba desde el techo era tan abrumadora como el olor y, al ponerse en pie, Austin vio el horror que lo había provocado.

En la habitación había seis personas atadas a colchones en el suelo y amordazadas; sus ojos estaban desorbitados por el miedo y la desesperación, su piel pálida y amoratada. Todos se encontraban en diversos estados de angustia. Sus muñecas estaban atadas con cuerdas rudimentarias y raídas que se les habían clavado en la carne, dejando marcas vivas, irritadas y, en algunos puntos, ensangrentadas. Algunos tenían cinta americana sobre la boca, mientras que otros llevaban mordazas de tela atadas con tanta fuerza que les habían dejado hendiduras en las mejillas.

La habitación en sí era un cuadro infernal de miseria. El suelo estaba cubierto de mugre y había camas improvisadas —poco más que colchones sucios por el suelo— esparcidas por doquier. Docenas de pequeñas cajas abiertas de bicarbonato colgaban del techo, dispuestas con mayor densidad cerca de la puerta que daba a la

salida, presuntamente para enmascarar el olor y evitar que llegara a las escaleras y a la planta baja de la casa. Austin recordó que no había percibido ningún olor fétido cuando llegó por primera vez para reunirse con Jack Ulner y Christine.

Las sombras de las cajas de bicarbonato bailaban sobre las paredes, que estaban húmedas y llenas de moho. En una esquina, un gran cubo azul servía de retrete; el hedor que emanaba de él hizo que a Austin se le revolviera el estómago.

Lucy y Jimmy trabajaban frenéticamente para liberar a las víctimas; el rostro de Lucy reflejaba determinación, y sus manos temblaban mientras forcejeaba con los nudos. Jimmy, cuyo semblante habitualmente calmado era ahora una máscara de furia, usaba los dientes para aflojar las cuerdas de las muñecas de un anciano.

Austin y Kendall se unieron a ellos, trabajando desesperadamente mientras pasaban de cama en cama. El aire era denso, cálido y húmedo; lo que tenía ante sus ojos parecía sacado de una pesadilla. Al caminar entre los colchones, era como si estuviera vadeando una piscina de muerte y enfermedad.

Una mujer, frágil y demacrada, yacía inmóvil sobre un colchón con una respiración superficial. Abrió ligeramente los ojos cuando Austin se acercó, y el terror en su mirada era palpable. Otro hombre, de ojos hundidos y la piel tensa sobre los huesos, forcejeaba débilmente contra sus ataduras; sus llantos de angustia amortiguados le produjeron escalofríos a Austin.

Austin se movió con rapidez para liberar al hombre.

—Lucy, Jimmy —dijo—. ¿Estáis heridos?

—No —dijo Jimmy—. Pero esta gente... tenemos que sacarlos de aquí.

Lucy ya estaba ayudando a una anciana a ponerse en pie. —Necesitamos médicos, ya.

Austin asintió, sacando su teléfono para pedir refuerzos. No había cobertura en el sótano, así que volvió corriendo escaleras arriba y cruzó la puerta que había reventado hacía solo unos minutos. En el porche delantero, hizo la llamada. —Aquí el detective Austin. Necesitamos asistencia médica inmediata en nuestra ubicación en

Big Valley Road. Varias víctimas, gravemente desnutridas y retenidas.

Tras colgar, bajó deprisa para ayudar a liberar a las últimas víctimas de sus ataduras. Sus manos temblaban mientras trabajaba, al ser consciente de la realidad de lo que habían descubierto.

Un hombre, con el rostro hundido y desesperado, se agarró a la manga de Austin con ojos suplicantes. —Por favor —susurró con una voz apenas audible incluso después de que le quitara la mordaza—. Ayúdenos.

Austin comenzó a desatar las muñecas del hombre. —Le vamos a sacar de aquí —dijo, intentando mantener la voz firme.

Se dirigió a otra mujer, que tenía la mirada perdida y vacía. Murmuraba para sí misma, balanceándose de adelante hacia atrás como en trance. Austin la desató con delicadeza, con movimientos cuidadosos. —Ya está a salvo —susurró, aunque no estaba seguro de si podía oírle.

Cada nuevo detalle alimentaba su rabia. Esto no era solo un crimen; era una atrocidad.

El sonido de las sirenas se hizo más cercano. Los médicos y los agentes de refuerzo llegarían pronto, pero por ahora, tenían que sacar a estas personas de allí.

Se movieron rápido, guiando a las víctimas, frágiles y asustadas, escaleras arriba y hacia el aire fresco. Los médicos llegaron justo cuando alcanzaban la puerta principal con la última víctima.

De pie en el porche, Austin retrocedió y se apoyó contra una ventana, con el cuerpo temblando de agotamiento e ira. Observó cómo los médicos atendían a las víctimas, con la mente todavía aturdida por el horror que habían destapado.

Kendall se acercó a él y le puso una mano en el hombro. —Los hemos sacado. Lo hemos... lo hemos hecho bien. —Sonaba como si intentara convencerse de algo—. Todos los cuerpos de seguridad del Estado están buscando a Christine y a TJ. Yo... yo... —Se le quebró la voz y no pudo terminar.

—¡Estuvimos *aquí*! —gritó Austin—. ¡Justo aquí hace unos días! —Le propinó una patada a una vieja mecedora de madera con todas

sus fuerzas—. ¿Cómo se nos pasó esto? ¿Cómo demonios se nos pudo pasar?

—Tenemos que recomponernos —dijo Kendall.

Austin levantó la vista. —Lo sé y estoy de acuerdo. Es solo que...

—Lo sé —dijo Kendall—. Lo sé.

Austin había visto muchas cosas en sus veinte años en la policía de Nueva York y bastantes desde que trabajaba con el Departamento del Sheriff de Kitsap; primero como consultor, luego como investigador privado que ayudaba ocasionalmente en casos y ahora como detective de pleno derecho. Pero nada podría haberlo preparado para esto.

No podía evitar pensar en su propio padre, tan vulnerable como un bebé y, afortunadamente, con gente que cuidaba de él. El pensamiento de aquella celda en el sótano —aquellas personas inocentes confinadas en una mazmorra del horror— lo acompañaría el resto de su vida.

Entonces sintió un sabor que nunca antes había experimentado.

Era como si todos los tipos de chiles de la tierra se hubieran mezclado con acero y se hubieran comprimido en un disco denso, un disco que ahora él estaba mordiendo.

Fuego metálico era la única forma en que podía describirlo.

Era una sensación que iba mucho más allá de la rabia. Era como si el sabor de la violencia y la venganza puras, sin adulterar, se hubiera posado en su interior.

Ya no buscaba hacer cumplir la ley.

Buscaba venganza.

PARTE III

CAMBIA LA MAREA

34

Una hora más tarde, mientras la oscuridad caía sobre el agrietado aparcamiento y la casa, ahora vacía a excepción de los investigadores de la unidad científica ataviados con trajes de protección NBQ, Austin se sentó en los escalones. Había llamado a Andy para pedirle que diera de comer a Run y se la llevara a su casa, previendo que la noche se alargaría mucho.

Dentro de la casa habían encontrado a otros tres residentes, incluido Jack Ulner, sedados y encerrados en sus habitaciones, pero aún con vida. Ahora, Jimmy y un equipo de especialistas de la científica revisaban cada palmo del lugar. En una ambulancia a su izquierda, Crystal, la propietaria legal de la finca, estaba siendo examinada por un sanitario, un requisito previo para poder interrogarla.

Las fotos de TJ ya circulaban entre las fuerzas del orden de todo el estado. Marjorie Evering era ahora una persona desaparecida, y su foto también estaba siendo difundida. Para Austin, la prioridad absoluta en ese momento era averiguar a dónde podrían dirigirse y qué planeaban hacer con Madge.

Se puso en pie de repente al ver que un coche familiar se aproximaba. — ¿Qué narices hace *él* aquí?

Kendall también se levantó. — Oh, Dios —dijo—. Como si esto no pudiera empeorar aún más.

El comisionado del condado, Larsen, estaba bajando del coche y caminaba con paso decidido hacia la escena del crimen. Tras él iban dos reporteros a los que Austin reconoció de la rueda de prensa frente a la oficina del sheriff.

Larsen se detuvo abruptamente frente a una ambulancia, en cuyo exterior varias víctimas de entre setenta y ochenta años seguían siendo atendidas por deshidratación y desnutrición. Pronto las trasladarían al hospital, pero los paramédicos intentaban estabilizarlas antes del trayecto. Uno de los reporteros sacó un iPhone y empezó a grabar, el otro iluminó con una pequeña linterna a Larsen, quien aparentemente pretendía utilizar aquella miseria para hacerse una foto.

Austin empezó a caminar lentamente hacia ellos, embargado primero por una oleada de incredulidad y luego de rabia al oír lo que decía Larsen.

—Me encuentro frente a una residencia comunitaria en Poulsbo, Washington, escenario de un crimen despreciable y una prueba más del fracaso del Departamento del Sheriff de Kitsap. Mientras ellos se dedicaban a pasear por el condado de Island y a cruzarse de brazos, bajo sus propias narices se desarrollaba un espectáculo de horror.

Austin estaba harto de aquel tipo.

Cruzando el aparcamiento a grandes zancadas, se interpuso entre Larsen y el cámara.

—Ya es suficiente —dijo Austin.

—Tenemos derecho a grabar aquí —protestó Larsen.

—No, no lo tienen —dijo Austin—. Esto es la escena de un crimen.

Agarró a Larsen por el codo y lo arrastró por el camino de entrada hasta el borde de la carretera. — Tiene derecho a grabar *aquí* —dijo con firmeza, señalando el suelo—. Si vuelve a poner un pie dentro de la propiedad, acabará en el asiento trasero de un coche patrulla.

Le sacaba unos quince centímetros a Larsen y lo miró desde arriba con los ojos encendidos de ira. Larsen le devolvió la mirada, con una leve sonrisa asomando a sus labios.

—Usted manda, detective Austin —dijo—. Al menos por ahora.

Mientras Austin volvía junto a Kendall al coche, se fijó en que todo el episodio había sido filmado por los lacayos de Larsen en la prensa.

—Me alegro de que hayas hecho eso —dijo Kendall—. Porque yo estaba a punto. Y puede que no hubiera sido tan educada.

Austin sacudió la cabeza. No podía hacer nada para evitar que Larsen utilizara cada crimen, cada tragedia, para sus propios fines políticos personales. Pero sí podía impedir que lo hiciera a oídas de las víctimas.

—Aunque no le falta razón —dijo Kendall—. No del todo. Esto es grave. Estuvimos en esta casa hace unos días y se nos pasó.

Austin lo sintió como un puñetazo en el estómago. Era cierto, y él lo sabía. No solo eso, sino, ¿quién sabía cuánto tiempo llevaba esa gente en el sótano?

Probablemente meses. Quizás años.

Austin observó a un paramédico enganchar una bolsa de suero al soporte metálico de una camilla y luego ayudar a subir a una anciana a la parte trasera de una ambulancia. El vehículo se alejó con las luces de emergencia encendidas y giró hacia la carretera principal.

Austin señaló hacia otra ambulancia, donde un sanitario le daba el alta a Crystal. — Vamos a empezar con ella.

Sentado en los escalones, Austin respiró hondo y puso las manos sobre su regazo, intentando mantener la calma. — Crystal —dijo—, ¿cómo te encuentras?

—Me encuentro bien. Yo... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza. Parecía confundida, pero no ajena a lo que se había encontrado en su casa, en su negocio.

—Crystal, voy a empezar con una pregunta difícil. ¿Sabías que había personas encerradas en el sótano?

El pelo de Crystal era escaso, su mirada huidiza, su rostro huesudo y demacrado, y su carne casi grisácea. Parecía no haber

salido al exterior en años y sufrir dolencias físicas además de las mentales. Jimmy había mencionado que él y Lucy la habían encontrado encerrada en el ático. Austin no estaba seguro, pero dudaba que fuera plenamente consciente de lo que ocurría bajo su propio techo, lo que le permitió moderar su rabia al hablar con ella.

—Más o menos —dijo con inseguridad—. Christine me dijo que estaban ampliando el espacio ahí abajo para nuestros residentes. Ella se iba a encargar de todo.

—Christine está casada o sale con TJ, ¿correcto? —preguntó él.

Ella hizo una mueca. — Nunca me fié de ese TJ. Todo esto es culpa suya.

—¿Y tiene alguno de ellos alguna conexión con la residencia Seaside Cedars de Bainbridge Island? —preguntó Kendall.

Crystal no dijo nada, simplemente dejó caer la cabeza hacia atrás para mirar a uno de los perennes que se mecían sobre ellos.

—Crystal —dijo Austin—, mírame a los ojos. Estás a salvo conmigo y puedo ayudarte. Pero tenemos que empezar por el principio. —esperó a que ella fijara sus ojos en los suyos—. Quédate conmigo —dijo—, concéntrate ahora mismo, en este momento. Y cuéntamelo todo.

35

Hizo falta más de una hora y bastante persuasión por parte de Austin, pero Crystal se esforzó al máximo por mantener la concentración. Kendall estuvo yendo y viniendo entre el interrogatorio y el equipo que trabajaba dentro de la casa a medida que se descubría una prueba horripilante tras otra.

Debido a la gravedad del delito, consiguieron sacar a un juez de una cena para que finalmente emitiera una orden de registro de emergencia para la caravana de TJ. El equipo que estaba allí llamaba a Kendall para informarla de las novedades conforme encontraban cosas que pudieran ser pertinentes para el caso. Además de intentar recomponer una imagen general de la trama, buscaban cualquier prueba que pudiera conducirlos a TJ y Christine y, según esperaban, hasta Marjorie Evering.

Para cuando Austin se puso en pie, le dolía la espalda de haber estado sentado en los pequeños peldaños durante tanto tiempo mientras la noche se volvía gélida. No había averiguado nada que pudiera indicar el paradero de Madge —Crystal parecía ignorar sinceramente ese elemento del crimen—, pero el resto de la historia había cobrado forma en su mente.

Crystal había abierto la residencia para adultos en 2006, tras una sólida carrera en el sector sanitario. Era enfermera titulada y tenía toda la documentación y las licencias comerciales en regla. A juzgar

por las fotos antiguas, era una buena instalación. No todo el mundo podía permitirse los apartamentos de lujo para la tercera edad, llenos de comodidades y comida gourmet, así que esta era una alternativa más económica que seguía ofreciendo un buen lugar para vivir a adultos que necesitaban unos cuidados médicos que no podían procurarse por sí mismos.

Las cosas empezaron a torcerse con la crisis financiera de 2008. Christine, la hija de Crystal, perdió su casa después de que su tipo de interés ajustable se volviera abusivo y su primer marido se largara, dejándola sin medios para afrontar el aumento de las cuotas. Christine rompió con su marido y se mudó a una habitación libre en la residencia de Crystal. No mucho después, TJ empezó a aparecer por allí.

Según Crystal, TJ siempre estaba buscando la manera de sacar tajada, y Christine cayó bajo su influencia. Christine tenía su título de auxiliar de enfermería y ayudaba en el centro a medida que este se ampliaba. Añadieron dos dormitorios en 2012 y eran bien conocidos en la comunidad.

Incluso TJ echaba una mano a veces, encargándose del mantenimiento y de las tareas del jardín. Pero poco a poco, a medida que terminaba la década de 2010 y comenzaba la de 2020, Christine y TJ empezaron a hacerse cargo de una parte cada vez mayor del negocio.

Crystal no quería admitirlo, pero Austin dedujo que se debía en parte a los problemas de salud física y mental de ella. También se preguntaba si Christine y TJ podrían haber *causado* algunos de esos problemas.

Llegado 2021, Christine lo dirigía todo. Crystal se quedaba en su habitación del ático cada vez más tiempo, hasta que finalmente dejó de salir de allí por completo. A veces, por la noche, oía ruidos en el piso de abajo e intentaba salir, pero la puerta no se abría. Cuando le preguntaba, Christine siempre decía que se había quedado cerrada con llave por accidente.

Lo que Crystal no sabía era por qué había tanta gente en el sótano, ni por qué estaban apareciendo cadáveres bajo los puentes. Desde su punto de vista, TJ estaba tomando el control y Christine

estaba bajo su mando. Cuando la presionaron, no tenía ni idea de qué motivación podrían haber tenido para sus atroces crímenes.

Pero Kendall aportó esas respuestas. En resumidas cuentas, Christine y TJ estaban desangrando financieramente a esos ancianos y luego se deshacían de ellos cuando morían o se quedaban sin dinero.

Los delitos de Christine y TJ eran tan extensos como crueles. Empezaron robando los cheques de la Seguridad Social, falsificando firmas para cobrarlos. TJ era experto en borrar sus huellas, asegurándose de que cualquier queja quedara enterrada bajo el papeleo burocrático.

La sobrefacturación era otra faceta de su plan. Christine, aprovechando su experiencia como auxiliar, inflaba los gastos médicos, cobrando a los «pacientes» por tratamientos y servicios que nunca se habían prestado. Desde sesiones de fisioterapia con empresas que nunca existieron hasta medicamentos que jamás se administraron, las facturas se detallaban meticulosamente para no levantar sospechas. Las víctimas, que ya pasaban apuros, eran llevadas al límite de sus posibilidades financieras, pagando por una atención que nunca recibían.

Y estos fueron solo sus primeros delitos.

Hacerse con el control de las cuentas bancarias de los pacientes fue lo siguiente, y para ello era necesario asegurarse de que tenían un control total sobre sus cuerpos. Christine y TJ se ganaban la confianza de sus residentes, a veces poniéndolos en contra de sus familias, aunque por lo general solo admitían a residentes que no tuvieran parientes cercanos. Tras prometerles que gestionarían sus finanzas de forma responsable, transferían los fondos a cuentas bajo su control, agotando poco a poco los ahorros que sus cautivos habían acumulado durante toda una vida. Sus supuestos residentes se quedaban sin nada y, llegado ese punto, jamás se les podía permitir marcharse.

Los hombres y mujeres del sótano eran, esencialmente, rehenes financieros. Una vez que Christine y TJ se hacían con el control sobre ellos, se les privaba de comida, agua y atención médica adecuadas, pero se les daba lo justo para mantenerlos con vida el

mayor tiempo posible. Era un equilibrio cruel, mantener la vida en el nivel más bajo para poder seguir desviando sus fondos.

Y una vez que estas almas desafortunadas morían, Christine y TJ tenían que deshacerse de ellas de cualquier forma posible. Como arrojarlas desde un puente.

Kendall también averiguó que TJ había estado trabajando en Seaside Cedars durante años. Allí había empezado a vigilar a los residentes, convenciendo a Jack Ulner y a otros dos para que se trasladaran al centro de Crystal cuando los fondos empezaban a escasear, pero antes de que fueran demasiado bajos como para no dejarles nada que robar.

Austin supuso que llevaban años buscando una gallina de los huevos de oro como Madge. Y cuando sintieron que la policía les pisaba los talones, habían decidido escalar sus crímenes a un nuevo nivel.

En lugar de ensañarse solo con los ancianos más vulnerables —aquellos que no tenían mucho dinero ni familia que los cuidara—, esta vez eligieron a alguien rico. Querían una pieza lo bastante acaudalada como para dejarlos forrados de por vida, aunque fuera alguien cuya desaparición se fuera a notar.

Pero eso significaba que tenían planes para desplumarla por completo, y para hacerlo rápido.

Y una vez que lo hicieran, Austin sabía que no tendrían motivo alguno para mantenerla con vida.

36

Después de que la tiraran en la parte trasera de la furgoneta, Madge se había arrastrado hasta el asiento y se había abrochado el cinturón. No sabía cuál era su destino final, pero conocía bien las calles y sabía en qué dirección se dirigían.

El trayecto los llevó por las serpenteantes carreteras de la península de Kitsap, partiendo de Poulsbo y tomando primero el largo tramo recto hacia el sur-suroeste de la autopista 3, pasando Silverdale. El atardecer proyectaba un resplandor sereno y crepuscular sobre los árboles que bordeaban la carretera, los cuales ocultaban la vista de los barrios residenciales escondidos tras el dosel de perennifolios.

Continuaron por Bremerton y llegaron al enlace donde se cruzaban la autopista 3 y la autopista 16. A su izquierda, los astilleros y la base naval se alzaban silenciosos pero imponentes, con las luces de sus torres de comunicación parpadeando sobre los barcos, que apenas resultaban visibles contra el cielo oscurecido.

Tras pasar la horquilla de Gorst, siguieron hacia el sur-sureste a través de Port Orchard. Cuando pasaron por delante de la gran ferretería que lindaba con el lado oeste de la autopista, Madge se acordó de su difunto marido. Solían ir a una pizzería de por aquí que hacía la pizza hawaiana más deliciosa. Comían pizza y hablaban de los pobres rehenes que habían muerto de hambre décadas atrás en

el vecino pueblo de Olalla, en un lugar que coloquialmente llamaban «Starvation Heights». También daban las gracias y se sentían afortunados por sus bendiciones.

Ahora Madge sentía que le esperaba un destino similar. Por mucho que amara y adorara al difunto Sr. Ernest Evering y anhelara estar a su lado una vez más, tenía un fuerte sentido de la justicia y juró vivir lo suficiente para señalar con un dedo acusador a sus captores.

La autopista estaba mayormente vacía a esta hora, y los densos árboles a ambos lados proyectaban largas sombras sobre el asfalto. Finalmente, giraron hacia el este en los límites de Gig Harbor y Madge vio cómo los cables de suspensión verticales pasaban fugaces uno tras otro mientras conducían bajo las altas estructuras en forma de H que sostenían los cables principales del coloso de más de un kilómetro y medio que era el puente de Tacoma Narrows.

Al llegar a la gigantesca bandera estadounidense iluminada, tomaron el carril rápido para incorporarse a la I-5 en dirección norte y continuaron por la autopista, dejando atrás las calles silenciosas de la ciudad, donde las zonas industriales y residenciales estaban bañadas por el resplandor anaranjado de las farolas. Pasaron junto a la imponente silueta del Tacoma Dome y la tranquila extensión del campus de la Universidad de Washington Tacoma, antes de que la autopista girara en dirección norte real hacia Seattle.

Al acercarse a la Ciudad Esmeralda, apareció la vista familiar de los estadios, con el T-Mobile Park y el Lumen Field alzándose con fuerza, proyectando sus intensas luces de neón azules contra el oscuro cielo nocturno. Las imponentes estructuras de la ciudad se vislumbraban al frente, un despliegue centelleante de rascacielos y edificios. La Space Needle estaba prominentemente iluminada y se dirigieron hacia ella tras salir de la autovía.

El trayecto por la zona del centro supuso un marcado contraste con las sinuosas carreteras de Kitsap; el ajetreo y el bullicio de Seattle, incluso a estas horas de la noche, servían como un crudo recordatorio de dónde se encontraban.

Sus captores no habían querido arriesgarse a ser vistos en el transbordador, supuso ella, de modo que habían conducido desde

Poulsbo hasta Seattle bajo el amparo de la oscuridad.

Cuando TJ giró hacia el distrito costero y el mercado de Pike Place, la mujer que se había hecho pasar por su chófer —una mujer que ahora sabía que se llamaba Christine— se dio la vuelta y se dirigió a Madge por primera vez.

—Solo hay una forma de que sigas con vida —dijo—. Pronto estaremos fuera de Estados Unidos y nos transferirás tu fortuna. No intentes mentir. Ya sabemos que nadas en la abundancia.

37

Viernes

Pasaba un poco de la medianoche cuando Austin salió de la entrada de la casa hacia Big Valley Road, con la intención de regresar a la oficina, justo en el momento en que un informe llegó por la radio de la policía.

—Atención a todas las unidades, habla la Central de Despacho con una actualización urgente. Aproximadamente a las 22:17 de hoy, el Departamento de Salud del Condado de Kitsap, junto con todos los hospitales principales de la región, han sufrido una brecha de ciberseguridad a gran escala. Un hacker anónimo se ha infiltrado en las bases de datos de historiales médicos… *Pausa, CLICK…* La nota de rescate, descubierta minutos después, declara: «Su base de datos de historiales médicos ha sido secuestrada. Ingresen diez millones de dólares en Bitcoin en la dirección indicada abajo en un plazo de veinticuatro horas o todos los registros serán eliminados permanentemente»… *Pausa, CLICK…* Se ha formado un grupo de trabajo interno para colaborar con expertos en ciberseguridad, y se contactará con la Unidad de Delitos Cibernéticos del FBI para apoyo adicional… *Pausa, CLICK…* Se aconseja a todas las unidades permanecer vigilantes e informar de inmediato sobre cualquier actividad sospechosa relacionada con esta brecha. Corto y cierro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Austin, con la mente a mil por hora.

—Esto es malo —dijo Kendall.

—Mucho —asintió Austin—. Y no puede ser una coincidencia. TJ y Christine traman algo mucho más grande de lo que pensábamos.

Sabía que el sistema sanitario dependía enormemente de una información precisa y actualizada de los pacientes. Sin esos registros, los médicos no tendrían acceso a los antecedentes médicos, lo que podría llevar a diagnósticos erróneos y tratamientos inadecuados. Todas las cirugías programadas se detendrían. Se podrían recetar medicamentos que interactuaran negativamente entre sí, y pasar por alto alergias, resultando en reacciones graves o incluso fatales.

El caos podría extenderse también a los servicios de emergencia; los paramédicos que llegaran a una escena sin información crítica sobre el estado o el historial de un paciente podrían cometer errores mortales.

Todo esto ya había sucedido antes. En 2017, el ataque de ransomware WannaCry había paralizado el NHS, el Servicio Nacional de Salud del Reino Unido, retrasando cirugías y tratamientos, y obligando a los hospitales a rechazar pacientes simplemente porque no tenían recursos para atender a las personas ya ingresadas. La idea de que algo similar ocurriera en el condado de Kitsap era aterradora.

Los ancianos y los vulnerables, que ya eran el objetivo de los planes de Christine y TJ, correrían un riesgo enorme a una escala mucho mayor. Austin sintió el peso del desastre potencial sobre él; ya no se trataba solo de atrapar a unos criminales, sino de evitar una catástrofe que podría cobrarse no solo la vida de Madge, sino la de miles de personas más.

Kendall había estado en silencio mucho tiempo y finalmente preguntó: —Pero, ¿cómo podría ser algo *distinto* a una coincidencia? Pensando en nuestra entrevista con TJ, y basándome en lo que dijo Crystal sobre su hija… No lo sé. No veo cómo Christine o TJ podrían haber tenido algo que ver con esto. Este tipo de ataque de ransomware requiere habilidades técnicas avanzadas. Quiero decir,

¿te dio TJ la impresión de ser alguien con la sofisticación necesaria para hackear algo?

La mente de Austin saltaba de un momento a otro entre los últimos días, intentando descifrar cómo esta brecha podría estar conectada con Madge, con TJ y con Christine.

—No —dijo Austin—. Esto tiene que involucrar a alguien de más arriba. Alguien con pericia técnica y conocimientos del sistema sanitario. Pero, ¿quién?

De repente, la mente de Austin se quedó en blanco y percibió olor a hoguera.

Era su sinestesia entrando en acción, y sabía exactamente de dónde venía ese recuerdo. Una vez, al principio de su relación con Fiona, ella se había ido a un congreso para fiscales y él había aprovechado la oportunidad para irse de acampada con un amigo de la policía de Nueva York. Se fueron al norte del estado de Nueva York y, en la última noche de su viaje, Austin se había quedado tumbado boca arriba junto al fuego, mirando el cielo nocturno más grande y negro, lleno de las estrellas más brillantes que jamás hubiera visto.

Su mente se había quedado completamente en blanco en aquel entonces; todos los pensamientos, preocupaciones y problemas del mundo desaparecieron durante lo que parecieron horas, pero probablemente solo fueron minutos. Cuando volvió en sí, se dio cuenta de que Fiona y él se iban a casar. Desde entonces, había anhelado el momento en que volviera a oler esa hoguera y su mente se quedara totalmente en blanco.

Ahora, mientras se incorporaban a la autopista, había regresado.

—Austin, ¿qué pasa? —Oyó la voz de Kendall atravesando ese extraño vacío. Lentamente, se detuvo en el arcén, incapaz de concentrarse en la carretera.

—Austin, ¿qué ocurre?

—La pelirroja —dijo Austin—. Olivia. ¿Recuerdas lo que dijo cuando estuvimos en Seaside Cedars? ¿Lo recuerdas?

Kendall ladeó la cabeza. —Sí. Dijo algo... o fue *cómo* lo dijo. Dijo que Jessica, la directora ejecutiva, dirige el lugar como una unidad militar.

—Y —añadió Austin— que nunca se le escapa nada. *Nunca. Se le escapa. Nada.*

—Entonces, ¿cómo es posible —preguntó Kendall, con la voz llena de emoción— que un idiota como TJ trabajara allí durante años, urdiendo un plan para secuestrar a una residente, y Jessica *no* se diera cuenta?

38

—Dale las pastillas —dijo TJ—. Ya casi hemos llegado.

—Toma —dijo Christine, tendiéndole tres pastillas blancas a Madge—. Toma esto. Trágatelas. —Le ofreció una botella de agua con una pajita flexible que sobresalía—. Las pastillas no te matarán, vieja bruja. Si te quisiéramos muerta, ya lo estarías.

Cuando Madge se negó a tomar las pastillas, Christine dijo: —Puedo obligarte a tomarlas de todos modos. Yo también trabajo en el sector sanitario, ¿sabes?

Madge sacudió la cabeza. —Puede que consigas que me las tome. Y eso es exactamente lo que vas a tener que hacer.

—Voy a parar —dijo TJ—. Tú méteselas por la garganta. Haz lo que tengas que hacer, pero haz que se las tome.

—Ya lo sé —dijo Christine—. ¿Es que no has oído lo que acabo de decir?

Se volvió hacia él. —No *necesitas* controlarlo todo, TJ. ¿Crees que no sé lo que estamos haciendo? Es que *no puedo ni* tratar contigo. Estoy harta.

—Deja de ser tan zorra —dijo TJ entre dientes.

—No me llames así —dijo Christine—. Sabes que no me gusta esa palabra. No me gusta que hables así.

Hacía una semana, Madge no habría creído a TJ capaz de nada de esto. Cuando hablaba de su *doncella morena*, como la llamaba

cariñosamente, irradiaba orgullo.

Pero Madge ahora lo sabía bien; todo en este hombre era mentira. La suya no era la relación maravillosa que él había pretendido mostrar. Por supuesto, Madge y su marido habían tenido su buena ración de discusiones a lo largo de los años. Pero, a medida que maduraban, no permitían que sus pequeños desacuerdos se enconaran, y nunca se convertían en nada importante.

—*«No me gusta que hables así. No me gusta que hables así»* —la imitó TJ, poniendo una voz aguda y quejumbrosa que en realidad no se parecía en nada a la de Christine.

Estas dos personas, pensó ella, quizá habían estado muy unidas en el pasado, pero ahora se detestaban de verdad.

TJ metió la furgoneta en un callejón y se detuvo junto a un contenedor. Apagó los faros y todo se quedó a oscuras.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia Christine.

—¿Qué haces? —preguntó Christine—. Te he dicho que yo le daría las pastillas. —Empezó a abrir su puerta—. Yo puedo encargarme.

—No estoy tan seguro de que puedas —dijo TJ con voz amenazadora—. Afrontémoslo, tú estás harta de mí, yo estoy harto de ti... los dos estamos hartos el uno del otro... y, de los dos, yo voy a ser el adulto maduro dispuesto a lidiar con este punto muerto al que ha llegado nuestra relación. Ven aquí, quiero que conozcas a alguien.

TJ agarró a Christine por la muñeca y se apretujó contra ella hasta que ambos ocuparon el asiento del pasajero. Se impulsó contra su cuerpo de nuevo al abrir la puerta, obligándola a caer al suelo, donde soltó un breve y agudo grito al golpear el asfalto.

39

A Austin solo le hizo falta una llamada de cinco minutos para confirmar sus sospechas.

Por primera vez en su etapa en Seaside Cedars, Jessica se había marchado antes de tiempo del trabajo. De hecho, se había esfumado no mucho después de que Kendall y Austin se hubieran ido. Nadie la había visto ni había sabido nada de ella desde entonces.

Una rápida llamada a Samantha les había proporcionado su dirección personal, hacia la que ahora se dirigían a toda velocidad, cruzando el puente de Agate Pass y entrando en la isla de Bainbridge.

Se habían detenido en la gasolinera solo el tiempo suficiente para coger unas bebidas con cafeína. Ya era medianoche y no tenían intención de irse a dormir pronto.

Lucy y Jimmy estaban en el lugar de los hechos, en el parque de caravanas. Aunque estaban bastante seguros de que nadie regresaría a la casa de acogida, también se habían apostado allí un par de agentes.

El apartamento de Jessica estaba en el pintoresco barrio de Winslow, una encantadora zona del centro conocida por sus acogedoras cafeterías, sus tiendas de moda y sus calles bordeadas de árboles. Los edificios eran una mezcla de casas históricas y apartamentos modernos, todos enclavados entre una exuberante

vegetación que parecía brillar bajo las suaves y doradas farolas. Austin pensó que parecía sacado de una película.

Tras aparcar el coche a una manzana de distancia del apartamento de Jessica, intentaron pasar desapercibidos mientras se aproximaban. El aire era fresco y puro, impregnado del leve aroma a agua salada del puerto deportivo cercano. Caminaron en silencio por el sendero de adoquines; el sonido de sus pasos resultaba sobrenaturalmente fuerte en la quietud de la noche.

Al llegar al edificio de Jessica, se acercaron a su puerta con una mezcla de anticipación y cautela. Austin llamó con firmeza y el sonido resonó ligeramente en la noche silenciosa. Esperaron, escuchando cualquier señal de movimiento en el interior.

Austin hizo un gesto a Kendall para que se colocara al lado izquierdo de la puerta mientras él se situaba a la derecha. Intercambiaron un breve asentimiento, indicando que estaban listos. Austin levantó la mano y llamó con firmeza: tres golpes secos que resonaron en la quietud. —Departamento del Sheriff del Condado de Kitsap. Jessica, tenemos que hablar con usted.

Esperaron unos instantes con el oído atento a cualquier sonido en el interior. Al no oír nada, Austin probó el pomo de la puerta y comprobó que estaba cerrada. —Tenemos que encontrar otra forma de entrar —dijo, volviéndose hacia Kendall.

—¿Seguimos sin el juego de ganzúas, entonces?

Él le lanzó una mirada fulminante —el equivalente en Austin a poner los ojos en blanco— y luego se movió para buscar otra entrada.

En ese momento, un anciano con una bata de seda azul y zapatillas con sus iniciales bordadas apareció arrastrando los pies por el pasillo. Su ropa de dormir era de buena calidad y parecía bien cuidada, pero se notaba el paso del tiempo en los codos y las costuras. Austin se detuvo para dejar que el hombre se acercara y, a medida que este se acercaba, notó que su rostro reflejaba curiosidad y preocupación. —¿Puedo ayudarles, agentes? —preguntó con un susurro ronco.

—Sí, señor —respondió Austin—. Buscamos a Jessica. Necesitamos entrar en su apartamento para comprobar que se

encuentra bien. ¿Sabe si hay algún conserje en el edificio que pueda abrirnos?

—Ese sería yo —dijo el hombre.

—Jessica se ha ido hoy antes del trabajo —dijo Austin—. Nadie ha sabido nada de ella y estamos preocupados. ¿Puede dejarnos entrar?

—Creo que se iba de viaje —dijo el hombre mientras sacaba un manojo de llaves del bolsillo—. La vi salir con una maleta a última hora de la tarde.

—¿A qué hora? —preguntó Kendall.

—Quizá a las tres.

—Gracias —dijo Kendall mientras el hombre abría la puerta y retrocedía para dejarlos entrar.

El apartamento era pequeño y ordenado, con una sola zona de estar, una modesta cocina a un lado y una puerta que conducía a lo que probablemente era un dormitorio. Las luces estaban apagadas y la habitación estaba llena de sombras; la única iluminación provenía de la farola del exterior.

—Despejado —dijo Kendall mientras se movían por el apartamento, revisando cada habitación, cada rincón. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y Austin la empujó con el pie, con la pistola lista. Pero la habitación estaba vacía; la cama estaba hecha e intacta.

Enfundaron sus armas y la tensión se disipó al darse cuenta de que estaban solos. —Es otro callejón sin salida —dijo Austin, con la frustración asomando en su voz.

Madge observó cómo TJ se bajaba del vehículo y tiraba de Christine por la muñeca para levantarla. Ella intentó soltarse y los dos forcejearon entre el asiento del pasajero y el marco de la puerta. Al ver su oportunidad, Madge se deslizó poco a poco hacia la puerta, con la esperanza de poder escapar mientras sus captores estaban enfrascados en su lucha.

A través de la ventana, Madge vislumbró a una figura que salía de detrás de un contenedor de basura.

Era… ¿quién *era* esa persona?

Un rostro familiar, apenas iluminado por las luces interiores de la furgoneta, apareció enfocado.

Madge sintió una oleada de esperanza recorriendo su cuerpo. Era el elegante rostro de Jessica, la directora ejecutiva de Seaside Cedars. Y por un breve instante redobló sus esfuerzos para escapar en aquella dirección. Iban a salvarla.

Entonces la asaltó un nuevo terror, más intenso que cualquier cosa que hubiera experimentado desde que fue secuestrada. ¿Cómo sabía Jessica que debía estar allí? ¿Cómo era posible que TJ se hubiera metido en un callejón aparentemente aleatorio y Jessica hubiera estado allí de pie, lista para acudir a su rescate?

No era posible.

—Cielo —dijo TJ con la mandíbula apretada mientras ponía a Christine de pie con brusquedad—. Quiero que conozcas a una mujer de verdad. Alguien que es *siempre* amable y dulce conmigo. Una persona que nunca ha insinuado ni una sola vez que yo sea nada menos que un gran hombre. ¿La ves? ¿La ves ahí? Mira bien.

TJ sujetaba a Christine, obligándola a mirar cómo Jessica recogía del callejón la botella de agua y las pastillas. Jessica abrió la puerta corredera de la furgoneta y luego se inclinó hacia Madge.

El día que se conocieron, cuando Madge firmó el papeleo para mudarse a Seaside Cedars, Jessica había lucido la misma sonrisa de *encantada de conocerla* que ofrecía ahora.

—Hola, Madge —dijo Jessica—. Es hora de tu medicina.

40

De vuelta en el coche, cerca del apartamento de Jessica, Austin se apoyó en el parachoques. Estaba a punto de sugerir que regresaran a la oficina para dormir allí por si surgía algo durante la noche cuando su teléfono se iluminó con un mensaje de texto.

—Qué raro —dijo—. Un mensaje de Ridley.

—¿Del gobernador Ridley? —preguntó Kendall.

—El mismísimo —dijo Austin.

—¿Qué quiere?

Austin leyó el mensaje en voz alta: —Debido a este ataque de ransomware, ahora estoy involucrado. Todo el mundo a sus puestos. Audiencia telefónica en este número en cinco minutos.

—Eso no puede ser nada bueno —dijo Kendall.

Cinco minutos después, Austin estaba en la línea de la conferencia telefónica, escuchando cómo muchas de las personas más importantes del estado se unían una a una. Lucy y Jimmy estaban allí. Luego se incorporó el propio Ridley; su voz profunda era un sonido reconfortante en la oscuridad de la noche. Después, se unieron el director del Departamento de Salud del condado de Kitsap, el del Departamento de Salud del estado de Washington, el fiscal general y varios miembros más del gobierno estatal.

—Este ataque de ransomware —dijo Ridley— es sumamente grave. No creo que necesite explicárselo a nadie de los presentes en

esta línea. El FBI ya está involucrado, agentes de la oficina de Seattle. Parecían bastante competentes, pero maldita sea. Nunca *queremos* que tengan que intervenir.

En ese momento, otro comunicante se unió a la línea, presentándose como el comisionado del condado Marty Larsen.

Austin permaneció en silencio.

—Gobernador —dijo uno de los comisionados de salud—, tenemos que sopesar la posibilidad de pagar el rescate. Si se borran estos historiales médicos, las consecuencias podrían ser catastróficas.

—Entiendo la gravedad de la situación —respondió Ridley—. Pero pagar el rescate podría sentar un precedente peligroso. No tenemos garantías de que los hackers no vayan a borrar los registros de todos modos después de recibir el pago.

—Exactamente —intervino otro comisionado—. Tenemos que averiguar quién está detrás de esto. Alguien con conocimientos internos de nuestros sistemas ha tenido que orquestar este ataque.

—¿Tenemos alguna pista de quién podría ser? —preguntó Ridley.

Hubo una breve pausa antes de que uno de los funcionarios del departamento de salud hablara. —Lo hemos estado investigando, pero hasta ahora no hay nada concreto. Podría ser un empleado descontento o alguien con acceso externo. En cualquier caso, están trabajando con hackers sofisticados.

—Creo que sé quién podría estar detrás —dijo Austin, rompiendo su silencio.

La voz de Larsen atronó a través de la línea: —¡Esto no puede dejarse en manos de los ineptos del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap! Necesitamos a profesionales de verdad encargándose de esto. En mi opinión, deberíamos recibir con los brazos abiertos la ayuda del FBI.

—Comisionado Larsen —interrumpió Ridley—, respire hondo. Necesitamos...

—Pero, señor Ridley, yo... —interrumpió Larsen.

Ridley le interrumpió a su vez: —Supongo que querrá decir *gobernador* Ridley. Ahora, comisionado Larsen, necesito que guarde silencio. —Ridley hizo una pausa—. Austin, adelante.

Austin respiró hondo. —Se llama Jessica Blackstone y es la directora ejecutiva de...

Austin se distrajo cuando Kendall le puso su teléfono delante de la cara. Parecía ser un boletín urgente de la policía de Seattle.

—Jessica Blackstone —repitió—. Investíguenla. Directora ejecutiva del centro Seaside Cedars en Bainbridge Island. Creemos que está relacionada con este ataque de ransomware; estamos aquí en su apartamento y se ha dado a la fuga.

—Bien —dijo Ridley—, haremos que circule la información. Le he prometido al FBI que ellos llevarán la voz cantante en esto, lo que significa, Austin, Lucy, que no haréis nada sin su consentimiento. Y por favor, creedme cuando os digo que odio tener que dejaros en un segundo plano tanto como a vosotros os fastidia estar ahí estancados.

Austin ya casi no le escuchaba mientras leía el informe en el teléfono de Kendall.

BOLETÍN POLICIAL URGENTE

Asunto: Posible avance en el ataque de ransomware - Se requiere atención inmediata

De: Departamento de Policía de Seattle

Para: Todos los cuerpos de seguridad

Incidente: Localización de una testigo clave relacionada con el ataque de ransomware

Detalles: Aproximadamente a la 1:30 de la madrugada, se encontró a una mujer vagando por las calles del centro de Seattle, con múltiples heridas, signos de confusión y posible intoxicación por drogas. La persona había sufrido una caída importante e inicialmente no respondía al interrogatorio. Al recuperar algo de lucidez, se identificó como Christine Jackson y afirmó tener información crítica sobre el ataque de ransomware en curso contra los hospitales y sistemas sanitarios del condado de Kitsap.

Puntos adicionales:

- Mencionó que hay un rehén involucrado en la situación.
- Declaró que la habían traicionado y drogado.

Estado actual: Tras realizar estas declaraciones, Christine Jackson empezó a desvariar y gritar antes de perder el conocimiento. Ha sido trasladada al hospital para recibir atención médica inmediata y se encuentra actualmente bajo observación.

Prioridad: Esta información se considera crítica. Todas las respuestas deben tratarse con la máxima urgencia.

41

Eran casi las 3:00 de la madrugada.

Iluminado únicamente por el resplandor de una farola, Austin dio otra vuelta al coche. Durante la última hora, Kendall había estado llamando a todos sus contactos en el Departamento de Policía de Seattle para ver si podía averiguar algo más sobre el boletín, o sobre quién estaba al mando por su parte.

En la llamada, Austin había aceptado abandonar el caso porque eso es lo que Ridley y los otros mandos superiores habían exigido. No tenía ninguna intención de hacerlo, pero era imposible que fuera a ganar una discusión en esa llamada en particular, así que decidió optar por un método que nunca falla: pedir perdón en lugar de permiso.

Kendall se detuvo de repente justo delante de Austin. —¿Y qué hay de... cómo se llama?

Austin se encogió de hombros.

—Ya sabes, la mujer del FBI con la que trabajaste en aquello. ¿Claire algo?

—Anderson.

—¿Cuál es su función allí? —preguntó Kendall.

—Forma parte de un grupo de trabajo pequeño y especializado. No la asignarían a nada relacionado con esto.

—Pero podría saber quién lo está, o al menos ser capaz de conseguirnos *algo*.

—Probablemente esté durmiendo —dijo Austin.

Kendall le miró con los ojos entrecerrados. —Limítate a llamarla.

Austin sacó su teléfono. Tras el caso en el que habían trabajado juntos en el Parque Estatal de Mystery Bay, se había quedado con su número, aunque no habían hablado mucho. La llamada saltó al buzón de voz tras cinco tonos.

—Inténtalo de nuevo —exigió Kendall.

Austin lo hizo, y Claire descolgó después de unos cuantos tonos con voz somnolienta. —¿Austin? ¿Pero qué hora es?

—Lo siento, Claire, son cerca de las tres de la mañana. No llamaría si no fuera importante.

—Espera —dijo ella—. Deja que me incorpore. ¿Qué ocurre? ¿Está todo bien?

—No sé si has visto antes de irte a la cama lo del ataque de ransomware al sistema de salud?

—Lo he visto en las noticias justo antes de acostarme —dijo Claire—. Pero no es de mi competencia.

—Lo sé —dijo Austin—, pero ¿no tenéis a una experta en tecnología en vuestro equipo? ¿Hay alguna posibilidad de que le gustara involucrarse?

—El CTF tiene a su propia gente —dijo Claire—. El Grupo de Trabajo contra el Cibercrimen se especializa en investigar delitos cibernéticos, incluidos los ataques de ransomware. Nos guste o no, el cibercrimen se está convirtiendo en una parte cada vez más importante del mundo y a menudo está ligado, como en este caso, a crímenes del mundo real que implican violencia o secuestro.

—Escucha —dijo Austin—, sabemos que esto vincula con una investigación de asesinato que hemos estado llevando a cabo aquí, en el condado de Kitsap.

—Yo *vivo* en el condado de Kitsap —le recordó Claire.

Austin lo había olvidado. Pensaba en Claire como alguien de Seattle porque allí era donde se encontraba su oficina, pero la verdad era que vivía a solo quince minutos de él, en el pueblo costero de Kingston.

—¿Puedes hacer una llamada? —preguntó Austin—. Llama a tu experta en tecnología. ¿Cómo se llama?

—Violet —dijo Claire—. Pero como te he dicho...

—No lo pediría si no fuera importante. ¿Hay alguna posibilidad de que nos proporcionéis algo de cobertura, os metáis en este asunto y nos dejéis ir con vosotros?

Claire se quedó en silencio durante un largo rato. Entonces él oyó el crujido de una cama, como si ella se estuviera levantando. —Ahora que ya estoy despierta... Austin, deja que te devuelva la llamada en cinco minutos. Puede que haya algo que pueda hacer.

La llamada terminó y Austin empezó de nuevo a dar vueltas lentas alrededor del coche. La farola sobre él parpadeó, y se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del viento fresco que soplaba desde el agua.

Claire no devolvió la llamada a los cinco minutos, ni tampoco a los diez. Pero cuando finalmente llamó después de veinte, había hecho más de lo que Austin esperaba.

—Estate en el helipuerto del Departamento de Bomberos de Bainbridge Island en una hora —dijo ella—. Te reunirás con el agente de campo Jack Russo. Le pirran los helicópteros.

El helicóptero despegó de Bainbridge Island, con los rotores cortando la quietud de la madrugada. Pasaban pocos minutos de las 4:00 de la madrugada, y el mundo estaba envuelto en la oscuridad, salvo por el más leve indicio de un amanecer que se arrastraba por el horizonte. Austin miró a Kendall a su lado, con el rostro iluminado por el tenue resplandor de los instrumentos de la cabina.

El piloto, un hombre de rostro severo cuyo nombre Austin no había captado, guio el pequeño helicóptero del FBI suavemente hacia el cielo. Jack Russo, el contacto de Claire, estaba sentado frente a ellos, con los ojos examinando el agua debajo.

Mientras cruzaban el estrecho, el negro profundo del cielo nocturno empezó a dar paso a un azul turbio. La transición de la

noche al amanecer fue sutil, un aclarado gradual que hacía que el agua de abajo pareciera una extensión de tinta. El corazón de Austin latía con fuerza, en una mezcla de adrenalina y la urgencia de su misión. El zumbido de los rotores llenaba la cabina, puntuado por el ocasional parloteo de radio entre el piloto y el control de tráfico aéreo.

—¿Cómo va a justificar esto? —preguntó Austin.

Jack se giró hacia él y habló, pero Austin solo pudo oírle a través de los auriculares. —Si el ataque de ransomware está conectado con un asesino en serie, puedo decir que estaba haciendo un poco de trabajo proactivo en la investigación del asesinato. Al fin y al cabo, me recuerda un poco a un caso en el que trabajé en Oregón hace un par de años.

—¿Ah, sí? —preguntó Kendall.

Jack la miró impasible, pero no dijo nada.

Austin sabía lo que estaba insinuando. Podía *decir* que le recordaba a un caso en el que había trabajado en Oregón, lo que significaba que podría ser un caso interestatal, lo cual a su vez significaba que era posible justificar involucrarse. Era forzado, pero probablemente no tanto como para que le despidieran. En cualquier caso, Claire se había jugado el cuello por ellos, y Austin no lo olvidaría.

Las luces de Seattle aparecieron en la distancia, un cúmulo de puntos centelleantes que se hacían más grandes a medida que se acercaban. El tenue contorno del perfil de la ciudad se volvía más nítido contra el fondo de un cielo que se aclaraba lentamente. Volaron bajo sobre el agua, con el helicóptero ladeándose ligeramente mientras el piloto apuntaba hacia su lugar de aterrizaje.

Jack dijo: —Mi contacto en la policía de Seattle dice que han estado interrogando a Christine. Ella afirma que una vez formó parte del plan pero que la traicionaron. El encuentro estaba fijado para las 5 AM, aunque su socio TJ nunca le dijo la ubicación exacta de la lancha de huida. La policía de Seattle ha estado registrando todos los puertos deportivos del centro y vigilándolos. Los han reducido a unos pocos, y mi contacto cree que lo más probable es que estén en uno en particular: Emerald Cove Marina.

Austin conocía el puerto deportivo. Era uno de los más lujosos de Seattle, poblado por embarcaciones más grandes y veloces. Además, era un poco más apartado en comparación con los otros puertos, lo que lo convertía en un lugar perfecto para una huida rápida.

Jack continuó: —Creen que el plan es llevar a la rehén a aguas internacionales lo más rápido posible. El bitcóin, por supuesto, es mucho más difícil de rastrear que una bolsa de dinero en efectivo o una transferencia bancaria de dólares estadounidenses.

A medida que el helicóptero descendía hacia Emerald Cove Marina, la luz de la madrugada empezaba a perfilar las formas de barcos y muelles. Los rotores batían el agua de abajo convirtiéndola en una bruma espumosa. Austin divisó una lancha motora elegante al final del muelle. Varias figuras estaban embarcando apresuradamente, y una de ellas estaba siendo claramente empujada hacia el interior del bote con las manos atadas. La mujer atada se movía mucho más despacio, y Austin supuso que tenía que ser Madge.

Siguiendo las indicaciones de Jack, el helicóptero tomó tierra cerca del Muelle 66, próximo a los puertos deportivos y a la terminal de ferris; el golpe de los patines del helicóptero al tocar el suelo envió una sacudida a través de la cabina.

Austin se desabrochó el arnés y siguió a Kendall hacia el aire fresco del amanecer.

42

Austin encabezó la marcha, esprintando por el largo muelle con Jack y Kendall pisándole los talones. Llegaron al final justo cuando la lancha motora desaparecía en la penumbra de la luz previa al amanecer.

Austin se volvió hacia Jack. — ¿Tiene autoridad para requisar una embarcación?

Jack asintió, escudriñando el puerto deportivo. —Puede que no haga falta. El FBI tiene una instalación cerca.

Sacó su teléfono y marcó un número rápidamente. —Habla el agente Jack Russo. Necesitamos acceso inmediato a una embarcación de respuesta rápida en el puerto deportivo de Emerald Cove. Persecución de alta prioridad.

Mientras esperaban, Jack corrió de vuelta al helicóptero. Cuando regresó, dijo: —Tiene combustible suficiente para perseguirlos durante una hora o dos. Es probable que pueda darnos una visual y una dirección.

A los pocos minutos, Austin oyó el zumbido de un motor aproximándose. Una lancha negra sin distintivos, estilizada y claramente construida para la velocidad, apareció deslizándose. Un compañero agente les hizo señas para que subieran. —Cortesía del FBI —dijo, pasando los controles a Jack antes de saltar a tierra.

—¡Todo el mundo a bordo! —gritó Jack.

Austin y Kendall saltaron a la lancha y Jack no perdió el tiempo, empujando el acelerador hacia delante. La embarcación arremetió con fuerza, mientras sus potentes motores rugían al cobrar vida.

—¿Sabes conducir esto? —le preguntó Jack a Kendall, preparándose para cederle los mandos—. Quiero ver si puedo localizarlos con los prismáticos y tengo que hablar con el agente del helicóptero.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca —dijo Kendall—. Quedé segunda en los campeonatos juveniles de lanchas motoras del Noroeste del Pacífico.

Austin se mostró escéptico. — ¿Hace cuánto de eso?

—¿Y qué importa eso? —preguntó ella.

Austin iba a objetar, pero no es que pensara que él pudiera hacerlo mejor. —Olvídalo. Solo... ten cuidado, ¿vale? Parece que este trasto puede volar de verdad.

—Ten tus propios hijos si quieres hacer de padre de alguien —dijo Kendall—. Yo ya tengo uno.

—Anotado —dijo Austin.

Jack se hizo a un lado y Kendall tomó el timón.

El puerto deportivo fue quedando atrás mientras se adentraban a toda velocidad en aguas abiertas. La luz de la mañana proyectaba un tenue resplandor sobre las olas; los primeros indicios del alba empezaban a romper la oscuridad. Austin escudriñó el horizonte, pero la lancha en fuga no se veía por ninguna parte.

Jack hablaba por radio con el piloto. —Necesitamos una visual. ¿Pueden verlos?

La voz del piloto crepitó por la radio. —Negativo. No están a la vista. Estamos barriendo hacia el norte.

Los ojos de Austin se movían de izquierda a derecha, intentando vislumbrar la lancha. Detrás de ellos, la silueta de Seattle se alejaba y el agua en calma reflejaba su ahora distante contorno. El aire era fresco y la suave brisa arreciaba a medida que se alejaban de la ciudad.

Kendall dijo: —Jack, diles que cubran un arco amplio al norte de nuestra posición. Mantendremos nuestra velocidad y dirección actuales.

Jack transmitió sus coordenadas al piloto. —Manténgannos informados de cualquier cambio. Corto.

Pasaron los minutos, que parecieron horas. El sonido de los motores de la lancha llenaba el silencio y, por primera vez, Austin sintió que el cansancio empezaba a pasarle factura. Llevaba veinticuatro horas seguidas sin parar.

Le vendría muy bien una de esas bebidas con cafeína que se habían dejado en el coche en Bainbridge Island, pero sus ojos no se apartaron del agua mientras buscaba cualquier señal de la motora.

—Creo que tengo una visual. —La voz excitada del piloto rompió el silencio—. Rumbo norte, a unas pocas millas al sur de Whidbey.

Kendall ajustó ligeramente el rumbo y apretó el acelerador, aumentando la velocidad. Austin se agarró a la borda mientras la lancha rebotaba contra una ola. Aunque todavía podía ver el agua, se dirigían hacia una zona de niebla.

La radio crepitó. —La visibilidad está cayendo rápido aquí arriba —informó el piloto—. Se nos echa encima una niebla espesa. Tendremos que dar media vuelta.

—¿Pueden darnos unos minutos más? —preguntó Jack.

—Me temo que no. Ya estamos volando a ciegas. Los instrumentos marcan una visibilidad casi nula más adelante y no podemos arriesgarnos. Tenemos que dar la vuelta para evitar la desorientación o una posible colisión. A partir de aquí estáis solos.

El zumbido del helicóptero se desvaneció mientras giraba de vuelta hacia Seattle, dejándolos solos para continuar la persecución.

Pasaron cinco minutos, luego otros cinco, pero nunca llegaron a ver la lancha motora.

Kendall miró a Austin. — ¿Tú qué crees?

Austin estaba a punto de sugerir que dieran media vuelta cuando divisó una forma lejana moviéndose sobre el agua. — ¡Allí! —señaló Austin—. Tienen que ser ellos.

Se acercaban a las aguas cercanas al extremo sur de la isla Whidbey y Kendall viró ligeramente hacia el oeste, siguiendo la trayectoria de la lancha y forzando su propia embarcación al límite.

—Mantente firme —dijo Jack—. Veamos a dónde van.

Kendall mantuvo un ritmo constante a unas cien yardas por detrás de la lancha fugitiva, manteniendo el contacto visual mientras esta se dirigía al norte por el lado oeste de la isla Whidbey. El sol de la mañana ya había salido del todo, proyectando una luz brillante sobre el agua e iluminando el camino.

Kendall ajustó un poco el acelerador, asegurándose de mantener la distancia constante. —Apuesto a que se dirigen a una de las islas pequeñas —dijo ella.

Jack, que ahora sostenía unos prismáticos, seguía observando la lancha motora. —No están intentando despistarnos, al menos de momento. Estoy de acuerdo con Kendall. Puede que vayan hacia las San Juan.

A medida que avanzaban hacia el norte, la niebla se disipó por completo y Austin vislumbró el puente de Deception Pass a su derecha mientras la costa de la isla Whidbey se desvanecía gradualmente tras ellos. Se apoyó en la borda, observando la lancha con atención mientras zigzagueaban entre las pequeñas islas y canales; el paisaje cambiaba, pero su objetivo permanecía constante.

Jack cogió la radio de la lancha y llamó al piloto del helicóptero. —Necesito que pidan refuerzos. Creemos que se dirigen a las San Juan. Comuniquen nuestra posición. Nos estamos acercando.

La voz del piloto respondió. —Recibido. Transmitiré su posición y solicitaré refuerzos. Tengan cuidado ahí fuera.

Kendall mantuvo la vista fija en las aguas que tenía por delante. —Podrían estar intentando que los perdamos en este laberinto de islas.

Jack asintió, con los prismáticos aún fijos en la lancha motora. —Parece que están reduciendo un poco la velocidad. También podrían estar quedándose sin combustible.

Jack le pasó los prismáticos a Austin. —Mira a ver qué te parece.

Manteniendo el equilibrio lo mejor que pudo, intentó obtener una visual. — ¿Puedes acercarte más? —le preguntó a Kendall.

Ella aceleró gradualmente y, al hacerlo, TJ apareció enfocado, y también la mujer que estaba a su lado. —Es Jessica —dijo él—. Tal como pensábamos. Madge Evering está atada a un asiento.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Kendall.

—Alerta, y bastante bien a pesar de todo. —Tenía mejor aspecto que Austin, de eso no había duda.

—Se dirigen a la costa —dijo Kendall.

—Eso es el extremo sur de la isla Decatur —intervino Jack—. No hay mucho allí.

Austin movió los prismáticos desde la lancha hacia la orilla a la que se aproximaban. —Oh, no —dijo—. Parece que hay una pista de aterrizaje y tienen una avioneta esperando.

43

A medida que se acercaban a la isla, a unos cien metros de la orilla, Jack sacó su teléfono móvil.

Austin miró por encima del hombro de Jack. — ¿Algo que pueda ayudarnos?

—Violet, de mi equipo de S.W.O.R.D., ha estado trabajando en el ransomware y en el ciberataque —dijo Jack—. Ha enviado un mensaje. Dice que será difícil liberar los historiales médicos; ya están bloqueados y, además, dependen de un interruptor de hombre muerto.

—¿Qué significa eso? —gritó Kendall por encima de los motores de la lancha.

Austin se agarró con fuerza a la borda. —Significa que los datos están configurados para borrarse automáticamente a menos que se liberen de forma manual, normalmente después de pagar el rescate. Significa que tenemos más posibilidades de recuperar la información si mantenemos a TJ y a Jessica con vida.

—Efectivamente —continuó Jack—. Han configurado el sistema para borrar los datos de forma permanente.

Ya solo estaban a unos treinta metros por detrás de la lancha motora, y Austin vio cómo encallaban su embarcación en la arena.

Jack tecleó un mensaje rápido y lo envió. Guardó el teléfono y sacó su arma con un movimiento fluido.

TJ salió primero de la lancha, tirando con torpeza de Madge tras él, seguido de Jessica, que tropezó al saltar por la borda y cayó sobre la arena de la playa.

—¡Quietos! —gritó Austin por encima del ruido del motor, pero el estruendo era demasiado fuerte y aún estaban demasiado lejos para que le oyeran.

Kendall dirigió su lancha directamente al lado de la otra y, en el momento en que se detuvo, Austin saltó a tierra con la pistola lista, seguido de Jack.

A toda velocidad, recorrieron la playa siguiendo el rastro dejado por TJ, Jessica y Madge. Al coronar un pequeño terraplén, Austin los divisó.

La pista de aterrizaje era diminuta, apenas algo más que un tramo llano de tierra compactada y grava, lo justo para que una avioneta pudiera realizar un despegue apresurado.

—¡Alto! —gritó Austin. Les estaba ganando terreno con facilidad porque Madge los estaba retrasando, a pesar de estar en una forma física fenomenal para su edad.

—¡Dispararemos! —advirtió Jack.

Los tres estaban a cinco metros de una Cessna monomotor, de unos doce metros de largo, desgastada pero bien cuidada. Tenía el fuselaje blanco y franjas azules descoloridas a los lados. Era el tipo de aeronave fiable que podía realizar un largo viaje desde las islas San Juan hasta México con una planificación cuidadosa y un par de paradas para repostar. En la cabina se veía a un único piloto a través del parabrisas, con las manos ajustando los controles. La hélice giraba a toda velocidad y el motor del avión rugía de forma constante, listo para el despegue.

Austin se acercaba a ellos y, cuando estaban a solo unos metros del avión, puso en su voz toda la fuerza que fue capaz de reunir.

—TJ —gritó—, no quiero hacerlo, pero lo *haré*: le dispararé. Dese la vuelta con las manos en alto. Jessica, usted también. Suelten a la rehén.

A un metro de la escalerilla que subía al avión, TJ se dio la vuelta de repente, y fue entonces cuando Austin vio el arma. TJ la levantó

rápidamente, presionándola contra la nuca de Madge mientras se parapetaba tras ella, usándola como escudo.

Jessica también tenía una pistola y apuntaba directamente a Austin.

Jack se había quedado atrás por algún motivo, pero ahora estaba junto a Austin y Kendall, listo para actuar.

—TJ, Jessica —dijo Austin, agarrando con firmeza su arma—. No hay forma de que esto acabe bien para ustedes. Lo *saben*. Los refuerzos están de camino. No hay ninguna posibilidad de que ese avión llegue adonde quieren. No hagan esto. No tienen por qué hacerlo.

Vio el miedo en los ojos de TJ. Le temblaba la mano.

—Suelte a Madge —dijo Austin—. Deje que se vaya. Es lo mejor que puede hacer por usted mismo en este momento.

—Y por el *bebé* —añadió Jack.

Austin le miró de reojo. ¿Se estaba tirando un farol o...? No. No era un farol. Austin conocía la reputación de Violet Wei y, si Jack le había pedido información sobre la pareja, lo más probable era que hubiera encontrado algo y se lo hubiera transmitido a Jack. Por eso se había quedado atrás en la persecución, a pesar de estar obviamente en mejor forma que cualquiera de ellos.

—Jessica —dijo Jack—, sé que está embarazada.

Con las manos aún temblorosas, los ojos de TJ se dirigieron con incertidumbre hacia Jessica. Parecía que él no lo sabía.

—Baje el arma, Jessica —ordenó Austin—. Ahora.

Ella no lo hizo.

Austin buscó desesperadamente en su mente algo que decir. Cualquier cosa para sacar a Madge de allí y resolver la situación sin que nadie disparase. Si disparaba a TJ o a Jessica, dispararía a matar, y eso podría significar la destrucción automática de todos los historiales médicos del condado de Kitsap.

—Jessica, TJ, hagamos un trato —dijo Kendall, avanzando un poco—. TJ, deja tu arma en el suelo y suelta a Madge. Jessica, puede quedarse con la suya. Si los dos suben despacio al avión sin disparar, los dejaremos marchar. A usted y al bebé.

Austin fijó su mirada en TJ. —Sí, es la única forma de que todos salgamos de esto sanos y salvos. Todavía podemos terminar con esto sin derramamiento de sangre. Y tu bebé estará a salvo, TJ. — Mientras Austin hablaba, hacía todo lo posible por sonar calmado y razonable, pero el recuerdo de la escena en aquel sótano aún le quemaba por dentro.

No solo quería disparar a TJ; quería hacerle algo mucho, mucho peor.

Muy despacio, TJ miró a Jessica. — ¿Es verdad, Jess? ¿Tienes... tienes a nuestro hijo dentro de ti?

Con la pistola aún apuntando a Austin, Jessica se pasó la mano libre por la camiseta, un gesto maternal que resaltaba un abdomen muy ligeramente prominente para TJ. Ella asintió con una extraña sonrisa en el rostro. —Quería que nuestra pequeña fuera una sorpresa para ti. Iba a decírtelo cuando hubiéramos dejado todo esto atrás.

—No sabía que estabas... —TJ se quedó helado, conteniendo las lágrimas.

—Una hija, TJ —dijo Madge—. Me arrepiento de no haber tenido hijos. Durante un tiempo tuve a mi Ernest, pero ahora no tengo a nadie. Algún día envejecerás y mirarás atrás a tu vida y desearás tener a alguien a quien transmitir tus secretos y tesoros. El dinero no puede comprar el amor ni la felicidad, pero tener hijos en tu vida sí. TJ, puede que pienses que no te conozco. Pero, en muchos sentidos, sí lo hago. Y sé que serías un gran padre. Haz lo que te pide el oficial. Hazlo por tu hijo. Mantén a tu bebé a salvo. Ese es tu único deber como padre.

Austin observó cómo, muy lentamente, TJ bajaba el arma.

—Agáchese y deje el arma en el suelo —exigió Austin.

Cuando lo hizo, Austin miró a Madge a los ojos y le hizo una señal para que se apartara. Ella se alejó arrastrando los pies antes de sentarse pesadamente en la pista.

Con la pistola todavía apuntando a Austin, Jessica retrocedió hacia la escalerilla de la Cessna. Pero entonces, en un movimiento que heló la sangre de Austin, giró la muñeca y se apuntó al vientre con el arma. —No me fío de que ninguno de vosotros cumpla el

trato. —Tenía los ojos muy abiertos y gélidos, moviéndolos de Austin a Jack—. Sé que podríais reventar las ruedas, enviar un avión tras nosotros. Pero vamos a salir de aquí. Vivos. Y si no, la muerte de este niño pesará sobre vuestras conciencias. No dejaré que me atrapen viva. Si venís a por nosotros, me pegaré un tiro en el estómago. Me mataré a mí *y* al bebé.

Subió los escalones de espaldas, aún de cara a ellos, con las manos temblorosas mientras apretaba la pistola contra su propio vientre. Austin mantuvo su arma fija en ella, pero no pudo obligarse a disparar. No estaba seguro, pero creía más que probable que estuviera diciendo la verdad, y no podía permitir que matara al bebé.

Austin vio que TJ hacía un movimiento hacia el arma que había dejado en el suelo. Saltando hacia delante, la pateó lejos de su alcance. Jack sacó un par de esposas y aseguró a TJ, apretándole la cara contra el suelo mientras lo ponía boca abajo.

Cuando Austin volvió a mirar hacia el avión, la escalerilla se estaba retrayendo. El aparato empezaba a moverse lentamente y Jessica apareció en la ventanilla de la cabina.

Levantando la cara del suelo, TJ giró la cabeza para mirar hacia la ventana de la cabina.

Entonces todos vieron cómo Jessica se inclinaba y besaba al piloto en la boca, de forma larga y pausada.

Austin se quedó atónito. ¿Qué demonios estaba pasando?

Aún en el suelo, TJ soltó un aullido animal. — ¡Noooooo!

—Te han utilizado, TJ —dijo Jack—. Ese es el marido de Jessica. Ella *está* embarazada, pero tú no eres el padre.

La inmensa cantidad de dolor que cruzó el rostro de TJ en los pocos segundos que siguieron no se parecía a nada que Austin hubiera visto jamás. Era como si toda la agonía de su vida se hubiera condensado en ese instante, destrozándole el corazón y acabando con su alma.

Por medio segundo, Austin pensó que TJ había recibido un anticipo del castigo que merecía por lo que había hecho.

Entonces TJ dijo algo que Austin no esperaba: —Su pistola no está cargada.

Austin miró a Jack, luego a Kendall y después a TJ.

—Amaba a esa mujer, pero nunca confié en ella —dijo TJ, con voz firme pero con lágrimas descontroladas cayendo por sus mejillas —. Voy a necesitar algún tipo de trato cuando todo esto termine. Me lo darán, ¿verdad? Yo le di la pistola. Ella no sabe usarla. No está cargada, ¿de acuerdo?

—Tú decides —dijo Jack, mirando fijamente a Austin.

Kendall se acercó a su lado. —Vamos a inutilizar las ruedas —dijo con decisión, sacando ya su arma.

Cuando el avión empezó a aumentar la velocidad, Austin, Kendall y Jack abrieron fuego simultáneamente, reventando los neumáticos en fragmentos de caucho que salieron despedidos lejos del aparato.

La Cessna se tambaleó y chirrió, con destellos metálicos brotando del tren de aterrizaje dañado mientras rascaba contra la pista.

El avión patinó hasta detenerse a unos veinte metros de distancia.

Siguió un extraño silencio, aunque a Austin aún le pitaban los oídos. —Vamos a subir —dijo—. Pero con cuidado, el piloto también podría estar armado.

44

Austin corrió hacia el avión a una velocidad vertiginosa, con la esperanza de pillar desprevenidos a los ocupantes. No lograba ver a Jessica a través de la ventanilla de la cabina, pero el piloto parecía estar totalmente inconsciente. Tenía la barbilla apoyada en el pecho y la sangre manchaba el cristal donde se había golpeado la cabeza.

Austin abrió de un tirón la puerta del fuselaje y desplegó la escalera retráctil. Vio a Jessica tendida en el suelo justo al lado del umbral, reorientándose tras la parada inesperada, con el arma fuera de su alcance. A pesar de lo que TJ había dicho, tenía que asumir que estaba cargada.

Antes de que pudiera hacer un movimiento, Jessica se hizo con el control del arma de fuego y niveló el cañón para un disparo mortal al pecho de Austin. Austin no tenía deseos de morir y no le quedó otra opción que levantar las manos.

Bajó lentamente su propia pistola y la depositó con cuidado en la pista.

—Vosotros también —les gritó Jessica a Kendall y Jack—, o le disparo.

—¿Dennis? —llamó Jessica al piloto, que no respondió—. Dennis, ¿estás bien?

Sin dejar de apuntar a Austin, se puso en pie y estiró la mano libre hacia el interior de la cabina para sacudirlo. —¿Dennis? —El

hombre no dio respuesta alguna—. Maldita sea, Dennis, no pienses que voy a criar a este bebé sin ti. —Volvió a retirar la mano libre, esta vez cerrando el puño para lanzar un golpe.

Austin miraba con incredulidad mientras ella arremetía contra él; el arma se balanceaba violentamente en el aire mientras ella le golpeaba la mandíbula con el puño. —¡No voy a criar a este bebé si estás muerto, bastardo perezoso!

En medio segundo, Austin saltó por las escaleras y entró en la avioneta, agachándose para evitar golpearse la cabeza y placando a Jessica por detrás justo antes de que pudiera golpear la cara del piloto con la culata de la pistola.

—Mi cabeza —exclamó Dennis, con la voz pastosa—. Jessica, tráeme una aspirina, creo que está abajo, en el armario del baño.

—Consigue tu propia maldita aspirina —le siseó Jessica—. Y no estamos en casa, idiota.

Jack había utilizado un par de bridas para asegurar tanto al piloto como a Jessica. —Según mi socia, Violet, el FBI ha sido capaz de descifrar la encriptación. —Por primera vez, Austin notó un deje de ligereza en la voz de Jack—. Nuestro equipo cibernético ha logrado esquivar el ransomware aprovechando una vulnerabilidad en el algoritmo. —Parecía estar leyendo de su teléfono—. Apenas sé qué significa esto, pero han aislado el malware en un entorno virtual, han aplicado ingeniería inversa a su código, algo, algo, algo, y han generado una clave de descifrado.

—¿Qué significa nada de eso? —preguntó Austin.

—¿Especialmente la parte de "algo, algo, algo"? —preguntó Kendall.

Jack se encogió de hombros. —Creo que significa que se han buscado una ganzúa virtual y han entrado por la fuerza. Todos los historiales médicos se están restaurando y el ataque ha sido neutralizado.

El teléfono de Jack sonó y se apartó para responder.

Austin levantó a Jessica de un tirón y la puso junto a TJ y Dennis. Al llegar al suelo, Austin entornó los ojos ante el brillante sol de la mañana, sintiendo el golpe del cansancio a medida que la adrenalina que lo había mantenido en marcha se desvanecía.

Jack reapareció detrás de ellos. —Hay más, Austin. Nuestro equipo ha podido obtener mediante ingeniería inversa una dirección *física* a partir de la dirección de Bitcoin que utilizaron los atacantes del ransomware. Han rastreado la transacción a través de múltiples entradas de la cadena de bloques, descubriendo un vínculo con una pequeña casa en Renton. El FBI acaba de asaltar el lugar y ha capturado a dos cómplices implicados en el ciberataque.

Jessica gimió. —Bastardos estúpidos. ¿Por qué confié en semejante panda de imbéciles?

Kendall estaba de pie junto a Madge, que se había sentado sobre una pila de chalecos salvavidas de la lancha del FBI.

Madge no había dicho nada en mucho tiempo, pero parecía estar bien, aunque agotada. Se puso de pie lentamente. Entonces, sin previo aviso, se abalanzó hacia delante, lanzándole algo a Jessica. Por un instante, Austin pensó que era una pistola, pero el característico *chasquido* de cuero al golpear el rostro de Jessica le indicó a Austin que en realidad era un zapato.

Jessica se tambaleó hacia atrás, con el rostro enrojeciendo.

Madge dijo: —Te has metido con la mujer equivocada.

Kendall, reprimiendo claramente una sonrisa, cogió a Madge del brazo y se la llevó de allí, murmurando a regañadientes algo sobre que no podían permitir que agrediera a una sospechosa bajo custodia.

A unos cientos de metros, en un campo abierto, estaba aterrizando un helicóptero. Había mucho desorden que limpiar pero, por ahora, parecía que este caso había terminado.

45

Tres semanas después

El brillante sol de la mañana entraba a raudales por la ventana de la que sería la nueva habitación de su padre en la sección de cuidados de la memoria de la comunidad de jubilados Seaside Cedars.

—En este restaurante hacen unas tostadas muy buenas —dijo el padre de Austin. Todavía se estaba acostumbrando al nuevo entorno y, como no estaba alterado, Austin ignoró su comentario.

—Me alegro de que te guste esto, papá —dijo Austin, sonriendo.

Habían hecho falta un par de semanas, pero por fin había quedado una plaza libre en Seaside Cedars, y ahora su padre estaría a menos de cuarenta y cinco minutos en coche. Aunque las instalaciones de Seattle estaban perfectamente bien, esto le facilitaría a Austin las visitas a sus padres, y eso le hacía feliz.

Mientras Olivia desempeñaba casi todas las funciones de gestión en el centro, un director temporal —prestado por una residencia hermana— trabajaría a distancia, mientras la junta buscaba un sustituto para Jessica, que ahora esperaba juicio junto con TJ, Dennis y Christine. Dado que Christine había aportado pruebas contra TJ, además de información que había ayudado a su captura, era probable que recibiera algún tipo de beneficio penitenciario.

—Cariño, vamos a desayunar aquí todos los días —dijo la madre de Austin—. Estaré aquí cada mañana.

—Y a veces yo os acompañaré —añadió Austin—. Tan a menudo como pueda.

Su madre se había instalado en un apartamento de un dormitorio en un edificio frente al mar cercano. Estaba a solo cinco minutos a pie del centro y Austin tenía que admitir que el arreglo tenía sentido. Su padre solía tener apenas diez o veinte minutos lúcidos al día. Sus necesidades de cuidados habían aumentado considerablemente y este centro estaba lleno de cuidadores maravillosos. Cuando Austin y su madre visitaron el lugar antes del traslado, habían quedado impresionados; que a su padre le gustaran las tostadas había sido la guinda del pastel.

Los seis hombres y mujeres que habían sido rescatados de la mazmorra del sótano habían sobrevivido. Algunos ya habían recibido el alta y habían ingresado en la comunidad de jubilados Seaside Cedars. Los dos que seguían en el hospital recibiendo tratamiento por sus heridas y desnutrición se unirían a ellos en cuanto estuvieran lo bastante recuperados.

Madge Evering se había comprometido a aportar más de dos millones de dólares para costear la estancia de todos ellos en el centro. Y no solo eso: Crystal, la madre de Christine, también se mudaría a Seaside Cedars.

Tras horas de interrogatorios y más de una semana rebuscando en archivos antiguos y comunicaciones, Crystal había sido exculpada de cualquier delito. Resultó que no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Como solían tenerla encerrada en el ático, había sido una víctima más, como los otros. De hecho, sufría una deficiencia grave de vitamina B12, que se manifestaba como demencia. Pero una vez que se solucionó el problema y se dio cuenta de lo que había pasado en su negocio y bajo su propio techo, quedó destrozada. Además, pudo ofrecer montañas de pruebas tanto contra Christine como contra TJ. Y ya se encontraba mucho mejor.

Resultó que Helen Virginia Fullman —la primera víctima, hallada bajo el puente de Deception Pass— había sido asesinada por TJ y su vecino Forest en el parque de caravanas. Todo empezó como un

plan menos nefasto; al principio no se habían propuesto matarla. Los hombres habían urdido un plan sencillo para robarle la mayor parte del dinero de la Seguridad Social. Cuando ella se dio cuenta y se enfrentó a ellos, la discusión se convirtió en una pelea. El forcejeo terminó cuando TJ le puso una almohada sobre la cara hasta que murió. Con la esperanza de borrar sus huellas, habían arrojado el cuerpo por el puente de Deception Pass. Eso explicaba también por qué no presentaba los hematomas ni las marcas de ataduras que tenían los prisioneros de la mazmorra.

TJ y Forest habían seguido cobrando sus cheques hasta que saltaron las alarmas y, cuando la muerte fue declarada accidental, el caso se cerró y les obligaron a seguir un plan de devolución de la deuda.

Forest, el vecino de TJ, se había sentido carcomido por la culpa desde entonces, incapaz de entregarse, pero sin hundirse aún más en la oscuridad.

TJ, en cambio, había utilizado el asesinato de Fullman como inspiración para nuevas maldades. Tomando su experiencia con los cheques de la Seguridad Social como punto de partida, TJ convenció a Christine para que utilizara la residencia de su madre para aprovecharse de los ancianos de todas las formas imaginables. Esto incluyó prometerle a Hank Butterfield una habitación de por vida en sus instalaciones a cambio de un pago único de 25.000 dólares, que era hasta el último céntimo que Butterfield poseía. El mismo día que TJ cobró el cheque —antes incluso de que Butterfield hubiera hecho las maletas— TJ lo asfixió y arrojó su cuerpo desde el puente de Manette.

Mientras trabajaba en Seaside Cedars, TJ había contactado con Jessica, y ambos habían urdido el plan para secuestrar a Madge y llevársela a México, donde vivirían por todo lo alto con sus millones de dólares. Habían planeado deshacerse de ella allí. Pero Jessica y su marido Dennis habían planeado algo aún mayor: traicionar a TJ y añadir otros cinco millones de dólares en bitcóin al plan mediante el hackeo de los registros médicos de la región.

Al salir del centro, Austin vio a Madge y a Crystal sentadas junto a una gran planta de interior conversando en voz baja.

—Hola, señoras, ¿cómo os encontráis? —preguntó Austin con una sonrisa.

—Mejor, mucho mejor —dijo Madge.

—Tengo el corazón roto, pero me siento mejor cada minuto que pasa —dijo Crystal, llevándose un pañuelo a la comisura del ojo para secarse una lágrima.

Madge alargó la mano y le dio unas palmaditas. —Solo porque puedan rompernos el corazón saboteando sus propias vidas, no significa que seamos responsables de lo que nuestros hijos hacen en este mundo, querida. Pero ahora la destrucción ha terminado. Y… —Madge dirigió su atención a Austin—, tenemos que darte las gracias a ti, a Kendall y a Jack por hacer posible que comience la curación. Por cierto, ¿dónde está Kendall? ¿No es tu socia?

—Lo es —dijo Austin—. Está en la playa con Ralph.

—Oh, apuesto a que ese Ralph debe de ser *muy* apuesto. Aunque asumí que ella estaba soltera —dijo Madge—. No sé por qué.

—En realidad, *está* soltera —explicó Austin—. Ralph es un animal muy guapo, pero es su corgi. En nuestro trabajo, siempre te invade un poco la culpa cuando pasas demasiado tiempo lejos de tus amigos peludos. Se ha tomado un par de días libres para lanzarle palos.

—Me parece muy bien por ella —dijo Madge.

—Yo haré lo mismo —dijo Austin.

—Se lo merece, señor Austin —dijo Crystal—. Y de nuevo, no puedo agradecerle lo suficiente que haya salvado a mis residentes. Ojalá hubiera sido capaz de impedir que todo esto ocurriera desde el principio. Nunca me lo perdonaré.

—Me alegro de haber podido ayudaros a las dos y a esas personas esta vez —dijo Austin—. Y Crystal, nadie es perfecto. Todo lo que puedes hacer ahora es compensar a esas personas a medida que se instalen. Trabaja para ganarte *su* perdón. —Tras un denso silencio, continuó—: Mi padre también acaba de mudarse. Son vecinas. —Austin sonrió—. Él estará en el ala de cuidados de la memoria. Si lo veis, saludadlo y aseguraos de que reciba tantas tostadas como quiera. Le encanta el pan de aquí.

—Lo hornean a diario —dijo Madge.

—Délo por hecho —dijo Crystal, asintiendo y sonriendo.

Austin alargó la mano y se la puso a Madge en el hombro. —Me he enterado de lo que has hecho, ofreciéndote a pagar para que todos se muden aquí.

Madge sonrió con tristeza. —He tenido más suerte de la que probablemente merezco en esta vida. No vi lo que había dentro de esa habitación cuando estaba atada a aquella silla, pero lo olí y he oído los detalles. —Hizo una pausa, negando con la cabeza—. He decidido que quiero repartir mi dinero mientras mi mano aún esté caliente. Si voy a ser un objetivo por lo que tengo, he pensado que debería dárselo a las buenas personas de mi vida por si los malos tienen más éxito la próxima vez. Voy a cancelar mis cruceros con champán por un tiempo y voy a dejar que todo aquel que no pudiera permitírselo se mude aquí a mi costa. De todos modos, tengo dinero de sobra para vivir aquí hasta los doscientos cincuenta años, y no creo que me queden tantos años por delante.

—No lo sé, Madge, habiendo visto por lo que has pasado y viéndote ahora… —dijo Austin, mirándola de arriba abajo mientras se sujetaba la barbilla en un gesto de evaluación fingida—. No me sorprendería que siguieras siendo el centro de atención en tu fiesta de doscientos cincuenta cumpleaños.

—Esperemos que no —dijo Madge. Su risa expresó un deleite absoluto y el brillo juvenil de sus ojos indicaba que estaba a punto de decir algo ingenioso—. No creo que fabriquen pasteles lo bastante resistentes para tantas velas.

Fuera, mientras subía a su coche, Austin vio a Lucy y a Jimmy ayudando a la madre de Lucy a cruzar el aparcamiento.

Asintió a Jimmy, pero no se detuvo a saludar, sabiendo que volverían a verse pronto.

Después de tanto revuelo, resultó que la madre de Lucy no quería vivir con ellos en primer lugar.

Jimmy se había reído al contarle la historia a Austin: ella se había reunido con Lucy en confianza y le había pedido que se lo dijera con delicadeza; prefería vivir rodeada de gente de su edad. Quería jugar al bingo, ir a los famosos almuerzos con juegos de preguntas y respuestas e incluso conocer a algunos amigos para viajar, pero le preocupaba herir los sentimientos de Jimmy. Afortunadamente, su matrimonio se había salvado. Esta vez.

La comunidad de jubilados Seaside Cedars recibiría a una nueva residente. La madre de Lucy ya había elegido su habitación.

46

Al día siguiente

La rueda de prensa iba a tener lugar en la gran sala de juntas del Departamento del Sheriff de Kitsap. Austin estaba sentado en una pequeña tarima tras una mesa plegable que habían cubierto con un mantel negro. Kendall se sentó a su lado.

Jimmy y Lucy, apoyados contra la pared, observaban con una sonrisa en el rostro mientras Ridley se abría paso entre el pequeño grupo de reporteros y se colocaba frente al podio.

—Damas y caballeros, hoy rendimos homenaje a dos personas excepcionales cuya valentía y dedicación han tenido un impacto tremendo en nuestra comunidad. Kendall Shaw y Thomas Austin, a través de su incansable búsqueda de justicia, han logrado desmantelar una atroz banda criminal que se aprovechaba de ancianos y ponía en peligro los historiales médicos del condado de Kitsap. Sus acciones han salvado innumerables vidas y han garantizado la seguridad y el bienestar de nuestros ciudadanos más vulnerables. Es para mí un gran honor entregarles esta distinción oficial del estado, en reconocimiento a su heroísmo y a su inquebrantable compromiso con los habitantes del condado de Kitsap. Estaremos eternamente agradecidos por su servicio y su sacrificio.

Austin había insistido en que Jack Russo, del FBI, también fuera condecorado, pero Jack declinó la invitación. No era apropiado que un agente del FBI recibiera este tipo de fanfarria local y, finalmente, aceptó en su lugar el sincero agradecimiento de Austin.

Ridley esperó a que los corteses aplausos cesaran. —Ahora, me gustaría llamar al podio —dijo— al subcomisionado del condado Marty Larsen, quien dedicará unas palabras.

Larsen bajó el micrófono unos veinticinco centímetros, le dio efusivamente las gracias a Ridley y luego miró a los reporteros como un rey que inspecciona a sus súbditos. —Siempre he dicho que una fuerza de seguridad excelente es la columna vertebral del éxito de esta gran comunidad...

Austin dejó de prestarle atención. Ya sabía lo que vendría después. Larsen daría oficialmente la bienvenida a Austin como un valioso miembro del Departamento del Sheriff de Kitsap y prometería que se incluiría un aumento de la financiación para el departamento en los presupuestos de los próximos cinco años. También anunciaría la cancelación de todas las audiencias previstas sobre las actuaciones del departamento, así como todas las comparecencias de Gretchen Vale ante la comisión del condado.

A cambio, el departamento no intentaría ponerle en evidencia públicamente por sus recientes estupideces, y le permitirían colgarse parte de la medalla por la detención de Jessica, TJ, Dennis, Christine y los demás. Además, se fijaría como misión personal permitir que Carla Rivera regresara a su tienda de buceo y, con el tiempo, jurara bandera para convertirse en ciudadana estadounidense. Tenía un hermano en la oficina de inmigración y había prometido que podría conseguirlo.

Ridley había mediado en el acuerdo, intentando traer la paz entre el departamento y los comisionados del condado, y Austin finalmente había cedido. Por supuesto, su primer instinto fue objetar, intentar ensañarse con Larsen ahora que estaba por los suelos, pero al final le dio igual.

Las maniobras políticas de Larsen no eran más que parte del paisaje, y si eso significaba una mejor financiación para el

departamento y una transición más fluida para él, Austin estaba dispuesto a dejarlo pasar.

Austin no participó en el esparcimiento de las cenizas, pero lo observó todo desde unos diez metros de distancia, sentado en un tronco arrastrado por la corriente. Timothy Vernon Steele solo tenía 22 años, era el sobrino nieto de Flagg Michael Steele, el *Seabee* de la Marina de 99 años cuyo cuerpo había descubierto Carla Rivera bajo el puente de Deception Pass.

Al sheriff Derby le había llevado dos semanas localizar al único pariente conocido del fallecido, pero finalmente dio con Timothy, y resultó que vivía a tan solo unas horas de distancia. Austin había tenido mucho interés en poner nombre al cadáver y se había ofrecido a entregar la notificación de defunción si se lograba identificarlo a él y localizar a su familia. El joven había pedido que incineraran a su tío abuelo y, aunque la mayor parte de sus cenizas serían enterradas oficialmente en el Cementerio Nacional de Arlington, le preguntó a Austin si podía esparcir algunas de ellas en la playa frente a su tienda.

Austin, por supuesto, había accedido encantado.

Después de que el joven esparciera las cenizas, Austin le invitó a una hamburguesa con patatas fritas y a una cerveza por cuenta de la casa.

Más tarde aquella noche, Austin se quedó despierto en la cama, preguntándose si había hecho suficiente para honrar el servicio de Flagg Michael Steele en la Segunda Guerra Mundial. Decidió que sí. Ayudar a vengar su muerte, unido al sencillo gesto de dar de comer a su sobrino nieto, era un gesto que un *Seabee* habría apreciado.

Quizá, al igual que el propio Austin, Steele no habría querido mucha pompa.

Iba a ser un verano fabuloso. El café de Austin, el almacén de ramos generales y la tienda de cebos estaban más concurridos que nunca.

Como ahora recibía un sueldo del condado de Kitsap, había convertido a su antiguo subchef, Andy, en socio del negocio. Andy era ahora el jefe de cocina del restaurante, el gerente del día a día de la tienda y se llevaba un porcentaje de todos los beneficios obtenidos por el negocio en su conjunto. Incluso había pasado gran parte de los últimos seis meses terminando una licenciatura en empresariales por internet. Austin le había dado una sola directriz: que no hiciera el lugar demasiado sofisticado. La comida era buena, la cerveza estaba fría y este verano estaría lleno tanto de lugareños como de gente que regresaba para pasar la temporada, así como de turistas que venían a pasear por las playas de Point No Point o Foulweather Bluff.

Austin no llevaba mucho tiempo viviendo allí, pero sentía la responsabilidad ante la comunidad de hacer de la tienda lo que ellos quisieran que fuera. Ahora, sentado a una mesita metálica fuera, viendo a la gente ir y venir, se sentía más feliz de lo que había sido en años. Ralph y Run yacían el uno junto al otro al lado de un cuenco de agua metálico. Habían pasado una buena hora juntos en la playa y ahora estaban listos para una larga siesta.

Kendall regresó de la tienda para reunirse con Austin en la mesa. Tras dejar una cerveza fría frente a él, dio un trago de la suya mientras se sentaba.

—Esto sí que es vida —dijo ella.

Un gran todoterreno negro con cristales tintados se detuvo frente a ellos. No era el tipo de vehículo que Austin solía ver por allí. El motor se apagó y un hombre joven con traje azul marino bajó y abrió la puerta. La imponente figura de Ridley Calvin emergió del coche.

Hacía tiempo que Austin no lo veía vestido de manera informal. Llevaba unos vaqueros entallados y una camisa blanca de botones. Inspiró profundamente, como saboreando el aroma fresco de la playa. Cruzando el aparcamiento con unas zancadas ágiles, acercó una silla y se sentó junto a Kendall.

—¿Cerveza? —preguntó Austin.

—No me vendría mal una —dijo Ridley, aceptando la botella que Austin aún no había tocado. Dio un largo trago—. ¿Qué tienes tú, Austin, que siempre te tocan los casos más disparatados?

Austin sacudió la cabeza. —De verdad que no lo sé.

—Hace que eche un poco de menos Kitsap —dijo Ridley—. ¿Sabes? Nunca quise ser gobernador de verdad. La única forma en que me convencieron para hacerlo fue cuando conocí los detalles de los otros dos idiotas que se presentaban. Dios sabe que ningún gobierno es perfecto. Cuanto más tiempo paso en la capital, más me doy cuenta de que lo mejor que puedo hacer es intentar que las cosas sean un ápice mejor de lo que serían si yo no estuviera allí. Tengo mucho menos poder del que pensaba que tendría.

—Seguro que estás haciendo un trabajo excelente —dijo Kendall.

—Vaya que sí —asintió Austin—. Cuanto más viejo me hago, más pienso que lo mejor que podemos esperar es tener a gente decente en los puestos importantes y dejar que lo hagan lo mejor posible.

Dio un sorbo a su cerveza, que sabía a lúpulo fresco y tenía un dulzor malteado. Era casi perfecta. La puerta de un coche se cerró cerca y Run se despertó incorporándose a medias. Luego, al ver a Austin encogerse de hombros, volvió a tumbarse y se quedó traspuesta de inmediato.

Kendall se puso en pie. —Voy a por más cervezas para todos.

Ridley también se levantó. —Y yo voy a entrar a usar el baño. Ha sido un viaje largo.

Cuando se fueron, Austin se quedó mirando el agua durante un buen rato, hasta que su vista se vio interrumpida por un taxi que aparcaba en el hueco junto al todoterreno de Ridley. No estaba seguro, pero creyó reconocer la larga melena negra a través de la luneta trasera.

Un momento después, apareció Sy, quedándose de pie un buen rato antes de mirarlo. Era como si se estuviera acomodando, adaptándose a lo que estaba a punto de ser su nueva vida.

Habían hablado todos los días desde que terminó el caso. Había conseguido unas prácticas en una bodega del centro de Washington, donde iba a trabajar dos días a la semana durante los próximos seis meses. También había alquilado por poco tiempo un apartamento de

dos dormitorios en una promoción nueva en Kingston, a solo cinco minutos de la casa de Claire Anderson. Austin le había ofrecido quedarse con él, pero ella insistió en tener su propio sitio, y Austin acabó aceptando que probablemente era lo mejor. Esto iba en serio ahora, pero se lo iban a tomar con calma.

Sy se dio la vuelta despacio y cruzó el aparcamiento. Llevaba un vestido azul claro y un pañuelo de lunares blancos que era perfecto para el verano. Austin se levantó. Run volvió a alzar la vista y luego, al ver a Sy, saltó hacia ella.

Cuando Sy llegó a la mesa, se agachó para saludar a Run antes incluso de reconocer la presencia de Austin. A él no le importó. Al fin y al cabo, Run exigía atención inmediata. Cuando Run terminó su inspección de Sy, se volvió a tumbar junto a Ralph y Austin abrió los brazos de par en par.

Sy lo abrazó durante un largo rato. —Ah, casi se me olvida —dijo, apartándose y echando a correr por el aparcamiento.

Al regresar, Austin vio que traía una bolsa transparente llena de cerezas Rainier rojas y amarillas.

—Son mis favoritas —dijo Austin.

—Las primeras de la temporada, al menos eso es lo que me ha dicho el hombre del mercado de agricultores del muelle del ferri. ¿Sabías que por aquí tenéis puestos donde puedes comprar una bolsa de estas por tres dólares?

Austin se rió. —Lo sé. Estoy bastante seguro de que esa es la razón principal por la que me mudé aquí.

Se metió una cereza en la boca. Estaba dulce y ácida, y tan buena como esperaba. Tiró el hueso al cubo de basura que había junto a la puerta principal de su tienda.

—Va a ser un buen verano —dijo.

—Por supuesto que sí —coincidió Sy.

—Fin—

Si te ha gustado este libro, continúa la serie con Un Thriller Criminal De La Serie Thomas Austin, Libro 10: *La desaparición en Opal Creek*

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, ambos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te guste mi otra serie, **FBI Task Force S.W.O.R.D.**, una trepidante serie de misterio ambientada en el noroeste del Pacífico. Esta serie también estará disponible en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos de las series Thomas Austin y FBI Task Force S.W.O.R.D., así como otras novelas independientes, estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin
Libro 1: *Los huesos de Point No Point*
Libro 2: *Las sombras de Pike Place*
Libro 3: *Los caídos de Foulweather Bluff*
Libro 4: *El horror en Murden Cove*
Libro 5: *El terror en la Ciudad Esmeralda*
Libro 6: *El ahogamiento en Dyes Inlet*
Libro 7: *La pesadilla en Manhattan Beach*
Libro 8: *El silencio en Mystery Bay*
Libro 9: *La oscuridad en Deception Pass*
Libro 10: *La desaparición en Opal Creek*
Libro 11: *Los secretos de Second Beach*
Libro 12: *Los cuerpos en Horse Heaven Hill*
Libro 13: *Un final en Elliott Bay*
Libro 14: *La confesión en Friday Harbor*

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.
Libro 1: *La quinta víctima*
Libro 2: *Nada olvidamos*

Libro 3: *Las viudas de Medina*
Libro 4: *Bajo cielos de cicuta*
Libro 5: *Susurros a medianoche*
Libro 6: *El club de los corazones rotos*

Títulos independientes
Silas West: Misterio psicológico — El Quebrantador de Mentes
La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los *thrillers* criminales de Thomas Austin, de la serie *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP